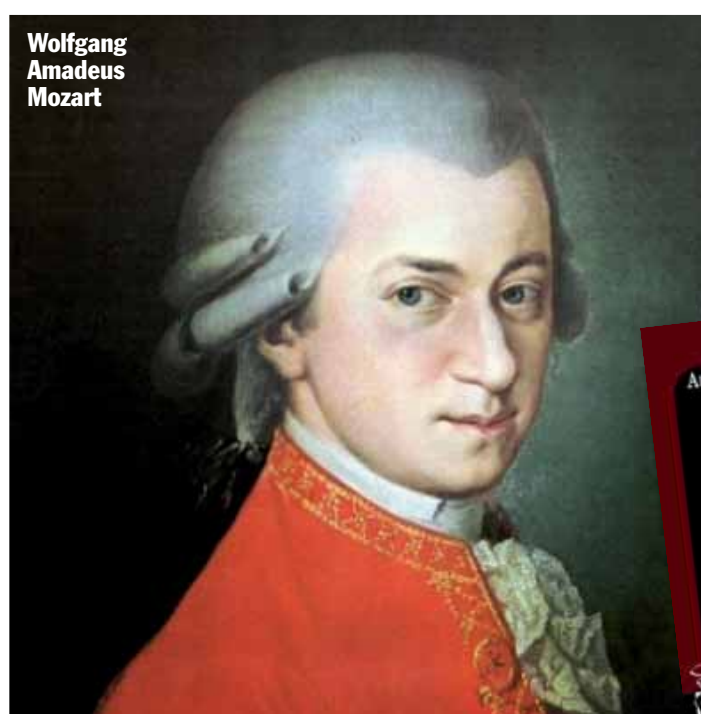


Irreverentes

Novela histórica, la ola que nos anega

Quoy, el ocaso de los sueños, de Aurelia María Romero, llegó antes a recordarnos la época de Francisco de Goya y la invasión napoleónica; le siguió Un día de cólera de Arturo Pérez Reverte, sobre la invasión de España por los ejércitos franceses; pero no son los únicos libros llamativos en esta oleada de novela histórica. Juntos van Mozart y Osiris; Suetonio y María Magdalena, Da Vinci y Jesucristo; el rey Luis IX y los Templarios. La novela histórica no sólo está de moda, sino que se impone con fuerza en un mercado literario fragmentado y sin un rumbo claro. Los lectores se escudan en el pasado. ¿Calidad o negocio? ¿Imaginar mundos nuevos o buscar en antiguos legajos? > Pág. 10



Premio Irreverentes de Novela



Hasta el 14 de febrero se pueden presentar textos al I Premio Irreverentes de novela, para obras de más de 250 páginas. El premio, dotado con 3.000 euros para el ganador pretende encontrar los nuevos clásicos de la novela contemporánea. Sólo para intrépidos. > Pág.32

Bajarse al moro, 25 años después

José Luis Alonso de Santos, uno de los autores Irreverentes con más solera, celebra con una nueva gira los 25 años del éxito primero de *Bajarse al moro*, una obra que abrió una nueva etapa en el teatro español, un texto que ahora –curioso– resulta escandaloso para el nuevo espectador. > Pág.14



Organización de actividades culturales para empresas

Ayuntamientos, empresas y diputaciones han trabajado con Promocioncultural.com en la organización de Premios Literarios; Lecturas Dramatizadas; Ediciones por encargo; exposiciones y talleres de animación a la lectura. Todos los servicios culturales con autores de calidad. > Pág 12

Número 10 - Diciembre 2007

Relatos y artículos

- **El amnistiado de Navidad**
Miguel Angel de Rus > Pág 4 y 5
- **Retazos del álbum familiar**
Santiago García Tirado > Pág 6
- **Escena urbana**
Manuel Hidalgo > Pág 7
- **Relato soñado**
Javier Memba > Pág 7
- **Las calenturas de Elena**
Eduardo Mendicutti > Pág 8
- **Naufragios**
Luis Mateo Díez > Pág 9
- **Sí, cariño**
José Antonio Rey > Pág 10 y 11
- **El crimen de los González**
Andrés Trapiello > Pág 13
- **El cerdo vietnamita**
Francisco Legaz > Pág 14
- **Spam**
Alberto Castellón > Pág 15
- **Navidad en familia**
José Melero > Pág 17
- **Manolo entiende el origen de sus problemas**
Carmen Matutes > Pág 18
- **El calvario de la apostasía**
Rafael Domínguez Molinos > Pág 19
- **La iglesia**
Isabel M^a Abellán > Pág 20 y 21
- **El mundo feliz de Alberto**
Pedro Antonio Curto > Pág 22
- **Entrevista a Fernando Marías**
> Pág 25
- **Cura termal de reposo**
Alvaro Díaz Escobedo > Pág 26 y 27
- **La mar salada**
José Enrique Canabal > Pág 28
- **Críticas literarias**
Eduardo Campos > Pág 29
- **Escrito hallado en una bolsa de viaje**
Antonio López del Moral > Pág 30 y 31



- Servicios culturales y de comunicación para ayuntamientos y empresas
- Organización de premios literarios
- Edición por encargo
- Seminarios de creación literaria
- Ciclos de lecturas dramatizadas
- Exposiciones...

www.promocioncultural.com



Editorial

Ser hispano y leer poco

Según sostiene el *Almanaque Mexicano* de Sergio Aguayo Quezada, la actividad editorial mexicana en 2007 continuó prácticamente similar a la de 2006, con 2.9 libros leídos aproximadamente al año por cada ciudadano.

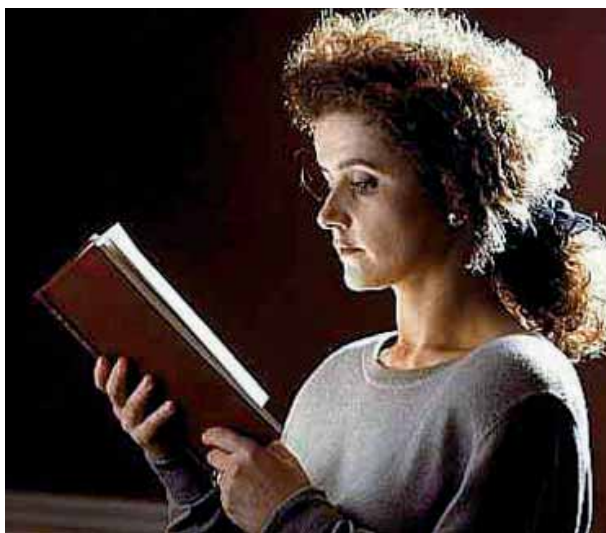
Los datos de Colombia son igual de pobres, tres libros leídos (o al menos comprados) por colombiano y año. A pesar de ello Bogotá fue nombrada como la Capital Mundial del Libro en el 2007. ¿Capital mundial?

En Argentina la situación es algo mejor, pero tampoco extraordinaria, ya que según los estudios, cada argentino lee de media 4,6 libros al año. En Chile cada habitante compra cerca de cinco libros al año, aunque algunos estudios apuntan a que en el cuarenta por ciento de las casas chilenas no hay ni un libro.

En España el dato estable en los últimos años indica que cada español ha comprado de media alrededor de cinco libros al año. Sin embargo, de hacer caso a las encuestas, todo el mundo lee casi a diario. Por desgracia, los datos de venta desmienten a quienes responden a los encuestadores.

Los datos bajos de lectura en el ámbito hispano, tanto España como Hispanoamérica, contrastan con los de Europa. Como caso extremo tenemos el de Noruega, cada ciudadano lee 48 libros al año. El contraste resulta dañino para la sensibilidad.

Y un dato significativo, en el ámbito hispano, según datos estadísticos, el lector medio es mujer, menor de cuarenta años y de clase cultural media-alta. Pero la estadística miente, ya que la mayoría de los lectores son estudiantes de entre catorce y veintitrés años, en período de formación obligatoria y universitaria. Así pues, respetando que el lector es mujer, parece que la edad del lector sube mucho.



**La “diversificación”
(llamemos a las cosas
por su verdadero
eufemismo) de la
oferta es una tendencia
internacional**

Otro dato curioso y muy preocupante es que ya no hay casi ventas medias. O se venden docenas de millares de libros o llegar a los 2.000 ejemplares es casi un milagro. El sello Random House Mondadori pondrá a la venta el próximo 28 de diciembre en el sello Grijalbo 525.000 ejemplares de la última novela de Ken Follet *Un mundo sin fin*, la segunda parte de *Los pilares de la tierra*. Unido a las super-ventas de *Harry Potter*, *La Catedral del Mar*, *La Sábana Santa*, *El Código da Vinci* y el último título, sea el que sea, de Pérez Reverte, resulta que hemos llegado al punto que anunció Schiffrin hace años en Estados Unidos y que vino a predecirnos a Europa. O ventas millonarias o la semi-inexistencia. La uniformidad mental más absoluta. Pero no es algo nuevo, el diario argentino *La Nación* publicó ya en 2.004 un interesante estudio sobre la fragmentación del mercado editorial. Se afirmaba que la “diversificación” (llamemos a las cosas por su verdadero eufemismo) de la oferta es una tendencia internacional, según explicaba Gustavo Canevaro, vicepresidente de la Cámara Argentina del Libro, quien agregó que crece ostensiblemente la llamada «oferta a medida» que registra bajas tiradas, de entre 500 y 1000 unidades. «Cada vez aparecen más de estos títulos. Esta tendencia se mantendrá», subrayó. Canevaro es un profeta. Esa es la realidad actual. Tiradas de 500 ejemplares que piadosamente ocultan editoriales de prestigio.

El desinterés por el libro en el ámbito hispano es responsable de las tiradas bajas y –por lo tanto– de los precios altos (a mayor tirada, menor precio); será responsable de la paulatina desaparición de la libertad de creación y reforzará nuestra imagen en el primer mundo de simple mano de obra barata, camareros para el verano.

Un año literario

Irreverentes ha cumplido su primer año con una propuesta compleja; mantenerse como periódico literario, dedicado esencialmente a la creación.

La nómina de los colaboradores es espectacular: autores de primera fila nacional e internacional como José Luis Alonso de Santos, Luis Alberto de Cuenca, Horacio Vázquez Rial, Andrés Trapiello, Lourdes Ortiz, Francisco Nieva, Fernando Savater, Antonio Gómez Rufo, Joaquín Leguina, Luis Matero Díez o Ismail Kadaré, por citar algunos ejemplos, se han unido a los escritores que Ediciones Irreverentes ha descubierto entre lo más interesante de la nueva narrativa en español. El proyecto está teniendo difusión en España, Francia, el Reino Unido y Estados Unidos.

Nadie apostaba por un periódico literario, algo que suena a decimonónico, obsoleto, elitista y maldito de capa y absenta; pero la semilla del *Madrid Cómic* y de los Sinesio Delgado y Leopoldo Alas, Clarín, ha arraigado en este grupo de autores del siglo XXI que en lugar de con los tipos móviles de la imprenta trabajan con ordenadores. Hacer un periódico literario



es como subir al Annapurna y anhelar que nos llegue el rumor de las olas del mar; como esperar que la vida nos alimente de champagne y caviar, vanos sueños llamados a la nada, pero alguien debe ocuparse de lo verdaderamente importante mientras los otros duermen. Afortunadamente, nuestras madres nos avisaron de la pérdida de tiempo que supone dedicarse a fantasear, pero somos un poco como el muchacho del poema de José Agustín Goytisolo, al que avisaban que nada vale imaginar y sí luchar por ganarse la vida, e

**...periódico literario, suena
a decimonónico, obsoleto,
elitista y maldito de capa
y absenta**

igual que él podemos decir, con aroma de armagnac en los labios y en la resaca del alma “Me lo decía mi abuelito, me lo decía mi papá, me lo dijeron muchas veces y lo olvidaba muchas más.”

Que aguantemos en esta dulce ignorancia.

Staff

Director
Miguel Ángel de Rus

Coordinación
Vera Kukharava

Redacción
C/ Martínez de la Riva, 137. Madrid 28018

Correo electrónico:
edicionesirreverentes@yahoo.es
http://www.edicionesirreverentes.com

Delegación Madrid
Antonio López del Moral
Francisco Legaz
Rafael Domínguez
Eduardo Campos
Guillermo Sastre

Delegación La Mancha
José Enrique Canabal

Delegación Andalucía
José Melero y Alberto Castellón

Delegación Murcia
Isabel María Abellán

Delegación Cantabria
Álvaro Díaz Escobedo

Delegación Galicia
José Antonio Rey

Delegación Comunidad Valencia
Santiago García Tirado

Delegación Asturias
Pedro Antonio Curto

Delegación Reino Unido
Carmen Matutes

Diseño
DinA3 (nachoifr-dis@yahoo.es)

Impresión
Imcodavila

Depósito legal
AV-51-0



El escritor mexicano Juan Patricio Lombera publica en Ediciones Irreverentes *Una noche con la muerte* y *El discurso de los poderes*

Una noche con la muerte y *El discurso de los poderes* es el número tres de la colección de Teatro de Ediciones Irreverentes, inaugurada por Francisco Nieva y Lourdes Ortiz. Ambas obras breves forman el díptico con el que Juan Patricio Lombera ha sido finalista del II Premio El Espectáculo Teatral. En ambas historias, la muerte es la protagonista, aunque su relación con los hombres es muy distinta. En la primera obra, un joven de Chiapas es visitado por la muerte, que pretende llevárselo, pero se encontrará con unos planes bien distintos; los del joven, que en plena efervescencia hormonal lo que quiere es fornicarse a ese esqueleto sin encantos que dice ser la muerte. Comedia de humor negro, muy adecuada para ser leída en noche de luna llena en un cementerio lo más decadente posible. Y a ser posible ahito de peyote. En *El*



Juan Patricio Lombera (derecha) junto a Raúl Hernández Garrido.

discurso de los poderes, un periodista es secuestrado por un grupo guerrillero, que utiliza su vida como moneda de intercambio con un gobierno dictatorial típicamente hispanoamericano. Lo que no podía figurarse nadie en el grupo guerrillero es la cantidad de intereses particulares que hay en un Estado y cómo antes de tomar una decisión, lo que menos se valora es la vida humana; y que el propio periodista tiene una carta negrísima en la manga. ¿Y la sociedad civil? Borracha en una taberna de mala muerte, haciendo apuestas.

Ediciones Irreverentes está en negociaciones con diversas editoriales mexicanas interesadas en publicar en su país los tres libros publicados por Juan Patricio Lombera en España, *Bestiario Chicano*, *La rebelión de los inexistentes* y su primera obra teatral

Novedades de Ediciones Irreverentes



Distribución de Ediciones Irreverentes

Madrid y Castilla La Mancha - Distrifer Libros S.L.
C/ Valle de Tobalina, 32 nave 5-6. 28021 Madrid
Tfn. 91 796 27 09 - Fax. 91 796 26 77

Castilla León - Andrés García Libros
C/ Pintores, 5 - Pol. Villares 37184
Villares Reina - Salamanca
Tfn. 923 23 02 06 - Fax. 923 25 31 17

Castilla León - Andrés García Libros
Fdez. Ladreda. Parc. 1, Nave. 3 P.
Argales - 47008 Valladolid
Tfn. 983 47 21 55 - Fax. 983 47 32 47

Alicante - Alicash S.L.
Ctra. Ocaña, 56 C/C U.A. 4 03006 Alicante
Tfn. 96 510 36 50 - Fax. 96 528 96 63

Cataluña y Baleares - Ben Vil S.A.
Viladomat, 86 08015 Barcelona
Tfn. 93 325 46 84 - Fax. 93 425 17 13

Málaga, Almería y Granada - Calmal
Carrión-Los Negros, 19 29013 Málaga
Tfn. 95 225 10 04 - Fax. 95 225 10 04

Asturias, Cantabria y León - CimaDevilla
Polig. Rocas 3.C/ Arquímedes
33211 Gijón - Asturias
Tfn. 98 530 70 43 - Fax. 98 516 72 15

Sevilla, Cádiz, Huelva y Extremadura Centro Andaluz del Libro
Parc.34-36 Km.7,3 Sev-Mal Polig. Ind.
La Chaparrilla 41016 Sevilla
Tfn. 95 440 63 66 - Fax. 95 440 25 80

Córdoba y Jaén - Francisco Baena
Pol. Las Quemadas. Par.236-A 14014 Córdoba
Tfn. 957 32 60 23 - Fax. 957 32 58 42

País Vasco - Herro Libros
Montorre Kalea, 3 Pol.Uga 48160 Derio -Vizcaya
Tfn. 94 454 28 50 - Fax. 94 454 19 28

Aragón, Rioja, Soria y Navarra - Icaro
Polígono El Plano, Nave 39 50430
M. Huerva - Zaragoza
Tfn. 976 12 63 33 - Fax. 976 12 64 93

Galicia - López Caballero Libros S.L.
C/ Príncipe, 22 36206 Vigo, Pontevedra
Tfn. 986 26 64 33 - Fax. 986 37 91 54

Valencia - Lyra
C/ Dels Collidors, 4 46210 Picanya-Valencia
Tfn. 96 1590781 - Fax. 96 1590884

Murcia - Miguel Sánchez Libros
C/ Mayor, 55 Pol. Camposol, 2
30006 Puentetocinos, Murcia
Tfn. 968 24 73 31 - Fax. 968 20 03 19

Canarias - Odón Molina
Neptuno, 9 (Gracia) 38205 La Laguna-Tene
Tfn. 922 25 66 66 - Fax. 922 25 62 11

EXPORTACIÓN A LIBRERÍAS

Celesa
Tel: (34) 915 17 0 170 - Fax: (34) 915 17 3 481
Correo electrónico: pedidos@celesa.com

Azteca
Marquesa de Argüeso, 36 - 28019 Madrid
Tel: 91 5604360 - Fax: 91 5652922
azteca@aztecadist.es

VENTA A BIBLIOTECAS DE ESPAÑA Y EL EXTRANJERO

Puvill
Tel: (34-93) 2988960 - Fax: (34-93) 2988961
Correo electrónico: info@puvill.com

EDICIONES IRREVERENTES, VENTA DIRECTA A LIBRERÍAS Y EMPRESAS
editor@edicionesirreverentes.com

Tienes en tus manos una obra de arte; no la tires, no es un simple periódico gratuito. Guárdalo y volverás a leerlo con placer. Si no quieres guardarlo, por favor, dáselo a alguien que pueda disfrutarlo.

Boletín de Suscripción

Suscríbese a Irreverentes y recibirá de **regalo de un libro** de Ediciones Irreverentes por valor de **12 euros. 10 ejemplares** de Irreverentes por sólo **20 euros**. Reciba el periódico en casa. Hacer transferencia bancaria a Ediciones Irreverentes, cuenta: **2038 1787 43 6000172214**, concepto **"Suscripción"**, y enviar por correo comprobante del pago junto con el boletín de suscripción a: **Ediciones Irreverentes C/ Martínez de la Riva 137, 4ª Madrid 28018**

Nombre / Name: _____

Dirección / Address: _____

C.P. / Postal district: _____ Ciudad / City: _____ Provincia / Province: _____

Tlf. / Phone: _____ Fax / Telefax: _____

Correo electrónico: _____





El amnistiado de Navidad

La historia del Armagnac se confunde casi con la de la Gasconia. Su elaboración continúa siendo artesanal e incluye tres etapas, que tienen la misma importancia: vinificación, destilación y envejecimiento. En la vinificación están prohibidos el azuframiento del vino y la chaptalización. Pueden servir para la producción de aguardientes únicamente las denominaciones controladas Armagnac, Bas-Armagnac, Armagnac-Tenaréz y Haut-Armagnac, los vinos vinificados conforme a los usos locales que contienen aún lazos finos. La destilación debe llevarse a cabo antes del último día del mes de marzo del año siguiente a la cosecha y debe hacerse en alambique de Armagnac, de cobre, martilleado o laminado, que desde 1818 es una patente registrada por el señor Tuillière, bajo el reinado del rey Luis XVIII. Al salir del alambique, el aguardiente es incoloro y su grado alcohólico debe estar alrededor del sesenta por ciento, lleno de fogosidad, pero o bien afrutado o bien floral. En ese momento comenzará a envejecerse en toneles de roble. En el proceso se irán extrayendo los compuestos tánicos, se evaporará una parte del aguardiente, obteniéndose la porción de los ángeles, y evolucionarán los aromas procedentes de la madera y el vino por la lenta oxidación del Armagnac. El licor se depositará en toneles más viejos para que continúe su lenta evolución: las sustancias de madera se afinan, los aromas de vainilla y ciruelas pasas se desarrollan, aparece el carácter y la graduación de alcohol disminuye progresivamente. El aguardiente adquiere un hermoso color ambarino y posteriormente caoba, y toma ese cuerpo que parece acariciar la lengua.”

Un rumor de gargantas roncadas, de voces ebrias, de panderetas y cencerros, llegó procedente de la calle hasta el interior de la bodega. El grupo de visitantes dejó de prestar atención a las explicaciones del anciano y volvió, todos a una, sus rostros hacia la puerta exterior. Parecían embobados por el sonido extraño.

—¡Redios! ¿Qué mierda de ruido es ese? —gritó con voz cavernaria el hombre.

Entró corriendo un adolescente granujiento, inexpresivo, grotescamente vestido con pantalones tejanos y una camiseta con número inmensos, como si hubiera acabado de llegar de cualquier barrio negro de Estados Unidos.

—Abuelo, abuelo, es la fiesta de la Amnistía del niño Jesús. Como esta noche nace el niño Dios, en la ciudad han dado la Amnistía anual a un preso, y este año han soltado al hijo de la señora Mignonne Lecoœur, el violador de aquella chica bretona que estuvo en el pueblo hace dos veranos y que iba provocando con sus modales licenciosos. Le han soltado porque en la cárcel era un preso ejemplar. Ha salido casi todo el mundo a recibirle y están celebrando su vuelta con el primer vino del año. Vaya fiesta, abuelo, vaya fiesta. Y todo porque esta noche va a nacer el niño Dios.

El anciano escuchó nervioso al muchacho, frotando sus manos contra la pelliza de piel de borrego, con los ojos envueltos en nieblas y el gesto adusto, encendido por una ira interior que intentaba en vano no exteriorizar, perdido el pensamiento en alguna remota región de su malestar interior, ebrio de cólera con un mundo que le parecía sin principios, sin valores, en el que todos eran iguales. Descargó un puñetazo seco sobre una barrica, pero nadie lo advirtió, entretenidos como estaban en comentar lo sucedido.

El nieto zangolotinea como un perrillo excitado ante un cacho de carne.

—Abuelo, ¿puedo irme a la fiesta? El señor



Miguel Angel de Rus



Petit-Gris va a tocar el acordeón y se va a bailar. Esta noche es nochebuena, y la gente va a estar de fiesta hasta que se vayan a sus casas o a la Table d'Oste o al Château.

ron en estas tierras de héroes antiguos, en la que galos y romanos cultivaron las viñas. Y piensen al beber cada trago, que por su garganta están pasando al menos siete siglos de historia.

El anciano rebudió como un jabalí que hubiera venteado gente y se sintiera en peligro. No dijo nada; como única respuesta le indicó que se podía marchar con un gesto despreciativo de la cabeza. Pasó su mirada por los toneles, por el hacha, por el alambique viejo, suspiró. Golpeó rabioso con el tacón de sus botas gruesas de cuero en el entaramado y el grupo de visitantes le miró de nuevo.

—Y aquí termina la visita, porque no tengo

nada más que contarles y seguro que fuera de esta bodega hay cosas que atraen más su atención. Si tienen interés en ello, vamos a proceder a la cata de un Armagnac, bebida que, como sabían los abuelos de nuestros abuelos, gente sabia y por lo tanto poco dada a modas, cura la gota, los chancros, las fistulas y las heridas por aplicación. Aviva la mente si se toma con moderación, mejora la memoria y vuelve al hombre feliz, conserva la juventud y retarda la senilidad. Calma el dolor de dientes, quita el mal olor de la nariz y de las encías y hace desaparecer las irritaciones de la garganta y, por último, y no menos importante, es muy útil para los melancólicos. Para su gusto puedo ofrecerles catar aguardiente blanco recién salido del alambique, acompañado de una lámina de salmón ahumado o de embutido de la tierra; o bien puedo ofrecerles un Floc de Gasconia: zumo de uva y Armagnac, acompañado de una lámina de foie gras con pan o de queso; o bien una copa de viejo y serio Armagnac, curtido en la espera de tiempos mejores. De todo ello podrán comprar estuches preparados para llevar a la familia o para ustedes mismo, para recordar que estuvie-

El grupo de ciudadanos principalmente parisinos, españoles, británicos, incluso japoneses, se sentó alrededor de unas mesas de madera ocultas en una esquina casi sin iluminación y bebieron y comieron con placer y sin moderación, como debiera ser siempre. El anciano servía con la dignidad de un noble de incontables generaciones que se pusiera tras la barra para halagar a un grupo de amigos antiguos.

El licor se depositará en toneles más viejos para que continúe su lenta evolución: las sustancias de madera se afinan, los aromas de vainilla y ciruelas pasas se desarrollan, aparece el carácter y la graduación de alcohol disminuye progresivamente

Entre el batiburrillo de lenguas, ropas y gestos, advirtió la llegada de su mujer. Quizá veinte años menor, sobria y elegante como lo hubiera sido una dama de otro tiempo. Llevaba un cesto pequeño entre las manos.

—Hola, Michel. Te traigo un pedazo de queso de cabra y un poco de pan. ¿Van a acabar pronto los señores?

La miró suspicaz. —Gracias por el queso y el pan. Paso algo. ¿No es cierto?

La gente comía y bebía.

—Los nietos. Se han ido a la fiesta del amnistiado. No saben el significado de la palabra decencia.

—¿Y nuestros hijos? ¿Dónde están, que no lo impiden?

—Han ido a comprar

a la ciudad, supongo.

El viejo rezongó.

—Cuando quienes mandan son inmorales, convierten a la sociedad en inmoral, para que no tengan nada que reprocharles. Si quienes reinan y gobiernan hozan en el fango, incitan al populacho a que hoze. Pero el populacho son nuestros hijos y nuestros nietos, y no hemos de permitirlo, cago en lo más sagrado.

—No te alteres, Michel.

<http://perso.wanadoo.es/miguelangelderus> • <http://miguelangelderus.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- 237 razones para el sexo, 45 para leer
- Donde no llegan los sueños
- Evas
- Malditos
- Europa se hunde
- Dinero, mentiras y realismo sucio
- Putas de fin de siglo
- Cuentos Irreverentes
- Bäsle, mi sangre, mi alma

—Eso es lo que quieren, que no nos alteremos. Quienes mandan llaman enfermos a quienes se alteran. Pero son los únicos sanos. ¡Los únicos! Tú lo sabes, por ello me elegiste.

La conversación se interrumpió. Una pareja de japoneses sonreían con una caja de botellas en una mano y una tarjeta de crédito en la otra. Otras parejas comenzaban a levantarse y a seleccionar botellas de las estanterías. Era la hora del negocio. Miró a su mujer, molesto por la interrupción, y con un gesto de paciencia, sacó un cajón que contenía algunos billetes, de debajo del mostrador.

—La clemencia sólo conlleva desgracias. Por favor, llévate el queso, acabo con los señores y voy a casa.

Los japoneses pusieron su mejor sonrisa tras la caja de botellas. Detrás de ellos se iba formando una hilera de gente feliz.

—Tarjetas no, dinero, sólo dinero. Aquí no trabajamos con bancos. No me gustan los ladrones.

Sonrieron sin entender bien lo que le decía aquella especie de estatua bronceada antigua, pero guardaron la tarjeta y extrajeron los billetes de su cartera. Tres de cincuenta euros. El anciano sonrió seco y asintió con la cabeza. Comprendieron y asintieron.

Al final de la jornada, se dirigió a su casa con el bolsillo lleno y el ánimo apaciguado. Su mujer temía aquellos retornos al hogar con el dinero, pero ¿cómo iba a temer algo aquel que siendo un muchacho de quince años había tenido como mayor deseo haber luchado en la resistencia francesa o en las tropas rojas que levantaron la bandera comunista sobre el Reichstag de Berlín en mayo del cuarenta y cinco? ¿Por qué iba a temer quien pasó la depresión económica y el hambre posterior a la segunda guerra mundial? ¿Qué razón podría haber para que temiera algo el tataranieto de un hombre valeroso que había dado su vida luchando contra Napoleón? ¿Miedo? ¿Por qué intentar robarle, si ello conllevaría la muerte del ladrón?

Sólo le sacó de su momentánea placidez el barullo de la fiesta, el sonido del acordeón, un tambor ridículo, las voces, las gargantas ebrias; la absurda alegría sin sentido de la celebración populachera.

—La puta Amnistía del niño Jesús... Hay que ser gilipollas. ¡Gilipollas!

Se detuvo ante la casa en piedra labrada. Echó una última mirada de desprecio —quizá el odio era una razón para vivir— y ante el portalón de madera carcomida extrajo una llave gruesa del bolsillo. Abrió y entró en la obscuridad del zaguán. La casa olía a pato, a vino, a queso.

—¿Se ha dado bien el día?

—Les gusta lo bueno. No sé qué hacen viviendo en esos amasijos de asfalto, acero y cristal a los que llaman ciudades. No han vuelto los nietos. —La mujer guardó silencio y sirvió la comida. —No sé para qué vale darles ejemplo en el hogar, si las putas dominan ahí fuera. ¡Imbéciles festejando a un violador!

—La gente dice que hay que ser bondadoso y perdonar.

—No han sido ellos los violados. Pero, bien, quizá incluso si lo fueran perdonarían. Es lo que sucede a los esclavos. Tienen alma de esclavos y perdonan las afrentas.

—Quizá, Michel, quizá.

Los ecos de la fiesta amainaron poco a poco, según iban los festejantes volviendo a sus casas. La tarde era más cálida de lo normal y al mirar desde la ventana se veía poca gente en la calle, alguna mujer cargada con una bolsa, algún hombre que volvía del bar con la nariz enrojecida por el alcohol, alguna adolescente que había sido mandada por su madre a hacer algún recado, un grupo de niños que pateaban un balón. El hombre se sentó en el sofá y calentó su copa de armagnac. Algo le llevaba



a sentirse inquieto. Procuró calmarse diciéndose que siempre había odiado las fiestas populacheras impuestas por el calendario. El sabor de la bebida contribuyó al momentáneo bienestar.

—Hoy seremos once a cenar, Michel. Tengo todo preparado. Los vinos, los panes, dulces, quesos, los patos... He llamado a la nieta y le he dicho que vaya a casa de Anne-Sophie Pic a por castañas. Tiene la tienda cerrada, pero le abrirá por la casa. Quiero hacer un puré de castañas para acompañar a los patos.

El marido asintió con la cabeza y con una sonrisa. Al volver a quedarse solo en el salón cerró los ojos y se adormeció en sus pensamientos. Olió el contenido de la copa. Tarareó de un modo casi imperceptible aquella canción

Sintió una fuerte taquicardia, ansiedad en la respiración y se puso en pie, congestionado

que Jean Ferrat compuso sobre un poema de Aragón, se dijo “¿qué sería yo sin ti?” parecía a punto de dormirse.

En ese instante en que el sueño está a punto de sustituir a la vigilia, sintió una fuerte taquicardia, ansiedad en la respiración y se puso en pie, congestionado, mientras emitía un gemido gutural que temió que sobresaltara a su mujer. Dejó la copa sobre la mesa, se puso la pelliza y dio una voz.

—Mujer, he olvidado algo en la bodega. Salgo. Tardaré en volver.

Y cerró la puerta con las manos temblorosas.

Se dirigió a la bodega. Le costó abrir, conturbado como estaba, pero lo logró. Entró sin luz y se dirigió a la pared. Conocía perfectamente la ubicación de cualquier objeto. Tomó el hacha entre las manos y se volvió rápido hacia la puerta. Quizá algún curioso hubiera dicho que en sus ojos brillaba una chispa de locura. Nada más lejos de la verdad. Estaba tan lúcido como lleno de ansiedad. Su determinación era total.

Se dirigió hacia las afueras del pueblo, donde tenía su casa aquella Anne-Sophie que había mencionado su mujer.

Era un molino antiguo bajo el que pasaba el pequeño caudal del brazo del río que atravesaba el pueblo. La única zona arbolada del pueblo. Estaba enfrente de la tienda, de la última calle, donde sólo iba la gente a comprar, nunca a pasear. ¿A qué obedecía aquella

determinación? No lo hubiera podido explicar de un modo lógico hasta que escuchó un grito ahogado, como si una mano intentara tapar la boca que emitía el sonido.

aceleró el paso y encontró a su nieta tirada en el suelo, el abrigo abierto, la camisa desgarrada, y encima de ella un joven que de un modo violento le tapaba la boca con una mano mientras que con la otra intentaba sujetarla por las muñecas. Las lágrimas le brotaron a los ojos de un modo áspero, sintió el dolor y la angustia en la garganta. Era el amnistiado. La alimaña estaba tan inmersa en su vileza que no le escuchó llegar. El viejo levantó el hacha y descargó con toda su fiereza y su fuerza un brutal golpe en un tobillo del muchacho. Desgarró sus oídos el alarido del delincuente, le vio retorcerse de dolor, y el pie separado del cuerpo. La sangre manchaba las hojas caídas, el suelo húmedo, la hoja del hacha. Miró los ojos rojos de su nieta, constató su pavor, volvió a ver el cuerpo del amnistiado, encogido sobre sí mismo, volvió a levantar el hacha y descargó su furia sobre aquella espalda. Sólo fue necesario un golpe; el hacha quedó insertada en aquel cuerpo, destrozando los huesos y llegando a un pulmón. El sucio cuerpo de la bestia quedó bañado en sangre que manaba a borbotones. Apenas tuvo tiempo de dar algunos espasmos, cuando el cuerpo quedó sin vida, manchando las hojas caídas.

—Tranquila, hija mía, este lobo no atacará a más corderos. Ni a personas.

Y las lágrimas de la nieta contra su pecho le produjeron tanto bienestar como dolor.

Procuró calmarla. Estaban solos. Nadie se había asomado a ventana alguna. Ni siquiera aquellos que habían celebrado la Amnistía del Niño Jesús.

—Ya no tienes de qué preocuparte. Espérame aquí.

Extrajo el hacha del cuerpo sin vida, lo volteó. Ni la muerte había quitado de aquella cara el rictus repugnante que siempre había tenido. Puso el pie sobre el cadáver. Comenzó a tirar del cuerpo hacia el río, dejando un rastro de tierra sucia, sin hojas; pensó que aquel bastardo pesaba demasiado para él. Llegó jadeando al río.

—Estoy ya mayor, cagoencristo. Mayor, pero mejor que todas esas ovejas del pueblo. Si fuera por ellas viviríamos en la barbarie.

Y dejó caer el cuerpo en el río. Ni un ruido de pájaros. Nada. El silencio y el susurro del agua. Soledad. Volvió esparciendo las hojas con los pies para ocultar el camino que había abierto con el cadáver. Apretaba las mandíbulas. Llegó junto a su nieta, la abrazó, quedaron unos momentos en silencio y reemprendió el camino hacia el río con el hacha. La lavó.

—Tan limpia como el primer día.

Comenzó a llover. Cerró bien el abrigo de la muchacha, que parecía incapaz de actuar, y le pasó un brazo sobre los hombros.

—Nos vamos a casa. Si la mujer de las castañas no ha salido con todo este alboroto, no va a salir ya. No me gusta el puré de castañas. Prefiero el pato asado, sin más. Como lo hacía mi abuela. ¿Estás bien?

La chica musitó un “sí” casi inaudible, oscilante, ahogado, sin levantar la cabeza.

—Ya eres una señorita; pronto cumplirás quince años. Ya tienes edad para disparar un arma. Será mi regalo de Navidad. Un arma, para defenderte de los bastardos. Si nadie te defiende, te defenderás tú. Espero que lo que has vivido hoy te sirva para comprender que la mayoría de esos no merecen la vida.

hizo un gesto brusco con la barbilla en dirección al pueblo. La muchacha asintió con un gesto, en silencio. Del pueblo comenzaba a llegar el olor de las cocinas. Todo el mundo comenzaba a preparar la fiesta.



Retazos de álbum familiar

¿Acaso alguien se hubiese atrevido nunca a decir media palabra de más acerca del señor M., si nunca en sus muchos años en el barrio había dado motivos? Sólo pasados algunos años de su muerte, supieron los vecinos que el señor M. había sido el pintor cuyo nombre habían oído mil veces en las noticias, y de ese modo terminaron por encumbrarlo como el más admirable de los compañeros de días que habían compartido aquel pedazo de mundo.

Les resultó una idea deleznable que alguien se hubiese atrevido a publicar un libro después de su muerte, cuando por fin habían llegado a amarlo, aprovechando el lado oscuro que supuestamente había mantenido oculto en vida. Se sintieron dolidos, y desde entonces la tristeza se fue colando desde las calles a las casas sin respeto ninguno. Vino cabalgando en las ondas de la radio, agazapada entre las letras de los periódicos. El autor había desgranado una a una las perversiones de su pintor muerto, y las había vendido en un libro con el que había hecho una fortuna. Analizaba su vida sexual fría, y cómo había alimentado el apetito de su propia mujer con hombres que sabían excitarla y la amaban como animales. Contaba cómo el pintor se extasiaba con aquellas escenas (porque no hubo una que no presenciara divertidamente), y luego pintaba uno a uno a todos los amantes de pago, que él luego transmutaba en reyes exóticos. Por alcanzar su gloria, el pintor no se echó atrás ni para convertir a su esposa en una esclava de su obsesión sin norte.

Era cierto, como decía el libro, que siempre había pintado retratos de hombres, y sólo de hombres. Que sus retratos eran héroes extrañamente ataviados, sobre campos más extraños y bajo unos cielos del color inefable de los sueños. Que todos eran rostros de una belleza que erizaba el espinazo incluso a los más rudos. Pero todos coincidían en que si hubiese pintado de otra forma ya no habría sido un genio. Su pintor era distinto: por eso veía el color del aire, y leía el miedo en los ojos, y pintaba el sabor de la piel como sólo saben hacerlo los elegidos.

Los vecinos ya no creían en nadie, porque era el signo de los tiempos. Pero les resultaba ocioso que otra gente venida de lejos hablara así de un hombre como el pintor, de quien todos en el barrio conocían la soledad con que se acompañó los últimos treinta años de su vida. Y que sólo a veces hablaba de cierta mujer que había amado en África, donde, según decía, el sol tenía su casa y de la boca de las fieras nacía la música, pero donde también la vida era terrible, y devoraba a sus gentes.

había siempre cierta discusión entre las gentes cuando se trataba de recordar la historia del viejo. Unos contaban que había llegado de las montañas, donde había hablado cara a cara con Elegguá; otros negaban con insistencia esta posibilidad, porque según testigos el viejo había salido del fondo del lago, donde había pasado mil años llorando para que el lago se hiciese grande y lo inundasen los peces que alimentasen a su pueblo. En lo que coincidían todos era en el retrato del viejo, un hombre hosco y de costumbres sencillas, que se pasó la mayor parte del tiempo acucillado bajo la acacia que fue su morada desde el día en que apareció por el pueblo.

El viejo no predicaba. El viejo no sabía o simplemente no quería practicar sortilegios, aun cuando la gente venía hasta su sitio con la carga pesada de su futuro indescifrable. A veces aparecía entre las cabañas olisqueando, en busca de las sobras de la comida que cada familia le ponía en platos al anochecer. Pero cuando la primera claridad se hacía en el cielo antes de amanecer y las mujeres salían a buscar leña, el viejo ya estaba



Santiago García Tirado

<http://santiago-tirado.blogspot.com> • <http://www.garciatirado.es>



Último libro del autor:

- Un preso que hablaba de Stanislavski

en su puesto de centinela del tiempo, oteando el horizonte sin pestañear. En eso coincidían todos.

No se asustó al verse rodeado de los habitantes del pueblo. Supo, el día en que vinieron todos, desde el mayor hasta el niño, por qué venían a buscarlo al cabo de tantos años de convivencia. Miró en círculo con sus ojos pequeñísimos y fue viendo uno a uno a los niños escualidos que se abrazaban a sus madres, las mujeres de pechos duros y piel de aceite que ya no eran más que viejas prematuras, y en los cuévanos de sus ojos dibujaban una pregunta que nadie sabía responder. Avergonzados, los hombres no podían más que mirar al suelo, porque sus redes ya no servían en el lago, y su fanfarronería de triunfadores ya no asombraba a las muchachas casaderas.

El viejo entendió, y se puso en pie. Echó a andar en línea recta con su paso rítmico, pero sin urgencias, hasta que el aire caliente lo fue convirtiendo en un punto sinuoso y lo engulló el horizonte. Los hombres se volvieron a sus casas, mandaron a los niños al colegio con la promesa de que a mediodía tendrían banquete, y las mujeres con los pequeños atados a la espalda se fueron a arrancar raíces con las que entretener el hambre hasta la noche.

No fue antes de siete días, pero al fin el viejo apareció como se había marchado. Un niño dio la señal de aviso al ver la mancha que se acercaba, poco a poco los hombres dejaron de afilar sus cuchillos, las barcas vacías regresaron a la orilla, las mujeres se secaron las lágrimas. Cuando la figura del viejo fue reconocible, la aldea toda salió a su encuentro como quien espera ver un portento. Antes de que los primeros muchachos pudieran alcanzarlo, el viejo cayó al suelo. Le dieron agua, lo abrazaron. Le preguntaron dónde había estado, qué decretaban los orisás, a quién debían sacrificar para que se ahuyentara la maldición. Pero no hablaba el viejo. Entonces vieron que unos pasos más allá se le debió caer una raíz de mandioca, y un poco más atrás, otra. Siguiendo la línea fueron encontrando algunas más, y luego otras que se acumulaban en pequeños montoncitos. Organizaron la recogida con cuidado, porque eran pocos hombres y cada nuevo montoncito de mandioca los llevaba lejos del pueblo, así que pusieron a los muchachos a custodiar los montones con la distancia de un tiro de piedra. Recogieron tanta mandioca que al cabo de tres días y tres noches, en el pueblo había una montaña de comida suficiente para dos meses. El viejo que había traído la salvación, sin embargo, murió el mismo día de su llegada, sin haber podido pronunciar ni media palabra. Murió de hambre.

Esta fue la historia que, con ciertas variaciones,

las gentes de la aldea le contaron al pintor muchos siglos después. El extranjero quiso pintarlo como fue de soñador: en cuclillas bajo su acacia, esperando eternamente.

apenas unos minutos después, cuando el muchacho apareció en el suelo, la multitud se arremolinó a su alrededor. Se preguntaban unos a otros, los que llegaban lo miraban a los ojos, alguno intentó buscar el protagonismo diciendo que lo había conocido, pero enseguida otro desdecía de aquél, y la historia volvía al comienzo. Entre la barahúnda se oyó entonces un grito, y alguien consiguió a empujones abrirse un paso para llegar hasta el cuerpo inerte. Lo reconoció. Todavía antes de que sonaran las sirenas de las ambulancias, y los enfermeros, y luego los agentes, y los periodistas

y los fisgones acababan de romper lo que la muerte tiene de humano, el viejo pudo reconocer al muchacho que yacía sobre el asfalto. Lo abrazó y le dio un beso en la frente. Su corazón ya no servía, pero en el rostro aún caliente tenía dibujada la mueca del último pinchazo de dolor.

Entre el gentío volvió a circular el comentario de que otra vez volvían a lo de siempre. A nadie le importaban los negros, y nadie se molestaría en buscar al que había disparado tres balas sobre el muchacho que se desangraba en el suelo. Otros menearon la cabeza pensando en esas familias que se desprecupaban de los hijos, y algunos más patriotas echaban la culpa a un gobierno demasiado blando con los negros que no querían trabajar. Los agentes del orden llegaron buscando razones, y apartando al que abrazaba al muerto, le preguntaron si era su padre, o algún familiar. Les dijo que el muchacho no tenía

familia. Pero toda la vida había ido contando historias hermosas sobre el padre que nunca tuvo, y que a veces era un rey africano, y a veces un guitarrista de blues. Le gustó, por encima de los demás, la imagen del padre pintor, porque era capaz de conseguir, con todos los que en su imaginación pintaba, un cuadro grande y maravilloso que los incluía a todos.

Nadie supo, sin embargo, que la última sonrisa del muchacho, antes de que el corazón se le detuviese, se la había dibujado otro sueño, cuando siguiendo las órdenes precisas de Elegguá había llegado al país donde crecía, sin que nadie tuviese que plantarla, la mandioca más dulce del mundo. Y de regreso a la aldea, las muchachas se peleaban por andar a su lado.



ANA GUILBERT

Sólo pasados algunos años de su muerte, supieron los vecinos que el señor M. había sido el pintor cuyo nombre habían oído mil veces en las noticias

Escena urbana

en Madrid, en el centro de la ciudad, en uno de estos días de calor. El termómetro digital de una farmacia marca 35 grados. Es casi la hora de comer. Las mesas de la terraza de un bar están repletas de clientes. Hay un flujo intenso de gente que va de aquí para allá, en la vecindad de unos grandes almacenes. Una rumana pide limosna con un niño dormido en brazos. Unos orientales venden compactos y gafas de sol sobre una loneta desplegada en la acera. Alguien corre para coger un autobús.

Un chico llega a un paso de peatones con el semáforo en rojo. Lleva unos mocasines negros, un vaquero azul y una camisa blanca de manga corta. El pelo, negro y largo.

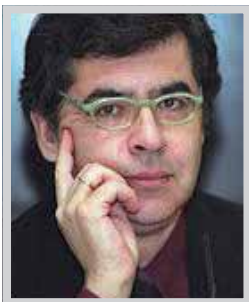
Una chica se aproxima al borde de la acera, dispuesta a cruzar el concurrido paso de peatones.

La chica lleva unos zapatos blancos de tacón con los dedos y los talones al aire, que se resuelven por delante en una tirilla coronada por una flor multicolor. Las uñas de los pies están pintadas de verde botella.

La chica lleva un pantalón rosa de tejido espumoso, tipo pitillo, creo que les llaman, que le marca notablemente el contorno de las piernas y de las nalgas, muy sobrantes respecto al reducido tamaño del pantalón.

El pantalón, pegado al cuerpo, deja ver la línea, en ambas nalgas, donde terminan las bragas, cuya dimensión resulta muy subrayada, al igual que, por delante, el ceñido pantalón resalta notablemente los huesos de su pelvis, es decir, de su sacro, de su ilion, de su isquion y de su pubis.

el pantalón de la chica termina muy por debajo de lo que propiamente podríamos llamar cintura, dejando un espacio de piel morena a la vista en el que sobresale la línea de la goma de unas



Manuel Hidalgo



El pantalón, pegado al cuerpo, deja ver la línea, en ambas nalgas, donde terminan las bragas, cuya dimensión resulta muy subrayada, al igual que, por delante, el ceñido pantalón resalta notablemente los huesos de su pelvis



Extraído de su libro *El cutis de las monjas*, publicado por Ediciones Irreverentes

bragas blancas. También a la vista, en su correspondiente lugar central en el vientre, queda el ombligo y, muy cerca de éste, un tatuaje pequeño de color azul que representa a un dragón que escupe fuego.

La chica lleva una ceñida camiseta de tirantes de color fucsia, bajo la que, conforme se acercaba al paso de peatones, tambaleaban unos pechos prominentes, avanzados en unos pezones evidentes, vanamente retenidos por un sujetador negro, según se puede compro-

bar en los tirantes a la vista que se suman por separado a los tirantes de la camiseta.

La chica lleva anillos de colores en los dedos de las manos, uñas violetas, así como pulseras en sus muñecas. Sus hombros, desnudos y morenos, como su vientre. Pendientes en las orejas u gargantillas en el cuello. Su cara y sus ojos, maquillados. Su pelo, rojo teñido, con una mecha azul. El chico mira a la chica de abajo a arriba y de arriba a abajo. Y la chica, molesta, le suelta: -Y tú, ¿qué miras?

Relato soñado. Ojos ampliamente cerrados

fridolín es un médico vienés que en un tiempo impreciso, en el que se confunden las llamadas telefónicas con los duelos entre caballeros, está a punto de dejar a Albertine, su esposa. Tras leer un cuento a su hija, el matrimonio asiste a un baile de máscaras. Una vez allí, ambos se confesaron que, durante un reciente viaje a Dinamarca, hubo otros a quienes pudieron amar y tal vez amaron. De regreso a casa, Fridolín es requerido por un caso urgente: un alto funcionario se está muriendo. Marianne, la hija del consejero en cuestión, será la primera de todas las mujeres de las que quedará prendado esa noche. Ella también se reconoce atraída por él, pero no llegarán a más. Muerto su paciente, Fridolín preferirá no volver a casa, yendo a recalar en un burdel, donde también quedará prendado de una joven muchacha. Al abandonar el prostíbulo, Fridolín se encuentra con un antiguo compañero de facultad -Nachtigall- quien le dice estar empleado de pianista al servicio de unos extraños enmascarados que celebran unas extrañas orgías... Este es, a grandes rasgos, el comienzo de esta novela, en la Stanley Kubrick se basó para la realización de *Eyes Wide Shut*.

Destacado miembro de la burguesía hebrea que lideró la cultura alemana entre



Javier Memba



Extraído de su libro *Mi adorada Nicole* publicado por Ediciones Irreverentes



las postrimerías del siglo XIX y los albores del XX, Arthur Schnitzler nació en Viena en 1862, ciudad que le vería morir en 1931. Médico al igual que su padre, cuando los éxitos literarios le llevaron a abandonar esta profesión, ya había tenido tiempo de interesarse por la psicología. Considerado el “capitán” de aquel grupo de intelectuales conocido por

la “joven Viena”, Schnitzler fue el introductor del monólogo interior en las letras germanas. Entre sus títulos cabe destacar *Rueda* (1900), *La señora Berta Garlan* (1901) y *La señorita Elsa* (1925). *Relato soñado*, actualmente su obra más celebrada, fue escrita entre 1921 y 1925.

Para fantasiosos un poco depravados.



Las calenturas de Elena

mirábamos el mar liso y transparente, y después cerrábamos los ojos y escuchábamos aquel apacible rumor acuático, y notábamos en la piel el resplandor del sol como una melodía nutritiva y acogedora, y nos imaginábamos en una paradisiaca playa del Caribe. Otros años, el mar estaba siempre alterado y turbio por culpa del poniente que soplab sin parar y de la draga que escarbaba día y noche en la desembocadura del río, pero aquel verano todo se mantenía limpio y en calma, como si de pronto alguien se hubiera entretenido cambiando los vientos y las corrientes y a nosotros nos hubiese tocado el cielo purísimo y el mar turquesa de las Bahamas.

—Dame un beso —me decía de pronto Elena, sin abrir los ojos—. Yo entonces tragaba saliva, aspiraba hondo pero con mucho cuidado para que ella no lo notase, me armaba de valor y la besaba en la mejilla como un colibrí.

—Qué mal besas —protestaba Elena.— Deja que ahora te bese yo. Elena besaba en la boca y como si estuviera chupándole el zumo a una naranja. Yo mantenía los dientes apretados y ella no usaba la lengua, sólo los labios como palpitantes esponjas elásticas que no dejaban ni un resquicio por donde pudiese entrar el aire. A mí se me atrancaba la respiración y empezaba a sacudir la cabeza igual que si estuvieran estrangulándome, hasta que Elena se daba por vencida.

—Me estás asfixiando, Elena. Y luego te saldrán calenturas. Todo el mundo decía que Elena estaba guapísima con aquellas calenturas en los labios.

La verdad es que Elena estaba siempre guapísima, era la niña más guapa de toda la provincia de Cádiz, según dictamen unánime de las amigas de mi madre, aunque mi madre se limitaba a reconocer que, en efecto, era muy mona, pero que al fin y al cabo la provincia de Cádiz estaba llena de niñas monísimas. A mi madre el pudor maternal la obligaba a quitarle importancia al hecho de que su hijo le gustara a Elena Colón, la niña más guapa de la provincia.

—Y viceversa, Lourdes, y viceversa —le decían a mi madre sus amigas, con muchas morisquetas salomónicas, para dejar claro que aquel primerizo y delicioso tonto de verano era cosa de dos. Mi madre entonces ponía cara de suegra incipiente y dubitativa, como si le diera apuro certificar el buen gusto de su hijo.

Cuando Elena aparecía con los labios llenos de calenturas, todo el mundo le decía que tuviera cuidado no se le fueran a infectar, pero que había que reconocer que le favorecían muchísimo. Las calenturas de Elena eran pequeñas, lisas y de color caoba, como las pipas de algunas sandías. Mi hermano Jesús y su amigo Carlos Uribe decían que daban ganas de arrancárselas a mordiscos. Cuando les oía decir eso a mí me daban tiritonas.

Elena era muy rubia y muy romántica y se moría por irse de vacaciones a las Bahamas. A la espera de aquel viaje soñado e inalcanzable, Elena se conformaba con quedarse a solas conmigo en lo alto de las dunas del Castillito, junto a unas adelfas que no nos protegían en absoluto de



Eduardo Mendicutti

las miradas de los demás. Mi hermano Jesús y su amigo Carlos Uribe siempre nos llevaban la cuenta exacta del tiempo que habíamos estado a solas Elena y yo.

—Hoy habéis estado más de media hora. 34 minutos exactamente —decía Jesús, o decía Carlos.

Y no sólo nos lo decían a Elena y a mí, también se lo contaban a los demás y a mi madre y a las amigas de mi madre, y no había nadie en toda La Jara que no supiera el tiempo exacto que habíamos estado Elena y yo solos mientras los demás se bañaban si la marea estaba llena o jugaban a la pelota con palas de madera o tomaban el sol en la orilla. Al día siguiente, todos se daban codazos y soltaban risitas y hacían bromas cuando Elena aparecía con los labios llenos de calenturas.



Era muy mona, pero al fin y al cabo la provincia de Cádiz estaba llena de niñas monísimas

—Son como grosellas —dijo un día Aureliano, un médico amigo de mi padre que era de Valladolid y hablaba, según él, el mejor castellano de España, no como nosotros, que lo que hablábamos ni era castellano ni era nada, con aquel acento andaluz tan cerrado.

—¿Qué son grosellas?

Ni Elena ni yo sabíamos lo que eran grosellas. Aureliano nos explicó que eran como uvitas pequeñas que sabían dulces y amargas al mismo tiempo.

—Como las acerolas —dije yo.

—Más pequeñitas —dijo Aureliano.

—Entonces, como las azofaifas.

—Más blanditas. Y se dice azofaifas, no azofaifas. Las grosellas pueden ser rojas o

moradas. Las calenturas de Elena son como grosellas moradas.

mati, la mujer de Aureliano, que metía un ojo una barbaridad pero era muy simpática y muy dispuesta, dijo que ella compraba en una pastelería de Valladolid unos millojos de nata con una capita de grosellas que estaban riquísimos, ni en la pastelería de Pozo, tan celebrada por los sanluqueños, tenían exquisiteces así. Entonces Aureliano, que además de ser médico escribía versos y un año echó el pregón de la Fiesta del Guadalquivir, dijo que los labios de Elena llenos de calenturas eran como pastelitos de café con una capita de grosellas.

a partir de aquel día, hasta con los labios llenos de calenturas Elena se empeñaba en besarme en la boca como si le exprimiera el zumo a una naranja, después de que yo la besara a ella en la mejilla como un colibrí. Y cuanto más me besaba, más calenturas le iban saliendo.

—Ya sabes lo que dijo el otro día Aureliano —decía Elena, y ponía la misma cara de marimandona cariñosa que ponía Mari Carmen Salido, la practicante, cuando yo era chico y ella iba a casa a vacunarme.

Los labios de Elena llenos de calenturas eran como una cestita de mimbre llena de moras, como una bandeja de barro con aceitunas de aliño, como aquellos millojos con una capita de grosellas que tanto éxito tenían en Valladolid.

el mundo entero estaba lleno de luz y la arena de la orilla, conforme la marea iba bajando, tenía el color tostado de los labios de Elena. Poco a poco, oscuras y palpitantes bajo el sol como las calenturas de Elena, iban apareciendo las rocas de la escollera de Los Corrales. Soplab un poniente corto que mantenía el cielo terso, azul, resplandeciente. Allí, en las dunas, yo miraba las calenturas sobre los labios de Elena y eran como barcas de pescadores dulcemente recostadas en la bajamar.

pero luego, noche tras noche, llegaban las pesadillas. Las calenturas saltaban de los labios de Elena como burgaillos venenosos, como cucarachas carnívoras, como cortapichas enfurecidos, incluso como helicópteros de combate, idénticos a los que los americanos mandaban a la guerra de Vietnam, que me destrozaban la boca con sus aspas feroces.

Con el corazón desatado y empapado en sudor, tenía que salir a la terraza, respirar el aire aromático de la noche y decirle a mi madre que algo me había sentado mal. Mi madre se me quedaba mirando las ojeras, que según ella me llegaban ya hasta las clavículas, y seguro que pensaba con mucha preocupación en mis pecados por culpa de Elena.

Fue un verano horroroso. Menos mal que al verano siguiente Beltrán Miranda y yo nos hicimos inseparables.



Extraído del libro *Pasiones fugaces*, de Ediciones Irreverentes

Naufragios

mi peor verano no fue uno, fueron como poco dos, y probablemente su condición malvada no fue para tanto. Malos porque uno andaba más disipado de lo debido o porque los compromisos adquiridos no resultaban precisamente muy gratos.

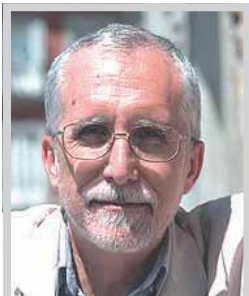
Un verano de adolescencia, echado a perder después de haber incumplido hasta el límite las obligaciones escolares. Un verano de juventud pechando con una oposición, en ese límite de compromiso y ruina en el que los opositores se vuelven tarumba y la realidad se reconvierte en un tema de Derecho Administrativo en el que el recurso de alzada se compagina con el ánimo más bajo que imaginarse pueda.

Aquel verano de adolescencia cateada transcurrió en la consabida ciudad de provincias, donde uno pastoreaba la disipación con resultados verdaderamente perniciosos: de la cuantía de las calabazas casi me da vergüenza acordarme. Hay récords de los que nadie se vanagloria. Las calabazas me habían reconducido, además, a una reválida catastrófica. El verano me acogía más solo que la una, con la familia de vacaciones, los amigos lejos, la compañía de otros camaradas de no menos oscuro pelaje escolar que el mío, suspendidos sin remisión, y alguno de ellos enarbolando ya la bandera del repetidor. Una bandera a la que, para mi desgracia, también habría de alistarme.

el verano de la juventud, el del opositor cariacontecido y no menos disipado, discurrió en Madrid, en uno de aquellos agostos sin nombre y sin duelo, con la ciudad arrasada y abrasada viva.

Mi barrio madrileño de opositor peripatético era Tetuán de las Victorias y en mi guarida en la parte alta, hacia Valdeacederas, la ciudad todavía preservaba algún límite de desmontes escoltado por los clásicos meloneros y hasta una kermés de viejo cuño que, a Dios gracias, salpicaba con chotis y boleros aquellos oscureceres en los que el recurso de alzada no acababa de levantar vuelo.

Es curioso, siendo dos veranos tan distintos, entre otras cosas porque el protagonista ya no se parecía mucho, los recuerdo con paralelas emociones y una impenitente desazón.



Luis Mateo Díez

El adolescente gobernaba, con muy poco criterio por cierto, su sonado fracaso y, sin embargo, el opositor luchaba por el éxito, se preveía de la dudosa condición de martirio, ya se sabe que las oposiciones son un tormento chino, algunas probablemente malayo.

Uno y otro verano también estaban contagiados por la longitud de sus horas. El tiempo se hace más largo para el que se queda solo, da lo mismo que le hayan abandonado o que la soledad sea su destino profesional, que es lo que le pasa al opositor.

Toda adolescencia es un naufragio, ha dicho algún que otro psicólogo. La isla de la mía sumó más de un verano.

aquel muchacho que guardaba las calabazas debajo de la cama, se sentía agraviado por todo lo que había sucedido y, por supuesto, alimentaba una sólida conciencia de víctima. Merecer o no los suspensos no entraba en sus cálculos, uno jamás se merece lo peor que puede pasarle, nadie hace méritos para tal oprobio. Las regañinas paternales, propias de un invierno que ya hacía prever el descalabro, eran tan caprichosas como injustas, la vida del adolescente está llena de zozobras y graves determinaciones, uno casi nunca tiene el cuerpo para estudiar pijadas, qué sabrá nadie...

En ese verano aprendí que la indolencia es un estado espiritual parecido al nirvana y que en su grado extremo, que conlleva el abandono de uno mismo, produce una suerte de felicidad inocua que, bien administrada, puede acabar tiñéndose de gandulería. El gandul es una especie de vago avisado, de indolente de conciencia más relajada e irónica. Un gandul de tomo y lomo puede acabar fácilmente en tarambana.

Yo no fui tan lejos. En la indolencia encontré un consuelo cuyo extremo más peligroso era el aburrimiento, y en la holganza de aquellos días percibí el precario placer del náufrago.

porque ésa era la imagen que más cultivaba en mi imaginación y que más me gustaba. A fin de cuentas, el náufrago perdió el destino, o todavía no lo ganó, y es un superviviente en un medio hostil o, como poco, desconocido. El mío no era especialmente hostil ni desconocido, el piso familiar solitario, la ciudad dejada de la mano de Dios, pero la situación, mi perdición y castigo, sí avalaban mi extravío: una isla desolada en cualquier caso...

El naufragio del opositor fue distinto. La desgracia provenía de haber elegido aquella navegación. Y, además, el Madrid socarrado de un agosto infame tenía más alicientes que la provincia irredenta.

Subsistí en el agosto exterminador con un afán peripatético verdaderamente loable. Enerrado a lo largo del día en una suerte de duermevela que me acercaba al nirvana, tirado en el suelo las más de las veces, con los apuntes más desperdiciados que desperdigados. Y en el oscurecer nadaba muy lejos de la isla, lo más lejos posible, tan lejos que lo habitual es que volviera a mi guarida cuando daban las del alba.

El sueño no era el mejor conducto para que el dichoso recurso de alzada acabara de resolverse, resultaba más adecuado el de reposición que, de todos los recursos administrativos, fue el único al que tuve cierta simpatía. En reponerme tardaba toda la jornada y, una vez logrado, volvía a nadar.

Lo cierto es que el opositor tuvo mejor suerte que el adolescente, sacó la oposición.

El destino repetidor de aquel muchacho nublado, sus íntimas zozobras, la misma tristeza de su gandulería, coadyuvaron a que el verano no sirviera de nada o no sirviera para otra cosa que para alimentar su confusión y hacer más aciago su destino. No hay adolescente que no llegue a pensar que es dueño de un destino aciago.

Toda adolescencia es un naufragio, ha dicho algún que otro psicólogo. La isla de la mía sumó más de un verano, todos provinciales pero no todos cateados. También hubo alguno en la playa más ignota, con palmeras y cocoteros y una sirena pizpireta que se llamaba Doradía.



Extraído del libro *Antología del relato español*, Ediciones Irreverentes

Fernando Savater, Horacio Vázquez Rial, Miguel Ángel de Rus, José Enrique Canabal y Rafael Domínguez Molinos inauguran *Cercanías*, literatura rápida e impactante





Sí, cariño

anda, siéntate y ponte cómodo. ¡Venga, hombre, que estamos solos! ¡Como si estuvieras en tu casa! Mariana fue a ver a sus padres. Al parecer, a mi suegra le ha dado un soponcio, pero no te preocupes, ésa es más dura que el esparto: Nos acabará enterrando a todos, no te quepa la menor duda. En fin, qué se le va a hacer; todo el fin de semana solo, chaval. ¡Todo el fin de semana de Rodríguez! ¡Como Dios! ¡Hace una cervecita, unas patatas fritas y unas aceitunas... o prefieres un Larios-Cola o tal vez un vodka con piña...? ¡Whisky? ¡Pero desde cuándo te da por el whisky? Bueno, tú veras, chico, pero si te sienta mal, allá tú. ¡Ojo, ojo, que ya empieza el partido! ¡Joder, menudo duelo en la cumbre! ¡Un Madrid-Barça sin la parienta dando por saco, atravesando el salón cuando le sale de las narices y molestando! ¡Lo que disfrutan jodiéndonos! ¿A que sí? ¡Les encanta! Ellas son así, cuando te interesas por algo que no les hace gracia o, simplemente, no les conviene, no paran hasta amargarte el espectáculo. En fin, no sé para qué nos casamos. Supongo que para complicarnos la existencia. Con lo bien que se vive soltero. Te casas, y ya ves, todo se va a hacer puñetas. Una vez que vienen los niños no mojas ni en el tazón de leche. Sin embargo, los solteros sí que se lo montan cojonudo. Fíjate en Marcelino. ¿Te acuerdas de Marcelino? Sí, hombre, el que se la cascaba en el instituto, en la clase de religión. Ese mismo. Pues se está poniendo las botas, y el muy cabrón ya pasa de los cuarenta. Se compró apartamento que tiene todas las trazas de un auténtico picadero. ¡Alucinante! No veas, con su bañera de hidromasaje, su cama de uno cincuenta de ancho y su colchón de agua, dormitorio con espejo en el techo para no perder ripio... Todo un lujo. ¡Huuuyyyyy! ¿Te has fijado en el tiro de Raúl? ¡Qué pedazo de jugador! ¡Ése sí que es un crack, un líder nato, y no el meapilas de Ronaldo ni el metrosexual de David Beckham! Porque lo que sucede en este país es que nos están quitando el pan los extranjeros. Pasa en el fútbol, en el campo, en las fábricas y en todas partes. Y así no hay Dios que gane un mundial. Si dentro de poco acabaremos por perder nuestra propia identidad, y ya no sabremos ni lo que somos. ¡Quién nos iba a decir hace treinta..., qué digo, veinte años!, que estaríamos rodeados de sudacas, moros y negros. Este país se parece cada vez más a un circo. Vas al locutorio a comprarte unos Cheetos y te sale un tipo más oscuro que el tizón, que apenas sí balbucea el español, cobrándote con el mayor desparramo del mundo. Te metes en un bar para tomarte una caña y en vez de la tapa de toda la vida, te obsequian con el insufrible reguetón y un puñado de cacahuetes; ni que fuéramos monos. ¡Ah, tiempos aquellos en los que sólo había una religión, y uno sabía dónde estaba su lugar! Ahora, con tanta Aldea Global y tanta Alianza de Civilizaciones, ya nadie sabe dónde está su sitio. Antiguamente, todo el mundo conocía al enemigo: Los rusos, el comunismo, la suegra... Pero ahora... ahora, ¿quién sabe lo que es Al Qaeda y dónde se halla el Osama Bin Laden de los cojones? Nuestros enemigos se han vuelto invisibles. Esto es como matar moscas a cañonazos y así no hay forma humana de hacer una guerra decente, dando la cara, como antaño. No es justo, no, señor, no es justo. ¡Huuuyyyyyyyyy! ¿Te fijaste en la entrada que le han hecho por detrás a Roberto Carlos? ¡Hijo de puta, eso es roja directa! Pero como el árbitro es polaco... ¡Qué se puede esperar de un árbitro catalán arbitrando al Madrid! Nada, excepto que te jodan el partido. Por cierto, ¿por qué no salimos después a tomar una copa? Porque tu mujer también anda perdida, ¿no? ¡Quién sabe, a lo mejor



José Antonio Rey

<http://jose-antonio-rey.blogspot.com>



Último libro del autor:

• Un instituto con vistas



suenan la flauta y cae algo! Todavía estamos de buen ver. Bueno, tú necesitarías un crecepelo. Ja, ja, ja. No te enfades, hombre, que es una broma. Estás hecho un Tarzán. Además, hoy las mujeres están muy liberadas y se enrollan con cualquiera. ¡Son todas unas guarras! Te casas, tienes un hijo y se te quedan con la casa, la nómina y, si me apuras, hasta la dignidad. Son unas conveniencias. Para lo que les interesa enarbolan la bandera del feminismo, pero cuando toca soltar la pela, entonces se nos vuelven tradicionales. ¡Menuda cara dura! Te pasas el santo día currando como un desgraciado para esto. Todo son obligaciones sin contraprestaciones

al respecto. Porque antiguamente, al menos la mujer se debía a su marido, lo trataba con respeto y se amoldaba a las circunstancias. ¡Qué remedio! Antes había una ética, ¡qué digo "ética"! ¡Unos principios inalienables! Pero ahora, con esto del divorcio, de la paridad y de la liberación sexual, te quedas con el culo al aire y si te he visto no me acuerdo. Lo dicho, la vida entera partiéndote los cuernos, apoquinando a todo bicho viviente, poniendo el huevo, día sí y día también, hasta que te echan de tu propia casa a patadas, para que el papanatas de turno usufructúe tu cama, tu mujer y tus hijos. Y tú, más solo que la una, allá te las entiendas con el banco, pagando una hipoteca de por vida y volviendo, con el rabo entre las piernas, a la morada paterna. ¿Es eso justo? ¡Por favor, si vivimos en un mundo de locos! ¡Tanta libertad, tanta progresía! En fin, qué le vamos a hacer. Así está la cosa. La puta pseudodemocracia. ¿Te apetece otro cubata? ¡Venga, hombre, no me digas que no! Un día es un día y hoy la vamos a armar. Hay que animarse, que sólo vivimos dos días. Carpe diem, chaval, carpe diem. Toma, prueba una loncha de jamón patata negra. Está de vicio. Me lo trajo mi suegro del

campo. Los cura él mismo. ¡Oye, cojonudos! Tómate otro trago. ¿Que no quieres beber más? ¡Pero qué coño te pasa? ¡Pareces abstemio! ¡Qué hígado, ni qué narices! Fíjate, fíjate qué pedazo de barriga tengo. Ja, ja, ja. Mi dinero me ha costado, no te creas. Al fin y al cabo, es uno de los pocos placeres que nos quedan: comer, beber..., y nada más. Ja, ja, ja. ¡TIRA! ¡TIRA! ¡TIIIRAAAA! ¡Joder, será cretino el mamonazo del Ronaldo! ¡Pero cómo va a marcar goles si parece un tonel! Eso sí, en la discoteca bien que mueve el esqueleto. Lo sé de buena tinta. Esto es increíble. ¡Si parece un cerdo ibérico! ¡Mira cómo está de torpe! Y

todo es debido al sobrepeso. ¡Pásala, pásala, pásala-aaaaa...! ¡Dios mío, pero cómo se puede fallar ese pase! ¡Es para matarlo! Tendrían que haberlo jubilado hace mucho tiempo. Mira, mira como anda por el campo, si que parece que lleva muletas. Suerte que hoy la delantera del Barça anda dormida, que si no, ya nos habrían fusilado cuatro o cinco veces. ¡Son unos putos niños! Y

hablando de niños, cómo van los tuyos. Mi mujer me dijo el otro día que tu Miguelito es un portento tocando el clarinete. Un artista. En fin, los niños de hoy en día hay que darles de comer aparte. Tú has tenido suerte con el tuyo. Y la culpa es nuestra, de los padres. ¡Mucho vicio! Antes no había ni ordenador ni Play Station, ni tan siquiera un balón de cuero al que dar patadas, y mira qué sanos y fuertes salimos todos. Te esmeras en proporcionarles una educación de primera, te matas para que no las pasen canutas como tú, te partes el alma para que sean algo en la vida, ¿y al final, qué? Al final, nada. Para que un buen día te acaben dejando tirado en un geriátrico miserable y te visiten una vez al mes con cara de mala uva, rezongando y reprendiéndote como si fueras un crío. ¡Tus propios hijos! ¡PENALTI,

¡Un Madrid-Barça sin la parienta dando por saco, atravesando el salón cuando le sale de las narices y molestando!

PENALTIHHHHH! ¿No lo has visto? ¡ESO ES UN PENALTI COMO UNA CASA! ¿Que no? ¿Es que estás ciego? ¡Pero si el patatero de Puyol casi le rompe la tibia al pobre Robinho! ¡Ese tío es una bestia...! ¡Joder, otra vez el puto teléfono! Digaaaa. ¡Hoooola, cariño! ¿Qué tal por ahí? Bien, bien, por aquí va todo bien; sin novedad en el cuartel, je, je. Sí, me he comido la tortilla que dejaste al lado del microondas; sólo tuve que calentarla. Estaba buenísima, como todo lo que tú haces. No, no te preocupes, me las entiendo solo, pero os hecho de menos, a ti y a las niñas. Ya sé que sólo hace unas horas que te fuiste, pero yo soy así, un sentimental. ¿Qué le vamos a hacer? Que no, mujer, que no te estoy adulando, que te hecho de menos. Sí, cariño, ya saqué la ropa de la lavadora y la tendí como tú me habías dicho, pero no sé si se pondrá a llover. No te preocupes, la tiendo en la galería. ¿Un flan? No, no he mirado en la nevera. Muchas gracias, cariño, eres un sol. Te quiero. ¿Y a ti, cómo te va por el pueblo? ¿A Jennifer le ha picado una avispa? ¡Vaya por Dios, qué mala suerte! ¡Pero cómo está, bien? Tranquila, no pasa nada, excepto que sea alérgica. De verdad, no debes preocuparte. ¿Que tengo la televisión demasiao alta? No me prohibirás también ver el partido, ¿verdad cariño? No, no estoy solo, estoy con Miguel. No te preocupes, mujer, que no haremos tonterías. Ver el partido y a la cama. ¿Toda la semana...? Bueno, qué le vamos a hacer. Quédate el tiempo necesario. Tanquiiiila, todo está bajo control. Sí, yo también te quiero, cariño. Hasta mañana. Era el peñazo de mi mujer. Siempre me suelta el mismo rollo. Bla, bla, bla. No sé cómo lo consigue, pero es capaz de hacer un best-seller de una auténtica chorrada. Cada vez se parece más a mi suegra. Hasta en los gestos. Parece como si le dieran cuerda. Por cierto, dice que probablemente se tendrá que quedar toda la semana. ¡Ya ves, qué trauma, me parto de pena! ¿Hace otro cubata? ¡Huuuyyyyyyy! ¿Viste ese disparo de Roberto Carlos? ¡Joder,



Antes no había ni ordenador ni Play Station, ni tan siquiera un balón de cuero al que dar patadas, y mira qué sanos y fuertes salimos todos.

menudos zambombazos pega el tío! ¿Que no te gusta Roberto Carlos? ¡Anda ya! Tú no sabes lo que dices. Es el mejor lateral del mundo. Lástima que sea tan bajito. Pero es un auténtico baluarte. Ya lo quisiera para sí el Barcelona. ¿Que para qué queréis al Roberto Carlos? ¡Por favor, no digas sandeces! ¡Otra vez el maldito teléfono! ¡Seguro que es plasta de la parienta! Diga... Dime, cariño... Sí, cariño... Por supuesto, cariño... ¡Pues claro, cariño...! Adiós, cariño. ¡Buuffffff! ¿Qué te dije? Era otra vez ella. Suerte que la tengo controlada. En eso residen las relaciones de pareja, en el control y el dominio de la situación. Y eso hay que hacerlo desde el principio. Como pierdas los papeles a las primeras de cambio, la has cagado. Y la culpa la tenemos los hombres. Fíjate, por ejemplo, en los anuncios de televisión. Antes, nosotros éramos los que manejábamos el tema, seguros de nosotros mismos. ¿Y ahora...? Ahora aparecemos con la bayeta en la mano y el delantal puesto, restregando los azulejos como gilipollas, lamiéndoles el culo como un perrito faldero, esperando su aprobación mientras ellas sonríen triunfantes. ¡Patético! El mundo al revés. Los roles se han cambiado totalmente. ¿Y ellas...? Ellas son ahora las reinas del cotarro. Hemos perdido definitivamente la partida, muchacho. ¡GOOOOOOOOOOOLLLLLL! ¡MENUDO GOLAZO! ¡CHUPAOS ESA, CATALANES DE MIERDA, CABRONES! ¡MARICONAZOS SEPARATISTAS! ¡DECID AHORA: VISÇA EL BARÇA, VISÇA CATALUNYA, MAMONES SECESIONISTAS! ¡Vaya, hombre, el cubata se ha desparramado por la moqueta! ¡Joder! Y ahora, a limpiar antes de que llegue la parienta. Porque como se entere de que manché la moqueta me cuelga del palo mayor. Ja, ja, ja. ¿Otra copa? ¡Venga, hombre, no me digas que no! ¡Ánimate, al fin y al cabo sólo perdéis uno a cero. A lo mejor acabáis remontando. Ja, ja, ja. Mira, mira cómo llueve... ¡Joder, se me ha olvidado recoger la ropa! Salgo pitando.

Promoción Cultural, servicios culturales para entidades públicas y empresas

Promocioncultural.com es un servicio de Ediciones Irreverentes, editorial madrileña dirigida por el escritor y periodista Miguel Angel de Rus, con más de ciento treinta libros publicados de autores de primera línea como Fernando Savater, Francisco Umbral, Mario Benedetti, Francisco Nieva, Luis Alberto de Cuenca, Antonio Gómez Rufo, Eduardo Mendicutti, José Luis Alonso de Santos, Horacio Vázquez Rial, Luis Mateo Díez, Luis Antonio de Villena, Lourdes Ortiz, Juan Manuel González, Joaquín Leguina, Andrés Trapie-llo y Fernando Sánchez Dragó, entre otros.

En la actualidad coordinada cinco premios literarios, organiza mesas redondas sobre literatura, seminarios de creación literaria, ofrece servicios

de comunicación a importantes empresas y organizaciones profesionales y edita un periódico literario.

Ayuntamientos y empresas privadas han confiado en Ediciones Irreverentes para organizar sus actividades culturales y sus programas de patrocinio, con excelentes resultados tanto en los programas desarrollados como por el impacto en medios de comunicación.

Organización de Premios literarios

Promocioncultural.com organiza destacados premios literarios, desde la creación de las bases, la convocatoria de medios, la convocatoria personalizada a autores, la recepción y selección de las obras, la crea-

ción del jurado y el anuncio del ganador a medios de comunicación, hasta la edición de la obra ganadora.

Organizadores de tres ediciones del Premio Nacional de Novela Ciudad Ducal de Loeches

El I Premio Nacional de Novela Ciudad Ducal de Loeches fue ganado por el Académico de la Lengua Francisco Nieva. El premio se entregó en un acto celebrado ante más de 300 personas en el hotel Palace, de Madrid. El I Premio estaba dotado con 18.080 euros y la publicación de la novela.

El II Premio Nacional de Novela Ciudad Ducal de Loeches

fue ganado por el escritor Antonio Gómez Rufo. El premio se entregó en un acto celebrado ante más de 300 personas en el Casino de Madrid. El II Premio estaba dotado con 18.080 euros para el ganador y la publicación de la novela. Participaron 133 autores de 7 países.

Organizadores de dos ediciones del Premio Vivendia de relatos

El I Premio Internacional Vivendia de Relatos fue ganado por el catedrático de medicina y escritor Antonio López Alonso. El premio se entregó en un acto celebrado ante más de 200 personas en el Teatro Buero Vallejo

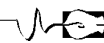
de Guadalajara. Participaron 110 autores de 17 países.

Organizadores de dos ediciones del Premio El Espectáculo Teatral

El I Premio El Espectáculo Teatral al mejor texto dramático fue ganado por la catedrático de la RESAD y escritora Lourdes Ortiz. El premio se entregó en un acto celebrado en el Pabellón del Espejo, en Madrid. Participaron más de 50 autores de 7 países.

El II Premio El Espectáculo Teatral al mejor texto dramático fue ganado por uno de los escritores más laureados del teatro contemporáneo, Raúl Hernández Garrido. El premio ►





se entregó en un acto celebrado en el Pabellón del Espejo, en Madrid. Participaron 79 autores de 7 países.

Publicación de la obra ganadora del Premio Provincia de Guadalajara

Ediciones Irreverentes ha llegado a un acuerdo de colaboración con la Diputación de Guadalajara por el que desde 2006 edita la obra ganadora del Premio de novela Diputación de Guadalajara. En la primera edición de este acuerdo el ganador fue Miguel Arnas.

Organizadores del Primer Premio de Novela Irreverentes

En diciembre de 2007 Ediciones Irreverentes convoca la primera edición del premio de Novela Irreverentes, para obras de más de 250 páginas.

Seminarios y conferencias

Promocioncultural.com cuenta con un nutrido grupo de autores de primera fila que colaboran desde 1999 con Ediciones Irreverentes. Organizan mesas redondas, conferencias, debates, seminarios de creación literaria. Desde una acto puntual a un ciclo, incluyendo la promoción en medios de comunicación de cada acto. Algunos trabajos:

I Seminario de Creación Literaria Ciudad Ducal, en Málaga

En colaboración del área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga, el "I Seminario de creación Literaria Ciudad Ducal", en el salón de actos del Instituto del Libro de Málaga. Fueron ponentes 5 destacados novelistas que viven en Andalucía: Andrés Sopena, Andrés Cárdenas, Alfredo Taján,

Francisco Núñez Roldán y José Manuel García Marín.

II Seminario de Creación Literaria Ciudad Ducal, en Madrid

En la sede de GESTESA, en Madrid, seminario de creación literaria espectacular por los nombres de los ponentes: Luis Landero, Luis Alberto de Cuenca, el Académico de la Lengua Luis Mateo Díez, José Luis Alonso de Santos y el crítico Juan Angel Juristo.

Organización de Talleres literarios

Con la dirección del escritor y periodista de TVE, Antonio López del Moral, y de Miguel Angel de Rus, Promocioncultural.com cuenta con un equipo de escritores de primera línea que con sus conferencias pueden ayudar a los aprendices de escritores a perfeccionarse e incluso publicar sus obras.

Los conferenciantes son todos autores de primera línea. Y al final del taller, los nuevos escritores podrán tener la oportunidad de publicar en una editorial comercial.

Organización de Cursos de animación a la lectura

Estos mismos talleres se enfocan a la animación a la lectura, con experiencia de trabajo en Bibliotecas públicas. Se organizan presentaciones de libros, encuentros y debates con los autores, lecturas y puesta en común de conclusiones de los participantes.

Diseño y edición de libros por encargo

Promocioncultural.com realiza ediciones por encargo, incluyendo la maquetación del libro, el diseño de la portada, la impresión, el registro del ISBN, el depósito legal, el código



de barras, la negociación con distribuidores y minoristas, la promoción y la difusión de la obra, la aparición en un sitio web y la recepción y envío de pedidos. Desde 80 ejemplares en adelante. Impresión en España, México, Argentina y Estados Unidos, con una completa red de distribución nacional e internacional y organización de actos puntuales de venta con los autores.

Comunicación para empresas

Desde 1992 Ediciones Irreverentes ofrece servicios cultu-

rales y de comunicación para empresas y entidades diversas. Entre los clientes de Ediciones Irreverentes están la Asociación de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos; el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos; el Colegio de Ingenieros Aeronáuticos; El Instituto de la Ingeniería de España; el Consejo General del Notariado; diversas empresas dedicadas a la venta de música en Internet, editoriales y empresas de comunicación.

Promocioncultural.com cuenta con equipo E.N.G. de televisión propio para cubrir actividades; con edición de vídeo profesional, realización

de programas por encargo y publicación del periódico literario Irreverentes, con capacidad de hacer para cualquier cliente su propio periódico, desde 16 páginas en adelante.

Ciclos de Lecturas dramatizadas, cuentacuentos y monologuistas

Fieles al hábito de Ediciones Irreverentes de dar a conocer el mejor teatro creado, Promocioncultural.com dispone de un catálogo de obras para representar que abarcan desde textos de Francisco Nieva, José Luis Alonso de Santos, Fernando Savater, Miguel Mihura, Lourdes Ortiz, Juan Patricio Lomberra o Raúl Hernández Garrido, hasta obras de jóvenes autores y actores conocidos y con actores noveles en periodo de formación en las más prestigiosas escuelas teatrales españolas, dirigidos por profesionales expertos. La lectura dramatizada se ha convertido en una actividad muy solicitada; para grupos pequeños de espectadores, ofrece las obras teatrales, sin el elevado coste del montaje tradicional.

Asimismo, Promocioncultural.com dispone de los mejores cuentacuentos, monologuistas (y bi-ologuistas), un género dentro del humor que está de moda y que atrae cada vez más a los espectadores.

Exposiciones de pintura y fotografía

Promocioncultural.com puede organizar exposiciones de pintores de fama internacional, como el argentino Miguel Angel Guerreiro, la alemana Marcela Böhm, y de destacados pintores españoles, como José Villanueva y Maite Benet, entre otros muchos jóvenes valores. Asimismo se organizan exposiciones de fotografía. El autor más demandado es Paco Manzano, más de tres décadas de exposiciones por toda España y los más completos libros fotográficos sobre el flamenco le avalan.

CONTACTO

Promocioncultural.com puede dotar de contenidos culturales su ayuntamiento, su diputación, su fundación, su empresa, y hacer la comunicación de los mismos. Si quiere ponerse en contacto con Promocioncultural.com para obtener más información de sus servicios, o encargarnos, puede hacerlo en la web:

www.promocioncultural.com



Promoción Cultural



El crimen de los González

—No echas cuenta de casarte con mi hija. Déjala, o eres hombre muerto.

estibaba el muchacho en ese momento su carro. Le gustaba dejarlo muy apuntado y alistado, para evitar que la carga acogotara a las mulas. Se estaba haciendo de noche. La tierra momia, recién regada, desalojaba un frescor que, después de aquellos abrasadores días de julio, envolvía el aire en perfumes extremadamente finos y primitivos. Los grillos habían tomado el relevo de las chicharras y el cielo empezaba a salpicarse de estrellas. Únicamente agonizaba en el horizonte un resplandor turbio, opalino e insuficiente. En cuanto vio los faros del coche, culebreando entre los huertos, supo que era el padre de su novia, que venía buscándole.

La gente no distinguía entre aquellos hombres de baja estatura, avinagrados, coléricos, codiciosos. No tenían nombre propio. No había un González mejor que otro. Incluso físicamente se parecían entre sí como las crías de una camada de víboras.

En aquellos ocho o nueve años se habían apoderado del pueblo, casas, fincas, cortijos. Nada como las guerras para enriquecerse. Lo tenían todo ganado, lo que no lo ganaban de una manera, lo ganaban de otra. Todo el pueblo les temía.

La luz de los faros deslumbró a Valentín, que se limitó a bajar. No apagó ni siquiera el motor del coche. González le habló con esa tranquilidad del que no sólo sabe dar órdenes, sino hacer que se obedezcan.

—No te lo repetiré dos veces.

Tenían aquel huerto, algunas fincas, el carro, buenas yuntas de mulas, higuerales y regalonas, pero no era hombre para casarse con una señorita.

esa misma noche, cuando dieron las doce, Valentín Salvador se acercó a la casa de González, esperó que se apagara en ella la última luz y al rato tiró una china a la ventana de su novia. A los pocos minutos la muchacha apareció tras una reja, como en las novelas de bandoleros. Le contó el encuentro con su padre. La chica, enfurecida, le juró amor eterno. Estaba loca por él y no quiso oír hablar de rupturas. El chico, encendido por la grandeza de aquella pasión que parecía única y legendaria, se envalentó y quiso estar a la altura de un sentimiento tan generoso. Llevarían aquel amor adelante con o sin consentimientos, así subieran del infierno cien González a impedirselo.

la chica, no obstante, la sacaron en secreto de Miajadas y se la llevaron a Almoharín, que dista de allí una legua, y la dejaron en casa de unos parientes. Pero el amor tiene alas y a los pocos días Valentín ya sabía el lugar de la prisión de su amada. Se concertaron para las fiestas de Nuestra Señora, en agosto.

La víspera, jueves, estuvo como cada semana en Trujillo. Ferió su carga de melones, sandías y hortaliza, pero antes de volverse a Miajadas, pasó por el barbero, el tío Galo.

—Aféitame para ir a ver a mi novia.

No se jactaba, pero tampoco lo ocultaba a nadie. Era un buen muchacho. Como andaba por todos estos pueblos, lo conocía todo el mundo, y le querían. A continuación subió al carro. Llegó a Miajadas con el tiempo justo de lavarse, ponerse ropa limpia, montar una bicicleta y salir para Almoharín. Había empezado el baile, apenas iluminado por media docena de bombillas colgadas de una cuerda. La anima-



Andrés Trapiello



No había un González mejor que otro. Incluso físicamente se parecían entre sí como las crías de una camada de víboras. En aquellos ocho o nueve años se habían apoderado del pueblo, casas, fincas, cortijos. Nada como las guerras para enriquecerse.

ción era grande. Los amantes se reencontraron y se orillaron de la gente, en las sombras del secreto. Alguien, no obstante, les sorprendió y corrió con el soplo a casa de González.

Este despertó a un criado, ordenó que buscara a los otros dos González y salieron los cuatro hacia Almoharín con una determinación clara. Al llegar al pueblo buscaron al enterrador y lo retuvieron con amenazas. Sólo era ya cuestión de tiempo. Se apostaron en la carretera, detrás de unas tapias, y esperaron.

Con las claras del día Valentín montó en su bicicleta, de vuelta a casa. Era un hombre feliz. Nada tan hermoso, dice Leopardi, como la víspera del día de fiesta. El amanecer es especialmente grandioso en esa tierra de la que el rocío de la noche arranca arpegios de suaves perfumes inauditos y el canto de los pájaros la humaniza hasta extremos conmovedores. Agazapados junto al cementerio le esperaban los González, el criado y el enterrador. No mediaron palabras, cayeron sobre el muchacho y allí mismo lo cosieron a puñaladas. A continuación lo metieron en el cementerio, y lo enterraron.

Cuando apareció al día siguiente la bicicleta de Valentín, pero no Valentín, todo fueron suposiciones. La opinión de la gente se dividió: según unos, Valentín, asustado o sobornado por los González, había huido. Según otros, que conocían bien al chico y el amor que sentía por Maruja, eso no podía ser, sin que tampoco se atreviesen a las conjeturas, por temor a tropezarse con la verdad.

Con lo que no contaron los González fue con que junto al escenario del crimen se encontrara otro muchacho, desflechado igualmente del baile. Se subió asustado a una higuera y fue testigo de todo, pero al reconocer a los Gon-

zález intuyó oscuramente las consecuencias de una delación, y prefirió guardar un secreto que empezó a roerle por dentro como un mal. Pasaban los días y una tarde, enfermo y al límite de sus fuerzas, le confesó a su padre:

—Valentín no va a volver, está enterrado en el cementerio.

Fue el principio del fin. A los pocos meses empezó a venderse en los mercados y plazas de la región, los mismos donde tantos le trataron y quisieron, una hoja en la que venía relatado la lastimosa historia, en la que, de todos modos, no se le hace justicia a la muchacha. Acaso la culpa de lo único de lo que nadie es responsable: de su padre. El romance, que se hizo célebre, porque el pueblo es siempre sensible a las tragedias de amor, principia como sigue:

*Marujilla, Marujilla,
deja ya de presumir,
y métete en un convento
a rezar por Valentín.*

Sucedió todo esto hacia 1948. Condenaron a los González, penó el criado y encarcelaron al enterrador. Alguno de los González, rabioso por su suerte, murió en la cárcel de su propio veneno. De vivir, Maruja tendría ahora unos 70 años, y resulta tan evidente que éste del año 2000 es uno de los peores veranos de nuestra vida, que ni siquiera ha podido uno escoger otra historia para estos relatos de verano. Por un lado tiene demasiadas similitudes con la de los González vascos que han llenado el país de muertos, y por otra nos fue relatada, por Juan Manuel Bonilla, vecino y amigo de El Pago, el mismo día en que este periódico me invitaba a escribir un relato sobre el peor verano de tu vida.



Extraído del libro *Antología del relato español*, Ediciones Irreverentes



Crear el universo ¿Para qué?

enlazando con la teoría de que todo el universo fue creado, y se fue modificando lentamente durante miles de millones de años, buscando la racionalidad, con el objetivo de que se dieran las circunstancias para que el hombre pudiera aparecer, teoría que no me parece nada verosímil por el tufo excesivamente antropocéntrico que tiene, me pierdo intentando razonar, cuando me pregunto con el mismo planteamiento, qué es lo que yo pinto aquí. Quizás toda mi vida, la de mis padres y hermanos, la vida de mis abuelos y hasta el accidente que tuve al caerme por las escaleras de mi casa montado en un triciclo cuando tenía 3 años, han ocurrido para que termine escribiendo estas líneas, que lo mismo son las líneas fundamentales de toda mi vida. Y a lo mejor, saltándome millones de años, realmente estas líneas han venido a mi imaginación y a mi memoria, con el objetivo de ser escritas con este rotulador, en este papel de este cuaderno negro, para terminar poniendo cuando termine el punto y final. ¿Quién sabe si todo el universo existe, para que mi rotulador se pose sobre el papel, y dibuje ese punto negro, después de la última palabra. Y como últimamente había adelgazando mucho y me sentía bastante solo, decidí comprarme una mascota. Entre los candidatos: perros, gatos, salamandras o periquitos, al final opté por un cerdo vietnamita. Son animales cariñosos y limpios, que no dan mucho trabajo. Y mientras el empleado de la tienda de mascotas pasaba la tarjeta de mi banco por el aparato correspondiente, también me planteaba si todo el universo fue creado para que aquel cerdo fuera a parar a mi casa.

todo son conjeturas y preguntas. La mayoría no tienen respuesta, y parece que intentar encontrarla, puede ser un síntoma de un cierto trastorno mental, e incluso la búsqueda ansiosa de respuestas, puede conducir directamente a la enfermedad. Menos mal que, como dice una maravillosa frase que leí en una novela: “tarde o temprano se deja de hablar del asunto”, y así la cabeza puede descansar de estas dudas y plantearse otras nuevas no mejores sino distintas. Dudas como la que se le planteó a una tal Palmira cuando decidió romper la relación que mantenía por correspondencia con un tal Julio José. Le envió una carta llena de cariño, en la que le explicaba que no podía seguir con aquella relación, que ya duraba nueve años, ya que al no materializarse nunca debido a la distancia, a ella le parecía que era una relación sin sentido y vacía, teniendo en cuenta la necesidad que tenemos los humanos de, al menos, mantener con nuestros congéneres un contacto mínimo visual. De acuerdo que las cartas de Julio José estaban cargadas de frases que incendiaban el corazón de Palmira, pero cuando el número de cartas se aproximaba a trescientas, a Palmira le empezó a parecer que aquello era ya un poco absurdo. Julio José, como siempre hacía, contestó a vuelta de correo. Ella cogió el sobre, lo abrió y se encontró con sesenta y tres fotos de mujeres diversas. Los primeros minutos de contemplación de todas aquellas caras, fueron para Palmira minutos de pura perple-



Francisco Legaz



Últimos libros del autor:

- El horizonte está en la escalera
- Un viaje hacia el abismo

jididad, pero enseguida empezó a comprender que Julio José, esta vez, no había pecado de falta de sinceridad. El texto era breve: “Querida Palmira, te ruego que escojas tu fotografía y me devuelvas el resto, ya que de momento quiero conservarlas”. Ella tiró a la basura el sobre entero con todas las fotografías, y se preguntó si en los últimos veinte años había hecho algo que hubiese salido realmente bien. Pero el universo fue creado para que yo, persona aficionada a veces, cuando me acuerdo o me viene bien, a revolver en las basuras ajenas, me encontrase aquella tarde de hace diez años, un sobre con sesenta y tres fotos de mujeres, con el nombre, los apellidos y la dirección escritos en el reverso de cada una de ellas cuidadosamente. Tardé varias semanas en estudiar de forma minuciosa cada una de las caras de todas aquellas chicas. Algunas eran guapas, y a estas las aparté del resto. Al final, después de muchas dudas, seleccioné a tres de todas aquellas mujeres y mandé, a cada una de ellas, una carta invitándolas a entablar una nueva relación epistolar conmigo. Mientras tanto mi cerdo y yo, atravesábamos con mucha dificultad los caminos que conducen a los seres vivos a la felicidad. Él

Opté por un cerdo vietnamita.

Son animales cariñosos y limpios

tenía costumbres relativas a la higiene, que no eran del todo compatibles con las mías, y esto provocaba la aparición entre nosotros de serios enfrentamientos, e intentos por mi parte de la ruptura de la relación establecida, pero todo lo íbamos superando con paciencia y cariño. Al cabo de dos meses, como no había recibido respuesta de ninguna de las mujeres, me di cuenta de que la única que podría estar a mi alcance, debido a que éramos vecinos, era la propia Palmira. Así es que una tarde lluviosa, con el sobre lleno de fotografías debajo del brazo, llamé a su puerta y

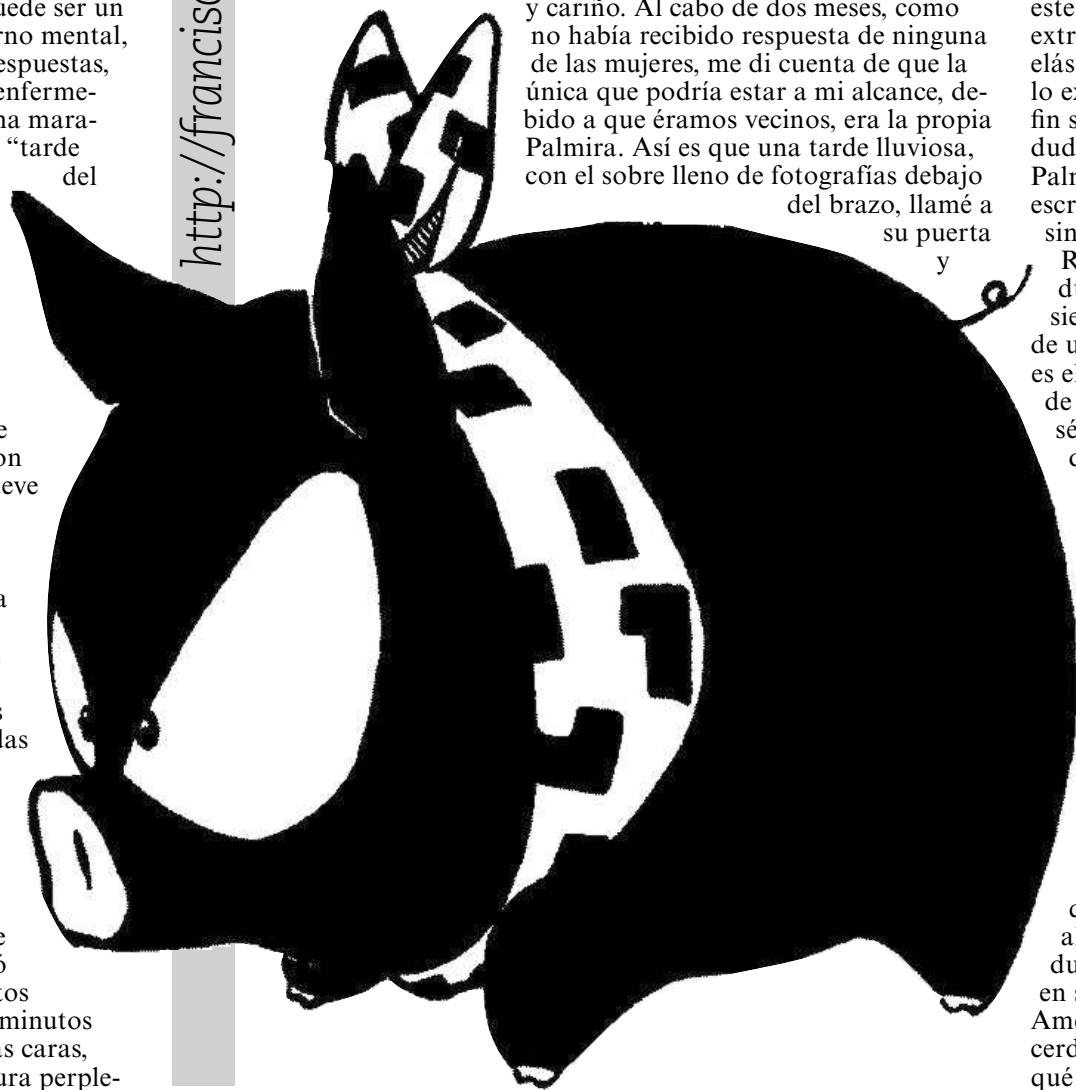
me presenté, intentándole explicar todo lo ocurrido. Ni que decir tiene, que le pido a usted, como lector, que suspenda su sentido de la incredulidad por unos instantes, a pesar de que sé que a estas alturas habrá puesto ya en marcha los mecanismos que conducen a tirar este relato a la papelera y no seguir leyendo.

palmira a fecha de hoy es mi esposa. Es lo bueno que tiene el ser humano. Es capaz de inventarse algo increíble, y encima es capaz de creérselo y obrar en consecuencia, y de esto se podrían poner cientos de ejemplos. Palmira y yo nos inventamos la idea de que era maravilloso el que yo hubiese encontrado aquellas fotos en la basura, y de esta forma nos hubiéramos conocido. Nos lo inventamos, nos los creímos los dos, y obramos en consecuencia. Newton decía que lo que sabemos es sólo una gota de agua y lo que ignoramos es el océano entero. Nosotros con nuestra gota de agua, nos fuimos apañando unos años, nadando en ella por turnos como podíamos. Pero hoy es el día en el que le voy a devolver a Palmira las sesenta y tres fotos, de forma que podrá contar que a ella esto le ha ocurrido dos veces en su vida, lo que no deja de tener un cierto mérito. Voy a dejar a Palmira, porque no la soporto más.

así es que mi cerdo vietnamita, por el que parece que no pasan los años, y yo, volvemos a estar solos, el uno con el otro. Pero mis esperanzas o mis ilusiones ahora están puestas en una de las tres mujeres que seleccioné hace nueve años de aquellas fotos. Se llama Amelia. Después de nueve años y medio, recibí una carta de ella, interesándose por mí. Me contaba que había tardado todo este tiempo en pensárselo, cosa que no me extrañó en absoluto, teniendo en cuenta lo elástica que es la dimensión del tiempo, y lo extraña que es la memoria, pero que por fin se había decidido, venciendo a todas sus dudas. Durante los últimos meses, sin que Palmira se diera cuenta, nos hemos estado escribiendo y casi sin quererlo, me he ido sintiendo cada vez más atraído por Amelia. Reconozco que yo también tengo muchas dudas, ya que, por experiencia sé, que no siempre las cosas salen bien, cuando te fías de una simple foto. Además lo de que la cara es el espejo del alma, no especifica del alma de quien, por lo que escribiendo a Amelia, sé que me aventuro por terrenos que sin duda, si no lo son, se convertirán pronto en resbaladizos, casi con toda seguridad. Como me ha pasado en otras ocasiones, me he inventado a Amelia. Me la he inventado y me la he creído y ahora quiero obrar en consecuencia.

aAmelia, en una de las cartas, le conté lo de mi cerdo vietnamita. De momento no ha dicho nada al respecto, seguramente porque es como yo, que me conformo con no saber nada o con saber sólo cosas falsas. Aunque ella si que me hace preguntas que, a veces, son algo inquietantes, como por ejemplo su duda de por qué Alberto Durero se pintó en su autorretrato con guantes. Yo creo que Amelia y yo vamos por el buen camino, y mi cerdo JJ nos acompañará. El sí que sabe para qué se creo el universo.

http://franciscolegaz.blogspot.com



SPAM

al margen del libro en su formato estándar y de los mecanismos habituales para su difusión, en cada época de la historia siempre hubo otros métodos para transmitir literatura, artimañas que no precisaran del papel o de sus equivalentes, papiro, mármol, tablas de arcilla..., y que convivían con los volúmenes impresos y competían con ellos en la tarea de narrar historias, bien ficticias, bien reales, bien entreveradas de ambas alternativas. Dejando al margen a las artes escénicas, piénsese, por ejemplo, en los contadores de cuentos, que solo disponían de la palabra y la gesticulación, en los juglares o trovadores, ya ayudados de instrumentos musicales, o en los cantares de ciego en los que comienzan a introducirse innovaciones tecnológicas como son las viñetas gráficas. La edad contemporánea, cómo no, también ha proporcionado nuevas vías de comunicación literaria ajenas a las librerías. No quiero meter en este saco a la prensa, aunque sí al panfleto, a la pintada, a las páginas web dedicadas a la poesía o la narrativa, o al *blog*.

Pretendo hablar aquí de mi experiencia personal en este campo. Y es que hace años, con el fin de llegar a nuestro público potencial, un grupo de jóvenes que aspirábamos a convertirnos en escritores urdimos diferentes tretas con que burlar la implacable aduana de las editoriales, por entonces bastante remisas a aceptar nuestros queridos manuscritos. Pasado el tiempo, algunos de nosotros hemos conseguido publicar muchas de nuestras obras a la manera tradicional, o sea, mediando la imprenta, el contrato, los derechos de autor, la presentación en acto oficial, las firmas de ejemplares, etcétera. (He de citar aquí a dos de aquellos amigos, Miguel Gómez Yebra y Pepe Melero Martín, con quienes acabé coincidiendo en Ediciones Irreverentes. Avatares de la vida.) Una de las técnicas que practicábamos consistía en escribir obras de teatro para ser representadas en la calle por uno mismo. El telón se levantaba, por citar una muestra, al ponerse en verde para los peatones el semáforo de la arteria principal de nuestra ciudad. Después, de acuerdo al guión, se caminaba resuelto hacia la cafetería de la plaza, en cuya puerta el protagonista debía detenerse de un zapatazo, irrumpir en el local, acercarse a la barra, preguntar si hay cucuruchos de chocolate y comprar uno. Consúmase el helado en la calle, sentado en un banco de la acera de los impares mientras se silba el *Dios salve a la Reina*. Terminado el último resto de barquillo, el libreto exige subir a la Biblioteca Municipal. Pídase al funcionario la edición de 1789 del *Viaje al país de las monas*. Cuando le comuniquen que no lo poseen, intérese por si está previsto adquirirlo. Y así sucesivamente, se convertían en actores, sin saberlo, el resto de individuos que intervienen en la función.

Sin embargo, a pesar de que no nos importaba que estos extras ignorasen que participaban en una ficción literaria, nos resultaba muy escaso el número de personas a las que llevábamos nuestras creaciones. En ese aspecto, más satisfacción obtuvimos de las cadenas de cartas. Aparte, claro está, de sacarnos un dinerillo para nuestros gastos. ¿Se acuerdan de aquellas misivas sin remite que uno recogía extrañado del buzón, aquellos sobres inofensivos que contenían una cuartilla mal mecanografiada a la que se adhería una moneda de 10 céntimos en una esquina? Pues en mi pandilla nos encargamos de mandar cientos de ellas. El truco no era muy original: *fulanita no rompió la cadena, remitió 10 copias a sendas amistades y le tocó la lotería, o le salió un novio rico, o mengano no hizo caso del mensaje, lo tiró a la basura y lo atropelló un coche a la mañana siguiente, o se le murió la madre tras una terrible agonía de 2 meses*. Considerábamos esas fabulaciones como pequeñas piezas literarias, y así las redactába-



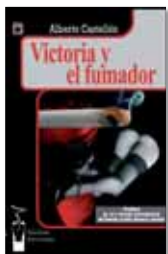
Alberto Castellón



Ni Ken Follet, ni Blasco Ibáñez, ni Stephen King, ni José Mallorquí, ni Agatha Christie. Nosotros sí que sumábamos seguidores de nuestra inventiva

mos. Siempre invertíamos más imaginación en diseñar las desgracias que los golpes de fortuna. Y aunque el corsé de este género expresivo no permitía mucho juego, nos entusiasmaba alcanzar unas cifras de lectores comparables a las de los *best-sellers*. En ocasiones, aun meses después de iniciada la pirámide epistolar, recibíamos entusiasmados al cartero trayéndonos correspondencia en la que, pese a la lógica transformación de un texto mil veces reproducido, todavía se lograba reconocer a la fuente original. Qué bárbaro. Ni Ken Follet, ni Blasco Ibáñez, ni Stephen King, ni José Mallorquí, ni Agatha Christie. Nosotros sí que sumábamos seguidores de nuestra inventiva por centenares de miles. Eso sí, sin fama ni reconocimiento ni importante contraprestación monetaria.

para festejar el inicio del milenio, volví a reunirme en una cena navideña con casi todos mis antiguos compañeros. Entre las carcajadas que suscitó el recuerdo de la propalación de aquellas mentiras (el novelista, según Juan Carlos Onetti, es, al fin y al cabo, un mentiroso que ha hecho profesión de la mentira), propuse repetir la campaña, pero adaptándola a los avances en comunicaciones. No sé si el nombre de *spam* de adecua del todo a las acciones que perpetramos desde entonces. Sí, es correo basura, de acuerdo, aunque de eso solo somos conscientes quienes prendemos la mecha del primer e-mail. Por otro lado, nuestro objetivo dista mucho de lo comercial, amén de no infringir la Ley de Protección de Datos Personales pues la patraña se propaga a través de las carpetas de direcciones de los involucrados. No se trata, por tanto, propiamente de *spam*, aunque lo llamaré así a falta de un sustantivo apropiado. Los destinatarios de nuestros mensajes, y este es el postulado principal de la flamante disciplina literaria, han de creer por completo en lo que leen, asimilarlo como verdades infalibles. Y si no se lo toman del todo en serio, al menos que les surja la sospecha o admitan un atisbo de duda. Como toda ficción que se precie, nuestros *spam* deben cargarse de verosimilitud. Una técnica interesante, ya ejercida con éxito en las cadenas de cartas mencionadas arriba,



Últimos libros del autor:

- Victoria y el fumador
- Tarta noruega

<http://albertocastellon.blogspot.com>

se basa en despertar los miedos de nuestros lectores, en avivar, al estilo del 1984 de Orwell, los temores inherentes a los seres humanos.

por ejemplo, hoy en día, la dependencia de los ordenadores ha llegado a tal punto que una de las mayores desgracias que le puede acontecer a uno es la pérdida de la información almacenada en aquellos. Encabécese en tal caso el e-mail con un reclamo llamativo, un *subject* cuyo impacto impida el borrado directo, por ejemplo, MUY IMPORTANTE!!! o ALERTA EN LA RED!!! Imprescindibles, aunque no muy ortodoxos, se muestran los triples cierres de exclamación. No conviene emparejarlos con las respectivas aperturas pues la corrección ortográfica en Internet disminuye la sensación de veracidad. Aparte, claro está, de que los caracteres castellanos no se llevan bien con algunos sistemas informáticos. Y luego, en el cuerpo del correo, salpicado con aliteraciones, erratas, redundancias y solecismos, júéguese con la amenaza del terrible peligro que acecha en cada router del planeta: *Muimportante. Remite esto a todos tus amigos. Si recibes un e-mail q diga NOS VEMOS EL SÁBADO enel asunto, NO LO ABRAS!!! No se te ocurra avrirlo, ni unque conosci al remitente. Se trata del virus ZAPATERAJEY. Es muy dañino. Se replica tomando de tu computdora los e-mail d tu agenda. Por eso debes desconfiar. El virus ataka a tu disco duro comenzando por los progs menos usados hasta llegar a la destrusión total. MANDA ESTE MESSAGE A TODOS TUS AMIGOS!!!! Ay que parar al virus ZAPATERAJEY!!!* Luego, se arroja el *spam* a Internet, que se encargará ella sola de expandirla en proporción exponencial por un grafo de conexiones a través del boca a boca moderno: las listas de direcciones de correo electrónico. La pequeña pieza literaria, si está construida con acierto, viajará por conexiones *ethernet* y WIFI y satélites geostacionarios y redes corporativas con mayor eficiencia que el mejor de los distribuidores de librerías. Lo que llamamos en mi círculo de difusores de bulos el *efecto boomerang*, es decir, que regrese el e-mail a su fuente original, acaba por confirmar el éxito de la operación.

Otro de estos opúsculos que alcanzó una enorme expansión (recibí correos del Uruguay, México y Filipinas), fue el que concibió Marian, una de las 3 mujeres de nuestro grupo. **CUIDADO CON LOS RESGUARDOS DE CAJEROS!!!** rezaba el asunto. Y después: *Cuando sakes dinero de un cajero no deges el resguardo al lado. Una vanda de hackers rebusca en la papeleria de al lado y reconstrlle los datos de tu cuenta con el rsguard. ESTE ROBO YEVA YA ESTAFADOS A 15.000 USURIOS!!!! sino quieres conserbar el resguardo, rompélo en muchos trozos y ve tirandololos en varias papeleras. AVISA A TODOS LOS QUE SEPAS DE ESTE TIMO!!!*

pero sin duda, el que alcanzó la mayor popularidad, y que aún circula por el ciberespacio, es el de la leptospirosis. Nada habría de raro en que usted lo haya recibido. Qué obra maestra la del *spam* que concibió Fernando, el médico de nuestro círculo. Y es que el detalle de incluir una circunstancia tan frecuente como la de beber de una lata de cerveza, todos lo hemos hecho alguna vez, asociado a la infección de una rara enfermedad transmitida por los orines de las ratas, proporciona un factor de credibilidad elevadísimo. Además, nada más lógico imaginarse a los roedores pulular por los almacenes de alimentación o las trastiendas de los supermercados. Un acierto indiscutible, desde luego. Para acabar, confesaré aquí que en nuestras últimas creaciones nos valemos también de la subliminalidad. Pero no daré más detalles, pues le quita gracia al asunto. ¿Verdad? Usted puede ser uno de nuestros futuros lectores.



Novela histórica

¿Moda, negocio, cultura?

mozart y Osiris; Suetonio y María Magdalena, Francisco de Goya y Fernando VII; el rey Luis IX y los Templarios. Todos los personajes históricos y todas las tramas están en la novela histórica, el gran negocio editorial de los últimos años. Desde los relatos más fieles a la realidad a los más desquiciados, todo tiene cabida en un género que supera en ventas a todos los demás.

La novela histórica siempre ha estado presente en las librerías, pero actualmente más que nunca. En la lista de los libros más vendidos en los últimos años destacan *Corsarios de Levante*, de Pérez Reverte; *El Código Da Vinci*, de Dan Brown; *La catedral del mar*, de Ildefonso Falcones; *La Hermandad de la Sábana Santa*, de Julia Navarro, o *El nombre de la Rosa*, de Umberto Eco, que fue la novela histórica-policíaca que puso de moda el género.

El sector editorial español vendió en 2006 228 millones de libros; la mayoría narrativa, y el especialmente novela histórica. No es de extrañar que las recientes novedades de autores como Christian Jacq, Matilde Asensi, Patrick Besson, Vázquez Figueroa o Pérez Reverte se centren en temas históricos llamativos.

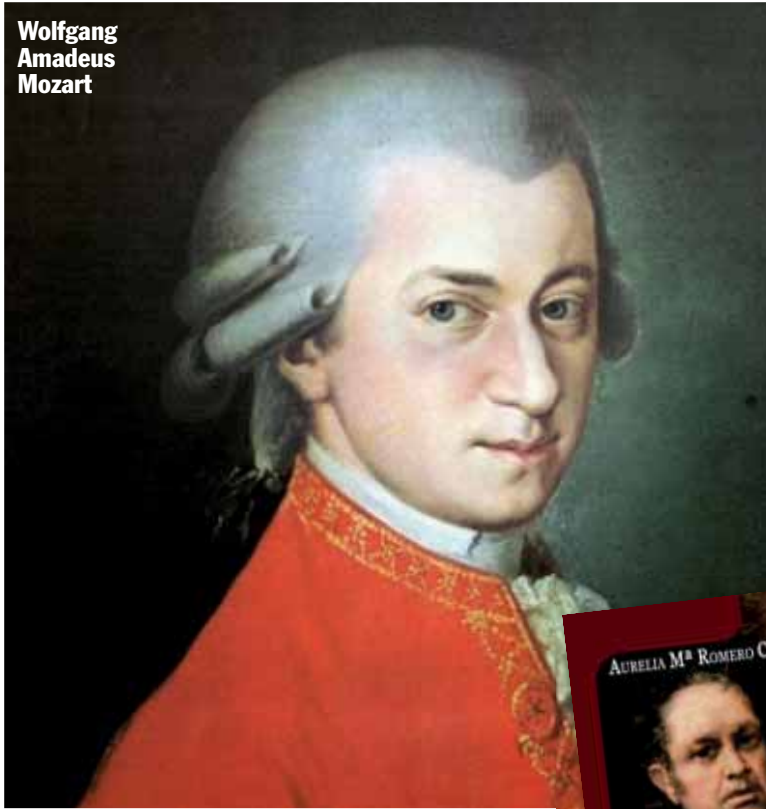
Junto a obras fieles a la realidad, pueden encontrarse novelas que poco tienen de históricas y son, sobre todo, delirios febriles de sus autores; como la serie que sobre Mozart está perpetrando Cristian Jacq, quien mantiene que el músico pretendía transmitir la sabiduría de los misterios de Isis y Osiris y abrir así una nueva vía a la iniciación egipcia en Occidente. Pero funciona en ventas.

¿Qué tiene la novela histórica para enganchar al lector? Trata asuntos de interés, hay tramas de intriga, hay subtramas amorosas, aventura y personajes previamente conocidos por el lector.

Intrigas no siempre verídicas

Matilde Asensi narra en *Iacobus* la historia de Galcerán de Born, un monje de una orden militar enviado por el papa

Wolfgang Amadeus Mozart



Juan XXII a investigar las misteriosas muertes de Clemente V, su antecesor, y Felipe IV de Francia. Acompañado por su escudero y con la ayuda de una hechicera, Galcerán irá desenmarañando una enigmática trama que le conducirá a la orden del Temple.

Una propuesta más folletinesca es la de *El quinto evangelio*, de Yves Jégo y Denis Lépée, novela en la que una secta custodia un evangelio secreto. Intrigas palaciegas y amores prohibidos confluyen en un fresco de la corte de Versalles de Luis XIV. Un joven encuentra unos míticos textos del primer cristianismo que amenazarían la supervivencia de la monarquía francesa.

Sobre las cruzadas trata *Santo Sepulcro*, de Patrick Besson,

que describe cómo en el París del siglo XIII, el rey Luis IX —el futuro San Luis— organiza la tercera cruzada. El juglar Bénodet escribe una composición del mismo título que la novela que nos sumerge en la primera cruzada y en la que se entremezclan las diversas tribulaciones de los templarios.

El Retrato, de Pedro Miguel Lamet toma como excusa a un personaje histórico, Suetonio, y sus amores con Raquel, su esclava judía, que le llevan a interesarse por el profeta Jesús de Nazaret, crucificado meses atrás en Jerusalén, y por las claves de su influjo religioso y político en

la sociedad judía. Los discípulos, seguidores y amigos de éste, desde Zaqueo a Pedro, pasando por María Magdalena, Leví Alfeo, Nicodemo y la propia madre de Jesús, son investigados y descritos por este tribuno. De actualidad está *Centauros*, de Alberto Vázquez Figueroa, en la que el pendenciero Alonso de Ojeda se embarca con Cristóbal Colón en su segundo viaje al Nuevo Mundo. Tendrá que vérselas con nativos hostiles, y serán justamente sus habilidades y su astucia las que logren derrotarlos. En su recorrido por las costas del norte de Suramérica, hará extraordinarios descubrimientos.

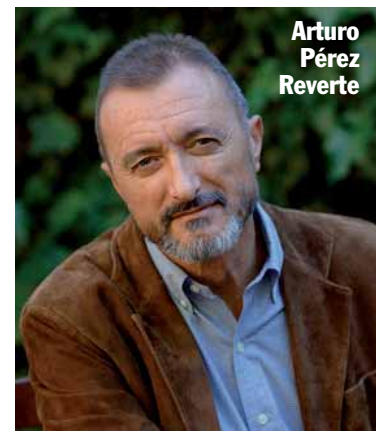
200 años de la invasión francesa

Se están cumpliendo los 200 años de la entrada de los ejércitos invasores de Napoleón en España. Coincidiendo con esta fecha, Aurelia M. Romero narra en *Goya, el ocaso de los sueños* la parte de la vida menos conocida de Francisco de Goya: procesado por afecto al invasor francés, perseguido por la Inquisición por ser

considerada su obra "La maja desnuda" obscena, enfrentado con Carlos IV y Fernando VII. Sordo y con la salud quebrada, Francisco de Goya abandonará España para morir en Francia, dejando atrás una importante relación de amores y enfrentamientos con importantes pintores de la época. Romero cuenta con datos históricos cómo Francisco de Goya logra burlar al rey, pidiendo en 1824 licencia real para marchar a Francia, supuestamente a tomar las aguas en el balneario de Plombières, y no regresando jamás a España.

Pero el libro del que todos los medios de comunicación han hablado —para alabarlo o incluso para destrozarlo— es *Un día de cólera* de, cómo no, Arturo Pérez Reverte; la historia de los hombres y mujeres envueltos en los sucesos del 2 de mayo de 1808 en Madrid. Pérez-Reverte devuelve a la vida a los protagonistas más oscuros del heroico levantamiento contra el invasor

Napoleón. En *Un día de cólera*, Arturo Pérez-Reverte convierte en historia colectiva las pequeñas y oscuras historias particulares registradas en archivos y libros. Estas páginas pretenden devolver la vida a quienes durante doscientos años sólo han sido personajes anónimos en grabados y lienzos contemporáneos, o escueta relación de nombres en los documentos oficiales. A pocos meses del



Desde los relatos más fieles a la realidad a los más desquiciados, todo tiene cabida en este género

bicentenario del 2 de Mayo de 1808, el autor ha pretendido contar los hechos sin centrarse en los grandes nombres. Cuenta las veinte horas de insurrección de unos miles de hombres y mujeres sin apenas armas ni formación, que se enfrentaron al mejor ejército del mundo y sufrieron después una terrible represión. Veinte horas «más de cabreo que de defensa de la patria», como las define el propio Arturo Pérez-Reverte.

El rey de la novela Histórica

Uno de los amos de este género es Christian Jacq, un egiptólogo reconvertido en escritor de ficción, nacido en París en 1947. Doctorado en egiptología en la Universidad de La Sorbona, es un destacado experto en la época del faraón Ramsés II. Entre 2004 y 2005 publicó cuatro volúmenes bajo el título *Los misterios de Osiris: El árbol de vida, La conspiración del mal, "El camino de fuego y El gran secreto*. Jacq mezcla religión e historia, personajes verídicos y heroínas y héroes de folletín para conseguir novelas que llegan masivamente al gran público



- Servicios culturales y de comunicación para ayuntamientos y empresas
- Organización de premios literarios
- Edición por encargo
- Seminarios de creación literaria
- Ciclos de lecturas dramatizadas
- Exposiciones...

www.promocioncultural.com

Navidad en familia

No aguanto a mi cuñado, pero ahí está, tan pijo y re-lamido como siempre, con sus vaqueros de marca, su blasier azul de botones dorados, su camisa Ives rosa y el pelo engominado pegado al cráneo y rematado en el cogote con un remolino agitnado. Lo oigo hablar de la cuenta de resultados del banco en que trabaja apabullando al infeliz de Bienvenido, mi otro cuñado, profesor de filosofía de instituto, un verdadero petimetre con gafas de pasta y aspecto de sindicalista, que intenta aparentar estoicismo ante el despliegue de Jorge, que como todos los años lo tiene contra las cuerdas. Los tres tenemos en las manos sendas copas de un carísimo Rioja, cortesía de un cliente del banco, que paladeamos con desigual fortuna. Jorge, que se las da de experto somelier, lo removió en su copa, lo miró al trasluz, lo olfateó y, como si hubiese concluido algo especial con esta operación, lo paladeó extasiado. Según él había algo de sabor a guinda y a fruta negra en el caldo, a lo que Bienvenido asintió antes de sorberlo como el que bebe gaseosa. Yo no dije nada y Jorge respetó mi silencio por temor a mis ironías que solían desarmarlo.

Mientras, mis dos hermanas cuarentonas, discutían como niñas, en este caso por la disposición de los cubiertos alrededor de los platos. Mamá había sacado su vajilla francesa de borde dorado, que heredó de la abuela y sólo se utilizaba en las grandes ocasiones, y la cubertería de plata que era el motivo de la disputa. Siempre pensé que Flor envidiaba secretamente la boda que Trini había hecho con Jorge y que le permitía vivir holgadamente sin trabajar mientras ella ejercía de triste administrativa en el Ayuntamiento y cohabitaba con su Bienve, como ella lo llamaba, con el que nunca había conseguido tener hijos. Uno de mis sobrinos, el mayor, que ya debía tener al menos diez años, se me acercó con una bandeja de canapés que Trini había encargado a un catering de los caros. Estudié el surtido unos instantes, me decidí por uno que estaba cubierto por algo que debía ser sucedáneo de caviar y me lo metí en la boca entero. Estaba bueno. Jorge aprovechó para decir que los habían encargado en Lepanto -lo más de lo más-.

Mientras, mamá, ya arreglada, corría como era su costumbre, de un lado a otro terminando de dar los últimos toques a la mesa que se me figuraba, desplegada en mitad del salón, un lujoso Titanic a punto de naufragar, como todas las nochebuenas, en cuanto la familia lo abordase. Todas sus iras iban dirigidas contra mi padre que con aire ausente estaba sentado delante del televisor viendo el telediario. Detestaba las fiestas y que en la casa hubiese tanto bullicio y se encargaba con su actitud de dejarlo patente. Mis sobrinos, vestidos ambos de internos de colegio privado inglés, correteaban ahora alrededor del árbol artificial de navidad que se elevaba imponente cuajado de bolas policromadas y figuritas de renos y papanoeles entre brillos de serpentinas doradas y luces sincopadas y multicolores. Poco más allá mamá había montado el eterno Belén, que yo conocía desde que era un crío, con papel de embalar arrugado, serrín y musgo, casitas de corcho, río de papel de aluminio y un tropel de camellos y reyes, pastorcillos, ocas, ovejas, cerdos, asnos y demás bestias que confluían sobre el portal. A los niños les hace ilusión, decía todos los años mientras mi padre protestaba porque ocupara una de las mesas del salón.

Olía a marisco y viendo la hora dejé mi copa y me dirigí a la cocina para preparar la ternera a la mostaza que yo mismo había cocinado. La puse sobre la tabla y la fui cortando con el afilado cuchillo, loncha a loncha, con meticulosidad de cirujano, sabiendo que este año nadie podría



José Melero Martín

superarme a pesar de los canapés de Lepanto y el cóctel de langostinos, que Flor se esmeraba en preparar en una serie de copas, con lechuga y salsa rosa, al coñac, como ella decía. Oí en el salón a mis sobrinos peleando como solían y a mamá gritando a mi padre que los entretuviera mientras ella terminaba de preparar la cena. Mi padre por supuesto no se movió de su sillón y al momento tuve a mi madre a mi lado quejándose de él. Ni sus nietos le importan, imagínate yo que llevo una semana deslomada preparándolo todo sin que él mueva un dedo. Estoy cada vez más convencida de que está perdiendo la cabeza, concluyó, mientras yo, sin escuchar, me concentraba en las lonchas de carne que iba disponiendo apaisadas sobre una de las fuentes de borde de oro.

Trini, con un vestido ridículo de Ágata Ruiz de la Prada que la hacía el doble de gorda, estaba ahora concentrada en cortar turrón en daditos para después de la cena mientras Flor, de Zara, seguía con los langostinos pelados cuyos cuerpos cocidos y curvos rebasaban como garfios los bordes de las copas que poco a poco iban cobrando un aspecto inquietante. ¡Bienve!, gritó pidiendo ayuda al pisaverde de su marido que con esa excusa pudo escapar de Jorge que seguía con su charla interminable. Uno de los niños berreaba a lo lejos ante la indiferencia de su abuelo que como toda ayuda había optado por subir el volumen de la tele. Yo puse a calentar la salsa de la carne en el microondas y después la vertí en una salsera. Todo estaba a punto.

Diez minutos después estábamos sentados alrededor de la mesa ambientados con los villancicos clásicos de un CD que a mamá le habían regalado con el periódico. Jorge abrió una botella de blanco al son de "Hacia Belén va una burra, rin, rin" y tras el aperitivo todos nos concentramos en los cócteles de langostinos. Los niños se negaban a comer nada. ¡Pizza!, exigía el pequeño mientras su madre insistía en que probara el marisco. Mi padre tomó la palabra para declarar que la salsa rosa sabía rara. Será el coñac, dijo Trini dispuesta a incordiar a Flor. Mamá, no dejaba de ir y venir a la cocina a cambiar platos, a poner una pizza en el horno para sus nietos o a por el salero, mientras todos insistían en que se quedara sentada. Bienvenido ensayó un par de chistes malos de profesor ante la indiferencia general. Jorge, algo chispado, al saber que yo seguía sin novia ironizó sobre mi condición sexual. Yo sonreí, no estaba dispuesto a entrar al trapo a ninguna de las trampas habituales de aquella cena cuyas conversaciones funcionaban como un campo de minas, nunca podías estar seguro de cual iba a desencadenar la bronca de todos los años. Mi padre con cara de asco apartó ostensiblemente el cóctel y se contentó con picar algo de jamón de pata negra y queso manchego del catering de Trini. ¡Anda, ríe,

bebe, que hoy es nochebuena, y en estos momentos no hay que tener pena...!, animaba el CD. El rey salía por la tele y el árbol centelleaba. Ninguna conversación había conseguido cuajar hasta el momento, sólo comentarios sobre la comida, puyas y el runrún de los niños que acaparaba la atención de su madre disfrazada de payasa.

Los cócteles pasaron sin pena ni gloria y mamá y mis hermanas se aprestaron a retirar las copas y a traer la carne, el plato fuerte de la noche. Mi padre, lo conocía demasiado bien, estaba deseoso de hincarle el diente a algo contundente y no a las chorradas habituales. Por fin se acercaba mi momento. Mamá puso la fuente humeante en el centro de la mesa y Flor las dos salseras que perfumaron el ambiente. ¿Cuándo viene Papa Noel?, preguntó Javier, el pequeño. A las doce, contestó su padre

que solía lucirse con un disfraz y una barba postiza. Todavía falta un rato cariño, añadió Trini. La carne fue distribuida y Jorge abrió otra botella de tinto. Mi padre se sirvió un par de cucharadas de salsa con las que regó la carne y tras mastigarla con parsimonia dijo que a pesar de que estaba demasiado hecha se podía comer. Yo seguí impertérrito, sabía que aquello quería decir que le gustaba. Todos, hasta los niños, comieron emitiendo gruñidos de satisfacción. Un éxito. Mis sobrinos por fin callaron. Mi padre no volvió a decir nada tras servirse un par de veces. Mi madre fue a la cocina a por algo pero no volvió. Flor apenas tuvo tiempo de preguntar la receta antes de estrellar la cara en el plato que salpicó salsa sobre el inmáculo mantel bordado. Bienve, el lechuguino de Bienve, me miró con un destello de comprensión antes de poner los ojos en blanco, inclinarse de lado y derrumbarse sobre Trini, que a su

vez cayó de la silla al suelo quedando despatarrada dentro de su vestido de firma. Jorge, bastante chispado, miró todavía sonriente a su mujer antes de levantarse alarmado. Al segundo retrocedió un paso y abrazándose al árbol de navidad se desplomó enredado en bolas, luces y guirnaldas sobre la mesa del Belén que saltó por los aires. "...y vuelven a beber, los peces en el río por ver a Dios nacer...", cantó el compact.

Me levanto, lo apago y el silencio se hace por fin. El veneno ha hecho el efecto que yo esperaba, rápido e indoloro. Me siento ante el televisor y selecciono un canal en que actúa un dúo cómico que llega a arrancarme alguna sonrisa. La familia está por fin tranquila. Al poco me sobresalta un sonido en el exterior, como un campanilleo. Me levanto, me acerco a la puerta de la calle y oigo que hay alguien al otro lado. De pronto suena esa risa estúpida e impostada, jojojó, y sé que aún me queda algo por hacer; yo siempre he sido más de reyes magos. Corro a la cocina, vuelvo y abro el pestillo, me escondo tras la puerta, levanto el brazo y empuño con fuerza el cuchillo de carne.



Correteaban ahora alrededor del árbol artificial de navidad que se elevaba imponente cuajado de bolas policromadas y figuritas de renos y papanoeles



Últimos libros del autor:

- La soledad de húsar
- Los territorios del sueño
- Conflictividad y violencia en los centros escolares

<http://josemelero.blogspot.com>



Manolo entiende el origen de sus males

estaba mentalmente preparado para despedirme del consultorio, que no de la doctora, incluso llevaba toda la semana ejercitando un espíritu animoso, con Mary Luz de soporte -¡tan maja!-, pero un documental me dejó con los pies fijos en el suelo. Los chimpancés del programa en cuestión no sólo reconocían el orden correcto de los números uno al nueve -aparentemente, eso lo hace cualquiera-, también demostraban mayor rapidez que los estudiantes universitarios al ordenar las cifras cuando salían en la pantalla de un monitor -mientras los monos se tomaban un aperitivo-. Aún hay más; de las dos especies, sólo los chimpancés realizaban bien la tarea si la pantalla mostraba los números sólo una mínima fracción de segundo: el ojo humano carece de esa visión global e instantánea. Lo comprobé con mis propios ojos.

empecé entonces a preguntarme por el sentido de la evolución de las especies, pero el propio documental me tranquilizó, la visión humana será menos envidiable, pero los humanos poseemos otras ventajas, el habla por ejemplo. A fuerza de tanto mejorar un aspecto, se perjudica otro. Hombre, no se puede tener todo, dije para mis adentros, pero me quedé preocupado: quien carezca de amplitud de miras, mejor se queda calladito. En ese momento empecé a divagar, desarrollar una buena vista sólo aporta ventajas -como bien sabemos los miopes-, pero por qué será la capacidad de hablar una mejora evolutiva cuando mejor se está callado... Y, ¡zas!, el bajón de la presión, el sudor frío deslizándose frente abajo, el mareo, la palidez emergiendo de mis cavernas interiores... Lo segundo y lo tercero lo noté; lo primero y lo último lo deduje de las palabras de mi madre:

-Te has quedado más blanco que la cal, hijo, será otra vez el bajón de la presión. -y seguidamente diagnosticó:

-La culpa la tiene la suciedad de tu sangre, ¡ea! Eso te pasa porque el pasado sábado no quisiste limpiarla con ajo picado.

Con la cataplasma y la tisana, poco a poco me recuperé. No supe como me habría sentido en otra ocasión, era la primera semana desde que tenía uso de razón que me había negado a hacer sábado de mi sangre; esta vez me quedé dudando, será la visión de mi madre tan parcial como la mía o uno u otro tiene algo más de chimpancé. Ella me sacó de mi ensimismamiento con un par de cachetes:

-¿Estas bien, hijo? -la escuché preguntar. Y, de repente, lo comprendí todo.

pasé la tarde en la Estafeta, pero no me detuve a charlar de naderías; me limité a cruzar unas miradas significativas con Mary Luz que sabía que faltaban apenas unas horas para el desenlace. Además, tuve una tarde ajetreada, cuando a un cliente ya le funcionaba la conexión con internet, al otro se le cortaba. En resumidas cuentas, no tuve ocasión de anticipar cómo sería la sesión con mi psiquiatra cuando ya me encontraba en la sala de espera de la doctora Noriega. Justo me acababa de sentar cuando ella salió sonriente:

-Señor Martínez, adelante, por favor.

Se me aceleró un poquito el corazón, más aún cuando pude comprobar que, si el estu-



Carmen Matutes

dio que mencionaba el otro día no falla en el pronóstico, de IQs anda muy bien: calculé que el ratio entre la cintura y las caderas debía de rondar el sesenta y cinco por cien, o sea, cuando tenga hijos serán inteligentes o cuanto menos tendrán muchos IQs.

-Tome asiento, haga el favor -me invité a sentarme con su voz más dulce, lo cual es importante porque no sólo de IQs vive el hombre, que lo pregunten a los chimpancés.

apunto estuve de no obedecerla, pero una voz interior me aseguró que sería poco educado.

-Doctora, tengo noticias excelentes -anuncié mientras me sentaba.

Ella me dirigió una mirada interrogante y una sonrisa sin igual, que me proporcionaron más empuje aún para continuar:



-El pasado sábado me rebelé: me negué a ingerir el ajo crudo -y seguidamente puntualicé-. Al principio, rehusé el tratamiento con alguna vacilación; mi madre se daría cuenta porque persistió, pero estaría tan sorprendida de mi actitud adulta que su insistencia careció por completo de convencimiento. En algún sentido me dio alas para mantener mi negativa y, al final, fue ella quien cedió. Allá tú, hijo mío, el mes que viene cumplés treinta años y a partir de ahí las decisiones son asunto tuyo, se acabó la adolescencia. Me lo dijo un poco resignada, como si estuviera pensando, tantos años practicando el estribillo y en cuanto puede silba otro, qué le vamos a hacer. Sin embargo, no quedó apesadumbrada ni yo di mi brazo a torcer.

La doctora estaría de acuerdo en que se trataba de un gran paso adelante porque sacó su libreta de notas y subrayó cada una de las palabras de la línea que escribí. Y cuando yo anuncié en un tono de intriga:

-Hay todavía mucho más... -me miró conteniendo el aliento.

Decidí saborear el éxito, para qué precipitarme, a partir de ahora... Y me metí en un fabuloso mundo imaginario. Tanto debí de prorrogar el silencio con mis cavilaciones que la doctora intervino:

-Adelante, adelante.

-He llegado a una importante conclusión

-proseguí calmoso para aumentar la tensión aún un poco más-. Todas las preocupaciones que me han quitado el sueño, mi incapacidad de comprender qué comprenden los demás, cómo pueden estar tan convencidos de que tienen la razón, mi habilidad sobrehumana para dudar y para ver el lado certero, aunque a menudo tan pequeño, de las creencias casi religiosas de cualquier persona..., en fin, todos mis males, en realidad son un problema ajeno más que propio.

me quedé mudo para que la doctora asimilara poco a poco el calibre de la información. Ella revisó las paredes con una mirada zigzagueante y se reclinó para atrás en su asiento:

Los chimpancés demostraban mayor rapidez que los estudiantes universitarios al ordenar las cifras cuando salían en la pantalla de un monitor

-¡Ah! ¿No?

-No -lo manifesté de forma tan contundente, casi como si yo fuera una persona normal, que ella resolvió tomar nota. En lugar de concentrarme en cómo iba a comunicar mi gran descubrimiento, pensé que un día u otro me gustaría echar un vistazo a su libreta, pero intuía, a saber por qué, que el momento oportuno tardaría en llegar.

La doctora se mostró un poco impaciente con mi silencio:

-Y, ¿cómo así? Explíquese, explíquese.

-Mire, la inmensa mayoría del género humano ha evolucionado de forma que para poder desarrollar otras cualidades ha estrechado su visión hasta un límite muy superior al deseable, o sea, la inmensa mayoría de las personas tiene un problema serio. En cambio, yo he tenido la suerte de mantener la visión global que nuestros ancestros debieron de perder hace mucho tiempo y que los chimpancés han conservado.

La doctora me miró con ojos muy abiertos, y yo pensé, ésta es la mía:

-En consecuencia, no necesito los servicios de una psiquiatra, pero, como en el fondo soy humano, a usted la añoraría -ahí debí de sonrojarme, pero proseguí sin darle más importancia- Desearía charlar amistosamente con usted y sin su libreta, mientras nos tomamos una copa. ¿Qué le parece la idea?

<http://carmenmatutes.blogspot.com>



Últimos libros de la autora:

- De Cháchara
- Andrea(s)

Historia Sagrada: El Calvario de la Apostasía

nunca debe menospreciarse la sutileza de la Iglesia Romana, y, por eso, hay que estar atentos a la letra pequeña de los contratos. Por ejemplo en el asunto de la Apostasía: muchos cándidos aspirantes a laicos han creído y creen en los últimos tiempos que, para librarse de su involuntaria afiliación católica, basta con enviar un escrito al obispo de su diócesis, manifestando el deseo inequívoco de apostatar de la Fe, solicitando acuse de recibo en cumplimiento de la Ley de Protección de Datos.

Encima de laicos, ingenuos. No es de extrañar que terminen oficiando como comparsas que financian la Iglesia sin saberlo ni quererlo y, encima, sin que les valga para su eterna salvación. Es el colmo del perdedor.

Lamentamos tener que advertir de que el asunto no es tan sencillo. Si la excomunión se realiza mediante un simple escrito o anotación marginal en un registro, significa poco más que un apartamiento temporal del Cuerpo de Cristo. Una especie de castigo pasajero, un rato de cara a la pared.

Se siente, pero los que quieran apartarse en serio del Cuerpo Místico tendrán que currarse el Anatema. Y no hay otro camino para el Pueblo de Dios.

En 1º Corintios 16:22 se aplica el término anatema a los que no aman al Señor, haciéndose objeto del odio y repulsión de todos los Santos, así como acreedores a las más severas condenas por su crimen, incluso a la “destrucción definitiva del Señor”... Obsérvese que aquí ya estamos más centrados.

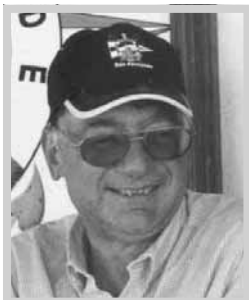
para que un anatema sea efectivo, la Iglesia Católica Romana tiene que llevar a efecto una ceremonia especial que requiere de un obispo revestido de púrpura, rodeado por doce sacerdotes que portan velones encendidos. Cuando el obispo, de modo solemne, pronuncia la sentencia “¡Sea anatema!” los sacerdotes voltean y apagan los doce velones, simbolizando que el inmundo sujeto ha sido expulsado de las doce tribus de Israel, que son, al fin y al cabo, los socios fundadores.

Así que esos miles de apostatas que, acogidos a la Ley de Protección de Datos, se creen alegremente fuera de la Santa Madre, están un poco desinformados. Estarán temporalmente apartados pero, si carecen del preceptivo anatema, en el fondo siguen siendo más católicos que Fray Escoba.

¿Cómo consigue uno hacerse acreedor a un anatema en buen uso? Primero –según San Pablo, que sabía de esto – no amando a Dios y, segundo, acreditándolo.

Lo de no amar a Dios puede resultar más complicado de lo que parece, especialmente para un ateo, porque ¿Cómo se siente desamor hacia algo que uno piensa que no existe? Paradójicamente es más fácil para un creyente que, por lo menos, al creer en esas cosas puede odiarlas, si procede.

Sin embargo, los Concilios de la Iglesia nos brindan una salida al problema. Por ejemplo, el Concilio de Letrán del 649, en su canon 18 especifica infaliblemente que “Si alguno... no rechaza y anatematiza de alma y de boca todos los nefandísimos herejes con todos sus impíos escritos... a los que anatematiza la Santa Iglesia de Dios... ese tal sea anatema.” Y abunda, en el canon 19: “Si alguno... por vacua protervia dice que estas son las doctrinas de la piedad...



Rafael Domínguez



¡Viva el obispo Timoteo el Gato!
¡Todos somos el hereje Coluto!
¡Que sepas, cura, que la
burra de Balaam nunca habló!
¡Todos con Elipando y los adopcionos!
¡Viva la Apocatástasis, según Orígenes!

para sustentación de su profana perfidia, ese tal sea anatema.”

Como solución práctica, aconsejamos recurrir a la vacua protervia: para ello, constituiremos un pequeño equipo integrado por el postulante, dos testigos, un psicólogo, un sacerdote y alguien que se encargue de hacer el reportaje audiovisual. Una vez acreditado por el psicólogo que el postulante está en pleno uso de sus facultades mentales, este, a la voz de ¡Tres!, formulará, en voz muy alta, graves afirmaciones heréticas, al tiempo que golpea o rompe símbolos religiosos y zahiere al sacerdote tomándole del alzacuello.

Esas afirmaciones deberán demostrar enervada adhesión a alguna de las herejías que garantiza el desamor a Dios y su Verdadera Doctrina, porque esto, según los Concilios nos permite ser bendecidos con el anatema, evitando el ninguneo eclesiástico de la apostasía simple. Recomendamos algunas afirmaciones heréticas infalibles:

¡Viva el obispo Timoteo el Gato!
¡Todos somos el hereje Coluto!
¡Que sepas, cura, que la burra de Balaam nunca habló!
¡Todos con Elipando y los adopcionos!
¡Viva la Apocatástasis, según Orígenes!

Una vez documentado por este procedimiento el no-amor a Dios, deberá cursarse el oportuno expediente al obispado, firmado por postulante y testigos, más o menos en los siguientes términos:

PRIMERO.- Que el canon 383.1 del Código de Derecho Canónico establece que “Al ejercer su función pastoral, el Obispo diocesano debe mostrarse solícito con todos los fieles que se le confían (...), así como con quienes se hayan apartado de la práctica de la religión”.

SEGUNDO.- Haber sido bautizada a la fe católica como una decisión tomada por la familia

o tutores, quizás bajo los efectos del alcohol o las drogas, presuponiendo cuales debían ser mis convicciones morales y religiosas, y negándome por tanto la plena libertad de cometer libremente mis propios y personales errores metafísicos.

A través de la presente declaración deseo expresar en absoluta libertad mi negativa a la pertenencia en una entidad caracterizada por un extraño sentido del humor con el que no me identifico.

Por lo expuesto me considero incurso en apostasía tal y como la define el canon 751 del Código de Derecho Canónico, por lo que

REQUIERO:

1.- Mi exclusión a todos los efectos del registro de personas bautizadas a la fe católica (Y que Dios me coja confesado...)

2º.- Que la citada exclusión vaya acompañada de un anatema explícito y debidamente formalizado por la autoridad (velones incluidos), al que me considero acreedor, tras una larga vida de esfuerzo y sacrificio herético, hecho patente en los actos que a continuación documento: (aquí se incluye lo que proceda)

3º.- Ruego curse las instrucciones oportunas para que se me envíe acuse de recibo ORIGINAL del presente escrito, con fecha de entrada, firmada y sellada, a fin de que obre en mi curriculum vitae metafísico.

Gracia que espera obtener de su Eminencia Reverendísima, sea mediante intervención milagrosa, o bien mediante procedimiento administrativo normalizado.

Dios guarde a VE muchos años

Firmado:

El anatemando

Los testigos

http://pobladores.lycos.es/channels/politica_y_gobierno/votosrobados



Últimos libros del autor:

- Las aventuras de Dios
- La firma cristiana como marca
- Historias extremas de América
- Historias del sexo prohibido
- Estructura social española
- Las excursiones americanas de los españoles



La iglesia (y II)

me senté en el sillón de alto respaldo y contemplé aquel austero despacho. En aquella amplia habitación no había más muebles que aquella mesa de madera oscura y un par de sillas. Eso era todo. No había estanterías en las paredes, ni cuadros, sólo un silencio frío bajo aquella luz pálida que iluminaba con tristeza la habitación desnuda. La mesa no tenía cajones, nada donde guardar un libro, papel, bolígrafos. Sin embargo, aquel sitio había sido utilizado como escritorio no hacía mucho tiempo, porque en el suelo, bajo la ventana ahora cerrada, había un jarrón con flores secas.

Me levanté y abrí las contraventanas de madera. El frío seco de la montaña entró con ímpetu en la habitación. Me volví y contemplé de nuevo la habitación, fue entonces cuando recordé aquel comentario de mi casera. Me dijo que el pueblo había organizado una fiesta para despedir al anciano sacerdote. Era un hombre muy querido por todos, había llegado muy joven a aquel lugar y nunca lo había abandonado. Con el tiempo llegó a ser uno más. Vestía con pantalones de pana gruesa y protegía su cabeza con la misma boina negra que los demás hombres del lugar. Era de baja estatura, afable, amante de la conversación y, sin embargo, poco dado a soltar sermones.

No acudió a su propia despedida. Nadie en el pueblo lo pudo entender. Al principio se organizó todo como una sorpresa, pero después, en el único bar del pueblo, donde el sacerdote jugaba su partida de dominó con sus compañeros de siempre, él mismo fue dejando caer pequeñas insinuaciones que delataban que estaba al tanto de lo que le preparaban sus parroquianos. Parecía ilusionado con aquella fiesta que pretendía ser una sorpresa. Por eso, su ausencia en un día tan especial no fue comprendida por nadie. Desde entonces no habían vuelto a saber de él.

En aquella habitación había dos puertas, una estaba detrás de aquella mesa, la otra, en la pared que había enfrente de la ventana, por esta última puerta se debía acceder a la iglesia. Me decidí por la que me pareció que me llevaría al resto de las estancias de la vivienda. Pensé, no sé por qué, que la persona que me estaba dejando entrar con tanta facilidad en aquella casa, quería que continuara avanzando por la vivienda del sacerdote. O quizá fui yo la que intuía que en aquellas habitaciones encontraría la respuesta a aquellas solitarias campanadas, a aquellas luces que se apagaban y se encendían misteriosamente para llamar mi atención.

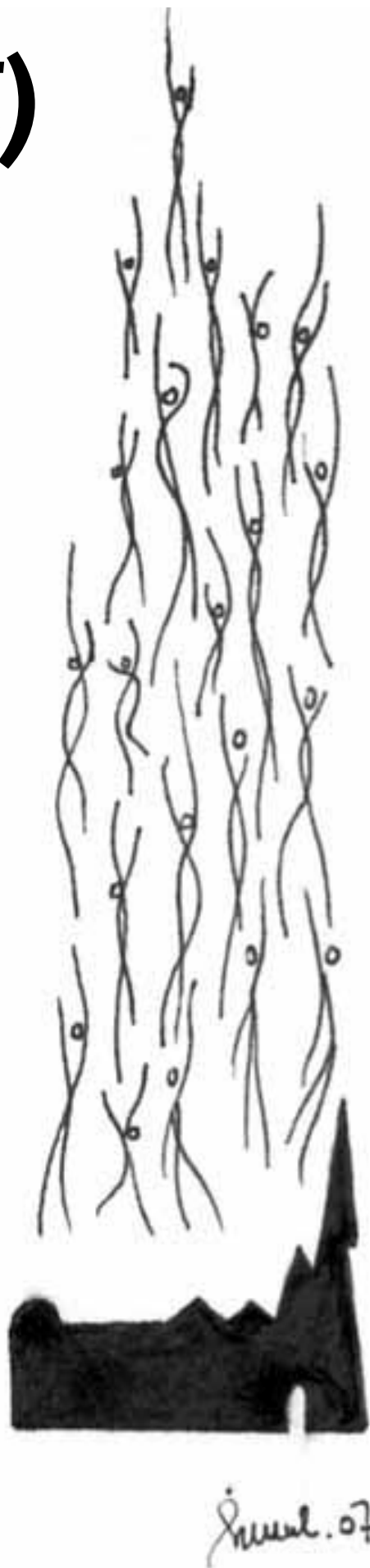
entré en la habitación de los visillos en la ventana, la que yo había visto iluminada desde mi casa y en la que había visto deslizarse aquella misteriosa silueta.

Aquella era la salita de estar, el lugar donde el anciano sacerdote se debía sentar a comer y donde quizá, recostado en el sillón que había junto a la mesa camilla, dormitaba mientras la televisión seguía hablando y emitiendo imágenes. Aquel lugar era acogedor, había cuadros en las paredes, fotos de amigos o familiares sobre el televisor y otro jarrón de flores marchitas sobre la mesa. Me acerqué al aparador y abrí sus cajones, había cubiertos, servilletas cuidadosamente dobladas, y en la vitrina, vasos, platos de diferentes tamaños, y varias botellas de cristal vacías. Tampoco en aquel lugar había libros ni papel, nada que él pudiera utilizar en aquel solitario despacho. Desde la salita de estar se accedía por otra puerta a la cocina, era muy parecida a la de la casa que yo había alquilado, es más, fijándome un poco comprobé que los muebles eran idénticos, de un material que imitaba a la madera de pino, y los azulejos de la pared eran igualmente blancos con un ribete naranja, una decoración que se puso de moda cuando yo era muy pequeña y que había



Isabel María Abellán

JUAN MANUEL MONDEJAR



<http://isabelmabellan.blogspot.com>



Últimos libros de la autora:

- El último invierno
- La línea del horizonte

cómo penetraba por mi nariz. Lo respiré con aprensión, me traía lejanos recuerdos. Aquel aroma me hizo retroceder con velocidad en el tiempo. Aquel olor denso envuelto en humo. Entonces comprendí. Había regresado en mi recuerdo a mis clases de catequesis en la iglesia, no tendría más de seis o siete años. El sacerdote estaba sentado frente a nosotras en una silla baja de madera, las niñas estábamos sentadas en un banco de la iglesia, detrás del sacerdote había muchas velas derriéndose con lentitud y, de un extraño cuenco, un hilo de humo se elevaba hacia el techo, de él provenía aquel olor que me hacía cerrar los ojos, y que sin saber por qué me adormecía suavemente mientras la voz grave del sacerdote se alejaba sin remedio. Era incienso, un olor lejano, perdido en aquel laberinto casi olvidado de la infancia.

De nuevo regresó el miedo, noté cómo mi corazón palpitaba con fuerza. Allí, al final de aquel laberinto, estaba la explicación de todos mis terrores infantiles. Todas las niñas escuchábamos al sacerdote mientras conteníamos la respira-

Era El Infierno, el lugar al que nosotras podíamos ir si no decíamos la verdad

ción, los ojos abiertos como platos, las manos sudorosas a pesar del aire helado que descendía desde el lejano techo hasta nosotras. El sacerdote nos estaba hablando del demonio, aquel ángel que se enfrentó a Dios al principio de todos de los tiempos y que fue condenado a habitar en aquel lugar de eterna penitencia que era El Infierno, el lugar al que nosotras podíamos ir si no decíamos la verdad el día que hiciéramos nuestra primera confesión, el lugar al que iríamos sin remisión si la muerte nos sorprendía en mitad de nuestra vida en pecado mortal, sin habernos podido arrepentir, sin haber pedido perdón a Dios. Al final de aquel oscuro pasillo de mi casa estaba él, en mi imaginación infantil lo veía con toda nitidez con su horrible rabo enroscado, su cuerpo negro y peludo y aquella mirada felina que parecía sonreír con infinita maldad desde los abismos de la eternidad. El Infierno, aquel lugar sombrío en el que permaneceríamos por siempre jamás, sin posibilidad de huir.

Las manos me volvían a sudar, era todo igual que entonces. En aquella estancia oscura y de olor penetrante, de nuevo el terror. El temblor incontrolado me impedía buscar el interruptor en la pared, el miedo me había dejado paralizada en el umbral de la puerta y mil voces gritaban al unísono dentro de mí que me fuera, que saliera corriendo de aquel lugar. Pero por encima de todas aquellas voces que parecía que iban a hacerme estallar la cabeza, estaba la de mi padre, pausada, serena: “No echas a correr, porque entonces el miedo se introduce dentro de ti y termina por dominarte. Quédate quieta y míralo de frente.”

Conseguí empezar a respirar por la nariz, el humo cargado de aquel olor dulzón y extrañamente maloliente me atontaba, pero cada vez que inspiraba aire, los latidos de mi corazón se iban apaciguando, así, cinco, diez veces, los ojos muy abiertos, mirando de frente al miedo, sin huir, sin dejar que terminara de entrar del todo dentro de mí y me dominara. Al fin, pulsé el interruptor. De la oscuridad penetrante surgió el dormitorio, al fondo, sobre la pared desnuda,

un crucifijo, debajo, la cama, y sobre la cama sin deshacer el cuerpo del anciano sacerdote. Una certeza terrible sacudió mi cabeza y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Estaba muerto, pero, ¿desde cuándo? No podía avanzar, no me atrevía a contemplar de cerca lo que la muerte hacía con los que arrastraba hacia su abismo. Ahora comprendía aquel olor dulzón a incienso. Era consciente de que me había dejado envolver en la trampa que la silueta de la ventana me había tendido. Él quería que llegara hasta el dormitorio y contemplara aquel cuerpo sin vida, pero ¿por qué?

Fue entonces cuando lo vi por primera vez. No soy capaz de saber si ya estaba allí cuando abrí la puerta y quedé detenida en el umbral, o si había accedido al lugar por la puerta medio oculta que había detrás de la gruesa cortina roja que había a mi derecha. En cualquier caso, qué más da. Allí estaba, sentado en un sillón cerca de la mesilla de noche, contemplando sin espanto el cuerpo putrefacto del anciano párroco. Me pareció que sonreía. Al fin giró el rostro y se dignó contemplarme, no parecía interesado en mí.

Se puso de pie y avanzó lentamente hacia donde yo estaba. También era sacerdote, o al menos vestía como tal, pantalón, camisa y chaqueta negra de la que destacaba el alzacuellos blanco, su pelo también era blanco, con mechones muy brillantes y escaso. Sin embargo, a pesar de las apariencias, no parecía un hombre de edad avanzaba, al contrario, era corpulento y fuerte y por la expresión de su rostro, un hombre al que ningún obstáculo era un impedimento en su camino.

Una vez a mi lado me contempló fijamente, su rostro estaba ahora repentinamente serio.

—No te asustan las campanadas de una iglesia abandonada en mitad de la noche, ni las luces que se encienden y apagan. ¿Qué es lo que a ti te asusta?

Miró un instante hacia la cama donde yacía el sacerdote muerto y luego clavó en mí su enfurecida mirada, esta vez la aparente serenidad de su rostro había desaparecido, parecía a punto de estallar, sin embargo, el tono de su voz siguió siendo contenido, a pesar de la rabia.

—¿Me puedes decir qué estás haciendo aquí, pobre idiota? ¿Te apetece mirar la muerte de cerca?, ¿te da morbo? Hay muchas chicas malas que se excitan ante un cuerpo descomponiéndose. ¿Te está pasando a ti eso?

Su aliento envolvía mi rostro, cada vez estaba más cerca de mí. De pronto era consciente de lo estúpida que había sido, acababa de estar en la cocina y no había sido capaz de coger siquiera un cuchillo. Pero ante aquel rostro de mirada fría y penetrante creo que no habría sido capaz de reaccionar. Estaba tan cerca de mí que su nariz casi rozaba la mía, sin embargo, no estaba dispuesta a huir. De pronto, aquella voz de la infancia repitiendo que nunca, nunca saldríamos del infierno una vez que hubiéramos caído en aquel abismo, me recordó todas las noches temblando de miedo en la oscuridad de mi habitación, llorando en silencio y sin atreverme a llamar a mi madre por miedo a enfadarla, el horror de entrar sola en aquel cuarto de baño que había al final del pasillo de mi casa y el pánico a mirarme al espejo porque estaba convencida que, de detrás de mí, surgiría la espantosa visión de aquel demonio del que, con insistente machaconería, nos hablaba una y otra vez aquel sacerdote durante aquellas tardes tristes de catequesis. Pobre infancia la de aquellas niñas sentadas en el banco de la iglesia, contemplando con los ojos abiertos y la respiración contenida a aquel hombre que disfrutaba asustando nuestras mentes infantiles, que se regocijaba con el miedo que inoculaba en nuestras débiles conciencias. Ahora, aquel lejano sacerdote de mi infancia estaba delante de mí y yo no me iba a alejar de él. No, no iba a salir corriendo como hacía entonces al terminar la catequesis buscando el refugio de mi casa, huyendo siempre del pánico hacia aquel abismo imposible.

Puse mi mano sobre su hombro y lo aparté de mí lo suficiente para poder avanzar y acercarme hasta la cama. Allí contemplé a aquel pobre



Murió por no querer compartir con nosotros el secreto del lugar donde se hayan ocultos los documentos

hombre que se desdibujaba minuto a minuto.

¿Por qué dejarlo allí sin darle sepultura?

El hombre del alzacuellos blanco debió leer mi pensamiento.

—Es el castigo que merece su necio atrevimiento. Nunca debió rebuscar donde no debía y, si al final encontró lo que otros ocultaron durante siglos, no debió pretender jamás darlo a conocer. ¿A quién puede importarle lo que sucedió en el pasado? Sólo a nuestros enemigos, a aquellos que quieren hacernos desaparecer y que todavía hoy, siglos después, aún nos persiguen.

Se sentó de nuevo en el sillón que había junto a la cama y apoyó la cabeza en su mano de blancura nacarada.

—El muy estúpido había escrito una carta pidiendo perdón por la tortura y muerte de cinco mujeres acusadas de brujería por el Santo Oficio en este pueblo, hace ya cinco siglos. ¿Acaso se puede estar hurgando en el pasado sin descanso? Hay que aprender a olvidar. Sabíamos de la existencia de unos documentos comprometidos, debían estar ocultos en algún lugar de la iglesia. Los sacerdotes que le precedieron en esta parroquia los buscaron sin éxito, por ello llegamos a pensar que habían desaparecido. Sin embargo, él los encontró, leyó el pormenorizado relato de todo el proceso que llevó a cabo la Inquisición y no pudo o no supo soportar la espantosa descripción de la tortura impuesta a aquellas cinco mujeres. Fueron condenadas a ser desolladas vivas antes de perecer en la hoguera. El pueblo asistió a su lenta agonía y a su ejecución final. Durante siglos se ha ido transmitiendo de padres a hijos el terrible final de aquellas mujeres que murieron sin que nunca se hubiera probado si realmente eran autoras de los ritos paganos de los que se les acusaba. Pero las normas del Santo Oficio protegían a los delatores, ellas nunca supieron quién las acusaba ni de qué se las acusaba,



murieron sin saber de qué eran culpables. La gente del pueblo conocía esta circunstancia y pidió en vano clemencia para aquellas mujeres, una de las que murió era tan sólo una niña de apenas doce años. No hubo piedad, nunca la hubo ni en este, ni en otros casos parecidos de aquella época. Sucedió todo durante el mandato de Torquemada, la época más cruel de la Santa inquisición.

El hombre de negro estaba por primera vez alterado, se levantó y empezó a dar grandes zancadas por la habitación. Ahora hablaba a gritos, las venas azules se marcaban en sus sienes. De pronto, se detuvo en mitad de la habitación y clavó en mí su mirada llena de ira.

—Pero todo aquello pertenece al pasado y allí debe quedar. El recuerdo termina convirtiéndose en una leyenda, algo que el paso del tiempo ha deformado y en lo que nadie cree realmente. Pero este pobre infeliz descubrió aquellos comprometidos documentos, los leyó y los ocultó de nuevo, posiblemente en el mismo sitio donde los encontró. El muy insensato quería remover la ciénaga del pasado, hacer que la leyenda se convirtiera en hecho histórico y que de nuevo, de boca en boca, corriera el relato de lo que hicieron nuestros antepasados.

—¿Lo mató por haber escrito una carta pidiendo perdón?

—No, murió por no querer compartir con nosotros el secreto del lugar donde se hayan ocultos los documentos. Y tú, necia estúpida, vas a tener que morir por querer saber demasiado.

—Usted quería que yo viniera, lo hizo tocando las campanas, encendiendo y apagando las luces, abriendo todas las puertas para que llegara hasta aquí.

—Pero no eres tú la que yo esperaba. Era la mujer que lo cuidaba quién debería haber venido, ella compartía con él todos sus secretos, era su persona de confianza. Esta tarde la he visto en la casa de enfrente, no había vuelto a verla desde un día en que vine de visita y ella nos sirvió la comida. Es una mujer inteligente y el viejo sacerdote confiaba en ella. Estoy convencido de que ella conoce el lugar donde permanecen ocultos los documentos. Era ella la que debía estar aquí contemplando este cadáver, llorando aterrada ante lo que le ha sucedido a su viejo sacerdote. Era ella la que debía llevarme hasta el lugar que ese viejo estúpido no me quiso desvelar.

—Ese lugar no está en esta iglesia, ni en esta casa.

me volví sorprendida. Mi casera estaba apoyada en el quicio de la puerta. Parecía tranquila, como si ya lo supiera todo.

—Hace mucho tiempo que esos documentos salieron de este edificio y fueron guardados en un lugar seguro. El nos enseñó lo que había encontrado y nos dijo que había que guardarlo allí donde nadie lo pudiera destruir. Al contrario que usted, él pensaba que la iglesia debía aprender de los errores cometidos, por eso decidió escribir aquella carta pidiendo perdón. Nos la leyó a todos durante su última misa. A nadie sorprendió lo que en ella contaba porque como usted muy bien ha dicho la historia de lo sucedido se ha ido transmitiendo de padres a hijos. Pero se ha equivocado en algo importante, nunca se transformó en leyenda, siempre hemos tenido cuidado en repetirla de la misma forma en la que nos la contaron, sin añadir ni quitar nada, de esta forma, si algún día esos documentos desaparecieran, el recuerdo de lo que la Inquisición hizo con nuestros antepasados, no se perdería, porque nosotros seguiríamos transmitiendo lo que sucedió generación tras generación.

En ese instante, una mano apartó la cortina roja y de detrás surgió un hombre que avanzó lentamente hacia el sacerdote. Con voz monótona empezó a decirle sus derechos, tras él surgieron otros. Mi casera se acercó y me apartó con suavidad del lecho mortuario. Salimos juntas al exterior y nos adentramos en la noche. Mientras, el eco de nuestras pisadas se fue perdiendo por el laberinto de calles de aquel pequeño pueblo oculto en la montaña.



El mundo feliz de Alberto González

Alberto González está sentado en su sillón, consume el tiempo contemplando en la televisión programas que nada le importan, espera que el reloj marque las diez de la noche. A esa hora tiene una cita, un compromiso muy especial, donde él será centro y protagonista. Suena el timbre y se dispone a abrir, sin preocuparse de quien llama, en la suposición de que será su mujer, que como tantas veces, ha olvidado las llaves.

— ¡Hola Alberto! —Le saluda en el umbral de la puerta un hombre de largo pelo blanco y poblado barba.

— ¡Hola! ¿Le conozco? —Le pregunta él, para quien el rostro de aquel hombre le resulta ajeno.

— Sí, me conoces, igual que yo a ti. Aunque ahora posiblemente no me reconozcas, soy Berto.

— ¿Berto, Berto...?, perdone, pero ahora mismo no recuerdo.

— Eso es normal, nunca hemos hablado cara a cara, lo nuestro ha sido avanzar en paralelo, pero en vías diferentes y ya somos demasiado viejos para seguir dejando pasar el tiempo mientras nos ignoramos.

— Perdone, pero no le entiendo y lo siento, he de dejarle, dentro de no mucho tengo una cita importante para mí.

— Ah, ya, la cena. En el fondo sabes que sólo es un mero paripé; el director general que te entrega una medallita y pronuncia un discurso laudatorio. Los jefes que acuden para darte una palmadita en el hombro y tus inferiores que van para atisbar un posible ascenso. Demasiado visto, demasiado patético...

— ¿Quién es usted? ¿Cómo sabe lo de la cena? Todo esto me parece muy extraño.

— Yo lo sé todo de ti, pero no te asustes, soy inofensivo, en realidad siempre lo he sido para un Alberto González que nunca me ha hecho demasiado caso.

— Pero, ¿me dejas pasar?, ya estoy demasiado viejo y no aguanto de pie, mis articulaciones han envejecido tanto como yo.

Alberto le deja pasar, el hombre se sienta en el sillón y contemplándolo en aquel lugar, cree hallar en aquel ser, un cierto aire familiar.

— Pero, ¿quien es usted?, ¿de qué nos conocemos?...

— ¿Recuerdas cuando tenías diez años y jugabas con la pandilla al fútbol en aquella explanada? Llegabais a soñar que era un gran estadio y cómo os frustró ese sueño aquel comerciante al que le molestaba que jugaseis cerca de su local y consiguió que os prohibiesen jugar.

— Si, si lo recuerdo, yo era uno de esos críos, pero ahora no creo que tenga la menor importancia.

— ¿Te acuerdas cuando le rompisteis los cristales al comerciante lanzándole piedras a su tienda hasta que ésta quedó destrozada?

— Sí, pero de eso hace ya muchos años.

— Además, tu no participaste en aquella acción, al contrario, tu contaste quiénes habían sido. Durante mucho tiempo te turbó el recuerdo de esa traición.

— Ya, ya lo sé, usted es... alguno de ellos, aquel que vivía en...

— No, no busques, yo no era ninguno de aquella pandilla a los que delataste.

— Entonces, ¿cómo sabe aquello?

— Ya te dije que lo sé todo de ti. ¿Recuerdas la visita a aquel prostíbulo para demos-



Pedro Antonio Curto

trar lo hombres que erais? — Si, pero éramos muy jóvenes, apenas unos adolescentes.

— Eso es cierto, unos adolescentes, pero tu lo suficiente mayor para comportarte brutalmente con aquella mujer escuálida, de piel pálida, que temblaba cuando te pusiste encima de ella con brutalidad, haciéndola gritar para que al otro lado de la pared los que te acompañaban supiesen que habías dejado de ser virgen y eras todo un hombre.

— Bueno, pero yo no, no quería...

— Si, ya lo sé, tu querías hablar con ella, sentarte al borde de la cama, acariciarla, saber quien era más allá de lo que mostraba. Pero no lo hiciste, como tantas veces. Yo sí lo hice. Ella no se llamaba Brigitte como te dijo, era de un pequeño pueblo castellano, había



¿Recuerdas cuando tenías diez años y jugabas con la pandilla al fútbol en aquella explanada?



Últimos libros del autor:

- Los viajes de Eros
- El tango de la ciudad herida
- Un grito en la agonía
- Crónicas del asfalto

cometido el delito de tener un hijo siendo soltera. Las circunstancias no le dejaron otra salida que hacerse prostituta. En aquellos tiempos pasaban cosas como esa. Siempre trató de salir a flote, pero nunca lo consiguió, murió cuatro años después de aquello, sola y enferma. Tú viejo nunca olvidaste aquella primera vez, pero más que por el placer, porque tuvo un sabor amargo, ¿verdad?

— ¡Esto es absurdo! No se quién es usted, ni cómo sabe todo eso, pero yo tengo algo muy importante que hacer y le ruego que abandone mi casa.

— Pero lo que más remordimiento te dejó, fue lo de la universidad.

— No sé a que se refiere.

— Sí, lo sabes de sobra, conmigo no valen disimulos, aunque te sirviesen con los demás, que no se enteraron de nada.

— ¿De que?

— De que fuiste tú el que cantó. Y es que era muy fácil ser revolucionario ante una máquina de escribir, lanzar proclamas, hacer alguna pintada... Leer a Marcuse, debatir sobre Gramsci o Althusser, pero cuando un policía paleta te presionó un poco, no tuviste problemas en traducirle aquellos nombres de guerra.

— No serás Alfredo, Duero o...

— No te molestes, no soy ninguno de tus compañeros, pero yo también, como ellos, pasé por los calabozos. Me dejaron algún recuerdo que todavía me dura — expresa el hombre con un quejido leve, llevándose las manos hacia su cuerpo.

— ¿Se encuentra bien?

— Si, son esas molestias inevitables. Uno no ha llevado muy buena vida y eso, con el tiempo se nota. Y tú, ¿cómo estás?

— Bien, he realizado hace poco un chequeo y no tengo nada especialmente grave. Y ahora, ¿de que se ríe?

— De lo falso que son las excusas. Mira que achacar a tu corazón el no poder seguir con Laura.

— ¿Qué sabe usted de Laura?

— ¿Qué sé? Poca cosa, que la amabas, que con ella sentiste cosas que nunca habías podido sentir con nadie.

— Pero yo quería a mi mujer.

— No jodas, viejo, a mi no puedes mentirme. Con ella nunca se te erizó la piel con una simple caricia, ni podías ver tu reflejo en sus pupilas, por fin descubriste que unas sábanas y un colchón pueden ser un pasaje para volar. Pero como siempre, el miedo y lo establecido fueron más importantes que tus emociones.

— Por lo menos en esto si he disfrutado — Y el hombre dibujó en su rostro envejecido una sonrisa.

— ¿Qué busca usted?

— Buscar, buscar... a estas alturas, nada o casi nada. Ya me ves, viejo, achacoso, incrédulo, a fin de cuentas sigo siendo un poco como tú, lleno de dudas, vacilaciones y un tanto cobarde. Aunque no es problema de valentía o cobardía, simplemente, dejarse llevar por un camino u otro. Escoger lo menos fácil, aunque sólo sea porque es lo que te salé de las entrañas. Puede que no encuentres ese mundo feliz; Marx y Freud nos enseñaron a hacernos las preguntas, pero olvidaron decirnos cómo hallar las respuestas.

— Pero no solucionar las dudas, los interrogantes, es posible sea lo más positivo. Lo demás, es tú seguridad, asentadas sobre ya sabes qué.

— ¿Y usted quien es para decirme eso?

— Yo, yo soy tus renunciadas, ¿todavía no lo has comprendido? Alberto González contempla a aquel hombre y ahora sabe que es una sombra, el otro lado, lo que pudo ser reflejado en un cuerpo decrepito.

— ¿A qué has venido?

— Me muero, ya estoy cansado, muy cansado, y tú, ¿quieres seguir la farsa? Después de que el hombre se haya marchado, Alberto lo contempla desde la ventana, avanzando con paso cansino y piensa en lo que ha dejado escapar, en las cosas no vividas.

aquella noche no acude a la cena de su homenaje; lo encontraran en su sillón, quieto, inmóvil, ausente de vida. Con un tubo de pastillas había renunciado a su mundo feliz.



Terror con fondo milenario e ironía de la cultura actual

horacio Vázquez Rial y Miguel Ángel de Rus presentaron los dos primeros volúmenes de la colección **Cercanías**, de Ediciones Irreverentes: *Cuatro Negras*, de Fernando Savater, Horacio Vázquez-Rial, Miguel Ángel de Rus y José Enrique Canabal, y *237 razones para el sexo, 45 para leer*, de Miguel Ángel de Rus.

Cuatro negras reúne cuatro excelentes obras entre el terror y la serie negra. Savater abre el libro con su agobiante *Habitaciones individuales*, en la que los miedos cotidianos y lo oculto que hay en una ciudad de provincias toman protagonismo. Vázquez Rial presenta una joya del realismo mágico en *La Golem*, con un curandero que puede sacar de nosotros lo más terrible que, sin saberlo, escondemos. De Rus, con el acertado y desasosegante relato *Los últimos días, un café, un diario, sombras* presenta el terror ante las mafias de los países que pertenecieron al bloque de la Europa del Este y cierra el libro Canabal, con *Un grito en la niebla*, opresivo relato en que el terror planteado estremece: ¿Qué sería de nuestra vida si el doctor que nos cuida fuera un asesino?

Horacio Vázquez-Rial relató el origen de su relato *La Golem* «Parte de la tradición talmúdica, que tiene mucho que ver con la cábala y la historia de Frankenstein. En la historia, siempre ha sido el hombre el que ha podido crear la vida de otro hombre de la nada por medio de la palabra. Al modo del Rabino de Praga, mi protagonista, un santero que hace supuestas curaciones, dice al oído de una mujer la palabra mágica que permitirá que esa mujer cree otra mujer de la nada, una Golem. Es una historia tan antigua como la humanidad, el deseo de creación».

Para **De Rus** este es un gran comienzo para la colección

Cercanías, «Tanto Savater como Vázquez-Rial plantean dos relatos de terror que se sale de lo convencional, nada que ver con la novela gótica, es terror cercano, que nos recuerda que en cada uno de nosotros está la semilla de lo terrible. Canabal ha hecho una propuesta de terror psicológico que demuestra que la narrativa de Stefan Zweig tiene dignos continuadores, aunque con la forma de ver la realidad de siete décadas después».

El segundo título es el ácido y divertido *237 razones para el sexo, 45 para leer*. Con acertada ironía Miguel Ángel de Rus disecciona la realidad cultural de nuestro tiempo; se descubre el desasosiego de los escritores españoles que pasan de ser jóvenes promesas a olvidados; las razones de Fernando Sánchez Dragó para llamarnos guarros; la pasión de los escritores por las mujeres

artificiales y las drogas; las distintas facetas de la mujer, desde la chica progresa a la bruja, pasando por las elucubraciones eróticas de Vargas Llosa, Gómez Rufo y otros escritores; se cuenta la intimidad de Francisco Umbral y se critica la desvergüenza del canon digital, entre otros temas. Ante los medios de comunicación, **De Rus** afirmó que «he reunido artículos que tratan sobre cuestiones relacionadas con la cultura y la ciencia, generalmente considerados tabúes, en los que se dice habitualmente sólo una parte de la verdad. He procurado decir lo que se suele callar. Son retratos de las formas de pensar de nuestro tiempo que espero que sean leídos con gusto dentro de varias décadas».

Horacio Vázquez-Rial destacó que «hay textos deliciosos y extraordinariamente escritos, como el dedicado a Francisco Umbral»

García Rodríguez recrea cuatro historias de la posguerra española sobre la "concordia"

«La pirámide de las flores. Cuatro historias de la Posguerra» es el cruce de caminos de cuatro personajes, hijos de víctimas de la Guerra Civil española que «logran vencer su inercia». Es la primera novela publicada por **José Luis Gª Rodríguez** y fue presentada en Palma de Mallorca por Catalina Cirer.

«Se ha escrito más sobre la Guerra Civil que sobre la Posguerra, por eso he decidido situar en este periodo mi novela, bajo un mismo epígrafe: el franquismo», afirmó el autor. Cuatro asesinatos en los dos bandos sitúan a los hijos de las víctimas en la encrucijada de la orfandad en un país

dividido. Según el autor «Se van encontrando como en un puzzle y van formando un ambiente, como una estructura de pirámide. Ellos acaban aportando una lección de positivismo», declaró el autor al Diario de Mallorca. «Esa concordia se logra al vencer la inercia y lograr buscar un entorno de paz». Con la Guerra Civil se inicia la trama que concluirá con los asesinatos de los abogados de Atocha 1977. Acerca de la ley de la Memoria Histórica, García Rodríguez se muestra reacio porque juzga que «no puede ser sujeta a una ley y porque la memoria para ser histórica, debe tener fundamento, no recuerdo».

«La oleada de la desesperación», la lucha entre el idealismo y el desengaño

«La oleada de la desesperación surge del conocimiento directo de la vida de los inmigrantes hispanoamericanos en lugares como Madrid o Barcelona, de sus vicisitudes, de las situaciones ilegales a las que se han visto sometidos en el periodo en el que escribí la novela. He escrito este libro por la insatisfacción que me produce ver un mundo injusto en el que los poderosos hacen lo que quieren sin atenerse a la ley, y los ciudadanos silenciosos somos quienes sufrimos ese poder. Utilizo la inmigración para mostrar la lucha entre el idealismo y el desengaño»,

«No he escrito una novela sociológica, llena de datos, sino que he tratado los sentimientos de un inmigrante explotado. Pretendo ayudar a que la gente reflexione sobre su postura ante la inmigración. Cada mañana, a las 6, están los hispanos, los rumanos, los polacos, en Atocha esperando que llegara el pistolero que los cogiera para trabajar el día, sin contrato, sin derechos, era un mercado humano», remató el autor.

El multitudinario fenómeno de la inmigración en España y sus personajes más representativos quedan retratados en *La*



afirmó el autor de la novela, **Tomás Pérez Sánchez**, en el encuentro con medios de presentación del libro.

«La oleada de la desesperación» trata la historia de un ecuatoriano que se empeña para poder viajar a España, lugar que considera el paraíso, y salir de la miseria. Deja a su familia e inicia la aventura lleno de esperanza, pero al llegar a su destino se encuentra con otra realidad: la explotación. Sin derechos laborales, dependiendo del capricho de los patronos, es un juguete en manos de los empresarios. Tendrá que ser sumiso, aceptar salarios míseros y callar, siempre callar. Y si es necesario jugarse la vida, tendrá que jugársela. Pero cuando un periodista intenta destapar la verdad de la inmigración, los intereses económicos de los más poderosos convertirán a todos en marionetas de una representación cruel.

oleada de la desesperación, novela ágil y de contenido fuerte, en la que Tomás Pérez Sánchez muestra desde la contenida visión de un ciudadano corriente hasta las posturas más violentas en la confrontación de formas de entender la vida, de culturas, de costumbres. El choque entre razas y creencias que vive la Europa de comienzos del siglo XXI queda expuesta en esta novela en la que los protagonistas son personas acuciadas por una situación desesperada, en busca de las migajas que se desprendan de la bonanza económica de Europa. Es la historia de la lucha entre el idealismo y el desengaño, la pureza de unos ideales frente al corrupto entramado que soporta su proyección en la sociedad.

Tomás Pérez Sánchez (Madrid, 1958) ha publicado anteriormente dos novelas: *El cielo de los ateos* y *Los Araciles*.



Vuelve a Madrid Bajarse al moro para celebrar su cuarto de siglo



Se cumplen veinticinco años desde que se estrenara la obra que se convirtió en el símbolo del nuevo teatro español y uno de sus mayores éxitos comerciales, *Bajarse al moro* de José Luis Alonso de Santos, autor que ha publicado en Ediciones irreverentes *El Romano* y *Dígaselo con Valium*. Con tal motivo Cornejo se ha embarcado en la producción de una nueva versión de esta obra que se ha convertido en un clásico del siglo XX.

Es la historia de Chusa y Jaimito, dos primos que comparten un pequeño piso en el centro de Madrid, donde también vive Alberto. Chusa acoge a Elena, a la que propone viajar a Marruecos para traficar con droga. Pero Elena es virgen y no puede transportar la mercancía en su vagina. Para remediar el problema, y una vez descartado Jaimito, Elena debe perder su virginidad con Alberto. Pero las dificultades e interrupciones se suceden: Doña Antonia, madre de Alberto, Abel y Nancho, dos drogadictos con síndrome de abstinencia... Finalmente,

Chusa viaja sola a Marruecos. A su regreso es detenida y encarcelada. Cuando sale de prisión descubre que Alberto y Elena se han ido a vivir juntos a Móstoles justo cuando la propia Chusa descubre que está embarazada de Alberto. Alonso de Santos sitúa a los personajes en la vida cotidiana, los hace más próximos al espectador y establece con él una comunicación fluida que le permite escuchar sus desajustes, sus crisis, sus desasosiegos y les responde siempre con un humor que entronca con las raíces de Jardiel Poncela o Mihura y que enlaza, a través del uso del lenguaje espontáneo y de la calle, fruto de una cuidadosa reelaboración, de que Francisco Umbral dijo "Un dramaturgo que cuida a tal extremo el lenguaje es un artista del idioma que naturalmente ha consumido mucha vanguardia española y extranjera".

Esta obra que recibió, entre otros, el Premio Nacional de Teatro, el Premio Tirso de Molina, el Premio Mayte de teatro, y el Premio Ciudad de Valladolid, sigue tan vigente

como si hubiera sido escrita hace unos días. *Bajarse al moro* estuvo varias temporadas en la cartelera madrileña con llenos diarios, y recorrió con sus giras la geografía nacional. La representaron actores que ahora son de primera línea, como Verónica Forqué, Jesús Bonilla, Amparo Larrañaga, Pedro Mari Sánchez, Luis Merlo, Emma Suárez, Natalia Dicenta, Arturo Querejeta, Pilar Bayona y fue llevada al cine por Juan Echanove, María Luisa Ponte, Antonio Banderas, y Aitana Sánchez Gijón.

Es buen momento para enfrentarnos con eternas cuestiones que la obra plantea: conflictos de valores, crisis y emociones en le choque entre la vida real y los sueños, palabras y teorías frente a las viejas y eternas verdades del corazón.

Alonso de Santos reconoce haberse quedado sorprendido por el cambio de actitud del público. Lo que antes era visto como normal (sexo, droga, actitudes vitales), ahora, en ocasiones, espanta al público. Puede ser la ola conservadora que nos embarga

Las visitas deberían estar prohibidas por el Código Penal

Para quienes leyeron *El chalet de Madame Renard*, y *La bella Dorotea*, de Miguel Mihura, libro publicado por Ediciones Irreverentes, es de contemplación inexcusable la representación de *Las visitas deberían estar prohibidas por el código penal*, dramaturgia de Ignacio del Moral y Ernesto Caballero sobre textos de Miguel Mihura.

Se trata de una exploración escénica por la vertiente más absurda e insólita del universo literario del autor. El espectáculo trata de dar cuenta de su humor delirante, tan empareñado con el surrealismo y las vanguardias de la época, así como con el posterior teatro del absurdo, al que se antici-

pa. Encontramos personajes que aún reconocemos en los rincones más destartados de la memoria, como aquella tía Asunción con la que tanto se cebó don Miguel por obligarle a participar del tedioso ritual de las visitas. El universo lóbrego y entrañable de esa tía Asunción que casi todos llevamos dentro, sus disparatadas ensoñaciones costumbristas. Concebido inicialmente como una especie de "Antología Mihura", *Las visitas...* se compone básicamente de una serie de escenas de algunas de sus obras junto a pasajes no dramáticos procedentes de su labor en las diferentes revistas cómicas en las que Mihura colaboró. Textos escandalosos para su época.



El último delirio de Poe en ¿Dónde estás, Ulalume, dónde estás?, de Alfonso Sastre



¿Dónde estás, Ulalume, dónde estás? de Alfonso Sastre, con dirección de Juan Carlos Pérez de la Fuente, se estrenará el próximo 27 de enero en el Teatro Auditorio Municipal Adolfo Marsillach, de San Sebastián de los Reyes, con un gran reparto encabezado por Chete Lera en el papel de Edgar Allan Poe.

¿Dónde estás, Ulalume, dónde estás?, es un hermoso texto sobre Edgar Allan Poe, un maldito genial y alcohólico. Es una fantástica reconstrucción de los

últimos días de vida de Poe. El poeta se interna en la noche de la ciudad de Baltimore y pierde la conciencia, cercado por los fantasmas y los horrores del "delirium tremens". Ahogado en alcohol, en el inmenso estanque de la melancolía y la incomunicación, tras la pérdida definitiva de su querida Virginia, la mujer-niña, convertida en Ulalume en el bello y espantoso poema de Poe.

El cuerpo de Poe se derrumbaba en brazos de un sueño vivido y terrorífico: el delirio.

Usted tiene ojos de mujer fatal

El autor que tanto se burló de la Iglesia, de la moral española, de la caridad y la bondad humana, Enrique Jardiel Poncela, uno de los más

olvidados y negados durante el franquismo y más representados en los últimos treinta años, llega al Muñoz Seca de Madrid con su obra más vista, *Usted*

tiene ojos de mujer fatal. Esta comedia fue estrenada en 1934, año en que Jardiel estrenó otros títulos como *Mi padre*, *La Oca* y *Anacleto se divorcia*. Jardiel Poncela se inspiró en su novela *Amor se escribe sin hache* para la creación de *Usted tiene ojos de mujer fatal*, obra que al principio fue rechazada por los empresarios de la época. Jardiel tuvo que marcharse a América, contratado por la Fox para trabajar en Hollywood y no pudo asistir al estreno de su obra en Valencia, pero cuando Jardiel regresó, *Usted tiene ojos de mujer fatal* se había convertido en el mayor éxito de la temporada. Obra sobre la descreencia en el amor, ha ganado valor y mantiene intacta su vigencia con el paso de las décadas.



Fernando Marías

He tenido siempre mucho cuidado con la selección de los premios en los que participar

Fernando Marías fue ganador del Premio Nacional de Literatura Juvenil e Infantil con «Cielo abajo». Su primera novela, «La Luz Prodigiosa», ganó el premio ciudad de Barbastro. Posteriormente ha publicado novelas cómo: «Esta noche moriré», «Los fabulosos hombres película», «El Niño de los coroneles», «El vengador del Rif», «La batalla de Matxitxako», «Invasor» y «El mundo se acaba todos los días». Ha participado en la «Antología del Relato Español» de Ediciones Irreverentes. Ha ganado el premio Nadal (2001) y el premio Ateneo de Sevilla (2005).

Recibió el Premio Nacional de literatura infantil y juvenil, un público lector por el que reconoce su debilidad.

Es un público muy agradecido. Con la promoción de una novela juvenil pasas a lo mejor una semana en Extremadura, otra en Madrid, vas viendo que si les gusta se va corriendo la voz, que unos chicos se la aconsejan a otros. Es curioso y muy interesante. Estás con chicos que han leído el libro, que les gusta, que te preguntan. Son encuentros cortos pero llenos de contenido. Y las ventas suelen ser buenas.

Cielo abajo, con la que logró el Premio Nacional, le está dando alegrías.

Sí. Me gustaría verla llevada al cine. Y que fuera una superproducción como la de los años sesenta. Es interesante ver las reacciones que ha habido con esta novela que puede ser para un público juvenil o adulto, ambientada en la guerra civil.

Sus novelas suelen conjugar la calidad con una cierta comercialidad. Es un equilibrio difícil.

Todas mis novelas tienen un enigma, un interés, algo que resolver. La literatura que más me ha influido en la novela negra y la de aventuras, prefiero el cine negro al cine iraní... estoy marcado por esa forma de narrar.

¿Y es verdaderamente comercial?

Excepto los que venden mucho, que son muy pocos, los escritores vivimos de nuestro prestigio, de nuestro nombre, de dar conferencias, de participar en mesas redondas, de escribir artículos, de todo lo que hay alrededor de la literatura. Hay una gran ficción, incluso entre los propios escritores, acerca de lo que se vende. Tú y yo tenemos amigos escritores que teóricamente venden más de cien mil ejemplares de cada

libro. Debemos ser los únicos que vendemos menos. Pero, lamentablemente, no es así; no se vende cuanto se dice. Además, creo que es más importante la calidad que las ventas.

¿Qué hace para ganar los premios que le interesan?

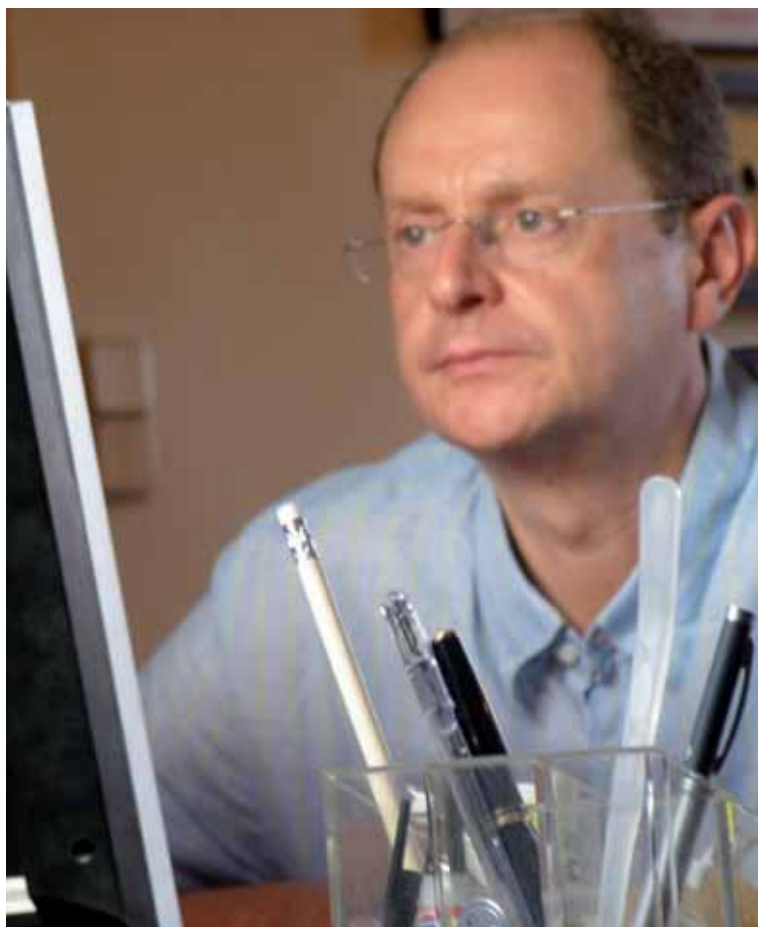
He tenido mucha suerte. Tuve la fortuna de ganar el Nadal. Me llamaron y me dijeron "eres finalista", luego me llamaron y me dijeron "has ganado" y no hice nada. Hay muchos premios literarios en España y nos me suelo presentar. Sí lo hice, por ejemplo, en el caso del Ateneo de Sevilla, porque tenía mucho prestigio y me interesaba ganarlo. He tenido siempre mucho cuidado con la selección de los premios en los que participar y ya me quedan pocos sitios en donde hacerlo.

¿Y cuáles son las razones para que su sistema le funcione?

Hago la novela sólo cuando me enamora y cuando no puedo ya prescindir de la idea que tengo. Ese interés se logra transmitir a un determinado número de lectores. Tengo unos pocos miles de lectores fieles que saben que les va a interesar mis propuestas. Generan una rueda, no excesiva, y veo que mis novelas aparecen en blogs, que me asocian con una cierta calidad. Y ese es mi mayor triunfo.

Apellidarse Marías, como Julián Marías y Javier Marías, ¿da problemas o abre puertas?

Es una anécdota. Ahora ya me da igual. La pregunta que más he contestado es si tengo algo que ver con Javier Marías. Y la segunda pregunta es si doy charlas sobre el Greco y Velázquez, porque el hermano de Javier es catedrático de arte. Ya conoces la historia que contó Rafael Reig en el *Manual de literatura para Caníbales*, la carta que me enviaron los Marías para que yo cambiara de nombre. Me



Eres una persona normal, feliz, y de pronto ocurre algo que no controlas y te encuentras con las manos manchadas de sangre.

lo tomo con más sentido del humor que ellos. Creo que no les hace gracia que yo exista.

Entre sus éxitos cercanos está la primera novela sobre la presencia española en Irak, Invasor. ¿Una forma de tomar postura ante la invasión?

Era una de mis pretensiones. Otro objetivo era averiguar si es posible hacer una novela que inquietase al lector adulto. Es una novela con claves

de terror, pero con mucho más cosas, como la reflexión sobre la conciencia. La literatura de género es una herramienta extraordinaria para tocar determinados asuntos. Es fácil cruzar la línea de lo permitido. Eres una persona normal, feliz, y de pronto ocurre algo que no controlas y te encuentras con las manos manchadas de sangre. Has matado a alguien. Es demasiado fácil cruzar al lado oscuro, y

encontrarte en él sin retorno. Me impulsaron a escribir la novela las grandes manifestaciones contra la guerra de Irak. Pensé que Aznar recapacitaría, pero eligió la infamia. El Presidente de nuestro país iba a meternos en una guerra colonial donde matar inocentes para robarles los recursos. Quise escribir sobre ello.

No menos exitosa es El mundo se acaba todos los días la historia de una autodestrucción. ¿Es en parte autobiográfica?

Es la historia de un alcoholico —que en parte fui yo hace diez años— y ha funcionado muy bien porque tiene mucho de verdad. Muchos bebedores, sin conocerme de nada, me han llamado o me han escrito para decirme que les ha gustado, que se han sentido no sólo retratados, sino comprendidos. Ha sido un libro muy positivo, una forma muy agradable de cerrar una etapa de mi vida. Ya llevo diez años sin probar el alcohol. Podría ser una novela que se ampliara a la adicción a la droga o al sexo, pero lo que se pone especialmente sobre la mesa son las manifestaciones derivadas del alcohol.

Hay temas presentes en casi todas sus novelas, ambientes, personajes.

Siempre aparece el doble, quizá porque soy Géminis. Es curioso cómo está el miedo a la muerte en vida. Procuro que siempre haya una intensidad de acción, un motor que interese, que empuje a leer. Y trato que sean libro divertidos para mí. Eso es fundamental. Una novela ideal para mí sería de ochenta páginas y un solo párrafo. Cada vez me interesan menos las florituras. Por ejemplo, en *Invasor*, la novela empieza con una explosión y hay gente que me dice ¿por qué no cuentas antes cómo viven los soldados españoles? Porque eso a mi literatura no le interesa. Creo cada vez más en la novela corta que se lee en hora y media.



Cura termal de reposo

A modo de introducción

Tengo la impresión de que a nuestro director le gustaría que me pronunciase con mayor talante irreverente del que acostumbro. Confesando que procuro guardar las formas, admito que ocasionalmente hay que destapar el tarro de la pimienta literaria. De este modo se justifica el presente cuento erótico que, dicho sea de paso, no es en absoluto mío; corresponde a alguien con quien, eso sí, estuve muy identificado medio siglo atrás. Me refiero a Peter Ade, el verdadero autor.



Álvaro Díaz Escobedo

en la reserva, una corriente de intimidad nos envolvía.

Al cabo de un rato sucedió uno de esos fenómenos maravillosos e increíbles, exclusivo de la fábula. Inverosímilmente, los tabiques comenzaron a desquiciarse; buscando unirse, engullían con sus bocas invisibles pero poderosas, trozo a trozo, el banco por los extremos.

La percepción visual del milagro creaba estupor. De un lado, me entusiasmaba la tremenda fantasía óptica; de otro, producía inquietud pensar en el fin del espejismo. Tal era el prodigio que no cabía más reacción que la del asombro.

Por el suceso, nuestras extremidades toparon. Suponiéndose un tácito y mutuo acuerdo, las rodillas de ambos se proyectaron hacia arriba.

Costaba precisar qué clase de pie poseía mi compañera de sudoraciones; el mío es de tipo griego, que muestra avanzado el dedo gordo.

La emoción y la tensión concentradas en el reducido perímetro dieron opción a una pausa. Se detuvo asimismo el mecanismo compresor de la estructura, como si la ciencia de lo quimérico ya hubiera cumplido el cometido principal de acercar los cuerpos, de transpiración invadidos.

Tras un paréntesis, posé las yemas de los pulgares, a tientas, en las canillas femeninas. Probado que aceptaban el ensayo, acabé satisfecho de tanta perspicacia digital.

El primer dedo del pie tiene la ventaja de ser carnoso y rollizo. A diferencia de la mano, en donde el índice y el corazón desarrollan el papel de tenorios de la carne, puede aplicarse con éxito asegurado a las técnicas del masaje especializado: suele presentarse galanteador, audaz y pendenciero, además de ágil.

Convencido de las esperanzadoras perspectivas, me esmeré en que mis apéndices plantares cubriesen de múltiples caricias las alargadas piernas de la mujer.

Reparé en la blancura de su epidermis. Remedaba a una muñeca de porcelana en grande. Carecía de vello, pues no se le advertía la pelusilla que el mador escoge de depósito. Atesoraba, a semejanza de la longeva y vivaz hiebra acuática, ese insólito efecto loto que repele impurezas.

La abundancia de pelo, deshecho el rodete y caído suelto encima de los hombros, correspondía a la cabeza; o al lineal de las cejas, que lo mismo servía de portal para la frente que de tejado para los ojos. La piel, resaltando el conjunto, era fina como el cristal y reluciente como la loza de elaboración artesanal.

Deseé que las paredes volvieran a ponerse en movimiento. Acaso fue el desenlace específico de la ilusión fabricada en mi cerebro, pero el hecho es que, a continuación del conjuro, los

focos laterales se apagaron de súbito. Después de la absoluta y fugaz oscuridad, alumbraron unos pilotos centrales, de color rojo encendido, que aparentaban heridas sangrantes practicadas en el vientre del techo.

Con acompasados vaivenes y favorecido por la acción lubricativa del vapor, reanudé las fricciones en su entrepierna, notando que se estremecía.

La acertada deducción me indujo a concluir que, en lo sucesivo, tenía que cuidar los pies; pecando de injustos, concedemos más importancia a las manos.

La temperatura corpórea hizo que sus muslos se separasen, al igual que los pétalos de la flor ante el cálido vigor de los rayos solares. Empezó a distinguirse su sexo, llamativo por la carencia de vello pubiano, ignorándose si la deserción pilosa había sido natural o voluntaria. Mas en ningún caso procedería juzgarle

decadente y pobre de sentido erótico; al contrario, simbolizaba la vulva de una jovencita bajo el pubis terso de la hembra adulta.

Pausada y discretamente, la mujer consiguió colocarse tan expuesta como los códigos en el facistol de un monasterio.

Nos comprendíamos sin articular palabra, nos veíamos sin mirarnos, nos abrazábamos aun estando distanciados...

bajé a desayunar en cuanto desperté. En los establecimientos balnearios se acostumbra a madrugar. Sentada en una de las mesas del comedor, sola, bebía a sorbos y con fruición el contenido de la taza. Por sus gestos faciales, deduje que el café estaba humeante y sabroso.

Me puse a examinarla. Dándose cuenta de la inquisición, desvió la mirada; luego levantó los ojos y los enfocó a los míos. Sobre la nariz de perfil judaico, un leve surco de nostalgia subrayaba sus facciones.

De físico bien dotado, no atendía demasado al arreglo personal, ni recurría a cremas o carmines para embellecerse, detalles éstos que transmitían una imagen de acentuada seriedad. Su aspecto, austero, propalaba cierta mortificación de los sentidos y de las pasiones.

Llevaba el pelo tirante, recogido en un rudimentario moño que contribuía a conferirle un porte severo y místico. Pero sobresalía en ella algo que atraía la consideración ajena: su blanquísima tez. Daba la sensación de haber sido tratada con polvos de arroz chino.

Por cualquiera de los motivos, la mujer excitaba mi interés.

Creyendo tener aprendida la lección, me encaminé a la piscina colectiva, persuadido de que el baño templado dilata los poros y ensancha raquíticos pensamientos.

Entre burbujas y cataratas estuve disfrutando un buen rato, en particular si ponía el abdomen de cara a los chorros fuertes. Próximo a ellos, el agua arrojada incidía tan intensa-

Destacaba la estirada figura de la mujer. El espacio en que estaba tumbada permitía que dos personas se recostaran sin riesgo de molestarse



d

e niño oía mentar a mis desaparecidos abuelos paternos las palabras pediluvio y afusión.

En su época, a las caldas acudía determinada clientela asidua y fiel. El reclamo venía avalado por la composición química de las aguas: bicarbonatadas, ferruginosas, sódicas o minero medicinales. Sin embargo, hoy día hablamos de remedios contra el estrés, la depresión, las alergias y el estreñimiento.

Se ofertan tratamientos purificantes y reafirmantes que exfolian y energizan el epitelio ectodérmico. Rematándolo, tenemos el masaje real, que combina fragancias vaporizadas con bálsamos y esencias, e incluye el cráneo, es decir, para que nos hagamos pajas mentales.

Siendo métodos recomendados en el cuidado y sedación del cuerpo, me parecen sitios destinados al deleite, lo que iba a ocurrirme a mí enseguida.

Pese a que el vaho dificultaba la visión, la vi según penetré en la estancia. Me llegó el olor típico e inconfundible de las plantas compuestas, como el ajeno y el abrotano macho.

Al fondo, en la grada encajada en las paredes laterales, destacaba la estirada figura de la mujer. El espacio en que estaba tumbada permitía que dos personas se recostaran sin riesgo de molestarse.

Me senté enfrente para verla bien. Luego, decidido, imité su postura. Mis pies quedaron entonces orientados a los suyos. Si alguno movía de forma refleja los dedos, imaginárase que éstos estuvieran haciéndose guiños insinuantes.

Permanecimos los dos callados, respetando el silencio que la situación demandaba. Aún

<http://diazescobedo.blogspot.com>



Último libro del autor:

• Esencia de mujer

mente en el cuerpo que comprobabas cómo se hundía el ombligo hacia la espalda. Fastidiaba que, al alejarte de la acción de los borbollones, las prominencias de la grasa excedente retornaran de inmediato a su sitio.

Salí al exterior cruzando un corredor con apariencia de mortuario, ya fuese por los bultos humanos que yacían en las tumbonas, ya fuera por la asepsia que imperaba en el estrecho recinto. El carraspeo y la configuración de un pie, que rebullía escapado del sudario, permitían especular respecto a la identidad del postrado. Mudez y reposo, o viceversa.

busqué el gimnasio; necesitaba ejercitarme y quemar toxinas. Ejecutadas las tablas de flexiones y estiramientos, resolví rematar la rutina deportiva y aplicarme unas friegas que tonificasen y pusieran en concierto mi sistema muscular.

Entré en la sala con aire marcial, desenfadado en el paso. Un albornoz de felpa marrón, apropiado para la ocasión, cubría el pantalón corto.

Al recorrer la puerta y franquear la entrada, quedé sorprendido. Nunca hubiera pensado que nos reencontráramos pronto. Resultó ser la masajista del hotel.

Allí estaba, ebúrnea, luciendo un talle ceñido y esbelto, al que llegaban o del que partían las líneas de sus piernas. También se le notaba una patente esquivez.

La sorpresa fue recíproca y cortó la espontaneidad del saludo. Me atuve a las tácitas indicaciones, procediendo a despojarme de la indumentaria de abrigo y tenderme en la mesilla de prácticas.

Empezó por administrarme un lubricante que facilitó la suavidad de los deslizamientos. La mezcla untuosa contenía almizcle silvestre, y despedía un olor de difícil identificación. Además, incorporaba aceites de palisandro y jojoba. Claro está que leí la etiqueta, visible, del frasco continente del bálsamo.

La mujer continuaba callada, impasible, sin perturbación en el rostro que reflejase un atisbo emocional. Mi mutismo era calcado, e idénticamente absurdo.

empecinados en mantener el silencio que presidía la relación, estábamos instituyendo un nexo de amistad contradictorio. Al igual que sucediera en el baño de vaho, ninguno nos atrevíamos a hablar, como si fuéramos mudos.

Ella persistía en su inabordable actitud, desplegando la pericia en la labor desarrollada; yo empezaba a desconcertarme.

Trabajó los tobillos y el sóleo para atacar la región sural. Al arrimarse a las ingles respetó la frontera que marca la discreción, pero las proximidades de mis partes genéricas se enardecieron.

Pese a la frialdad profesional, parecía estar dándome un masaje taoísta. Con circulaciones flotantes, creaba fuentes de energía e imanes que irradiaban efluvios sensuales.

Presionó y frotó mi relajado cuerpo poniendo los puños ahora abiertos, luego cerrados, al final juntos. Unas veces empleaba las yemas de los dedos, otras las almohadillas que hay en la zona distal de la mano, no sabiéndose si amasaba mi piel o la suya.

Con semejante sobar y resobar, el pene terminó traicionándose. Endureciéndose, inició una metamorfosis que le llevó a cambiar de proporciones. Adquirió el nervio y la robustez comunes al órgano más mutable y caprichoso de nuestra anatomía. Despierto por completo, multiplicó las dimensiones a lo largo y ancho de su contorno. Para mayor rubor, llamaba la atención.

me incomodó la inesperada felonía de que estaba haciéndome víctima, pues guardaba malos recuerdos de sus veleidosas elevaciones, si bien es verdad que siempre surgieron en circunstancias



Los pensamientos me abandonaron, y la mente se tornó plana.

indeseables y, hasta cierto punto, normales; nunca premeditadas, representaron actuaciones debidas a causas espontáneas, o sea, erección inconsciente originada al margen de la voluntad.

Llegó un momento en que el muro de las contenciones saltó hecho añicos. Intenté el acercamiento. El rechazo, inminente y brusco, impidió que insistiera. Armándome de valor, repetí la insinuación, aunque sólo mediante un pequeño roce.

Tampoco el disimulo halló eco. La mujer se declaraba en franca huida, dejándome desamparado y contribuyendo a que mi ánimo decayese.

Sin embargo, la obcecación del activo cipo por emanciparse e irrumpir en escena mostrábase intrépida, amenazando romper el tejido que le inmovilizaba. Mas los esfuerzos fueron inútiles; la prenda tenía una textura invulnerable a cualquier ataque.

impotente para rasgar la consistente tela, recurrió a la astucia. Desistió de la guerra frontal y modificó la dirección; buscó la salida al estilo del preso que escala el muro de la cárcel. Pegado a la pelvis, empujó con denuedo y consiguió asomar su roja cabeza por la cinturilla del calzoncillo. Desdeñando lo que detrás empalmaba, el glánde envidiaba campar a sus anchas. Aun perteneciendo a mi propia organografía, presentaba síntomas de un comportamiento independiente.

De esta guisa estuvo luchando durante algún tiempo, a la espera de que un alma bondadosa vistiendo faldas acudiese a liberarle de la celda de algodón en que estaba



prisionero; pero el gozo cayó al pozo, a la profundidad de las decepciones. Las manos de la mujer, sin rozarle e inmisericordes, se dirigieron a parcelas menos alterables al tacto y la refriega.

No obstante, mi infeliz compañero de vicisitudes permaneció unos instantes a la expectativa. Fue inútil. Convencido de ello, inició el repliegue, descolgándose por el mismo sitio que trepara.

La arrojada pelea provocaba humores alrededor de su estrecha boca. Enseguida agachó el bálano y, enflaqueciendo, regresó a su mínima expresión.

estábamos ambos defraudados, desechos interior y exteriormente.

En consecuencia, al advertir que la quinesióloga señalaba el cambio de postura con gesticulación seguida de un superficial toquecito, no lo pensé. Embargado de entremezclados pensamientos, bajé de la mesa de aplicaciones renunciando al masaje de las vértebras.

Bueno me encontraba, que digamos, para que maquinasen abrirme las puertas de la médula o trataran, enfrentándola al flujo que sube del sacro, que oscilase la espina dorsal.

Por nada del mundo consentiría un nuevo desencanto de mi paciente e inseparable socio, llorón y desconsolado, todavía vivo de deseo e implorante. Quería evitarle el sufrimiento de resistir atrapado y magullado entre la tripa y el duro bastidor de la camilla. Ninguno de los dos seríamos capaces de soportar el inclemente castigo.

Preferí domeñar las ganas a tolerar posibles desprecios de la dama en cuestión. Frente a notoria falta de caridad femenina, opté por la honrosa retirada.

partí del balneario en el primer medio de transporte que encontré: un autocar de línea.

Entretanto el vehículo cubría etapas, quise hallarle justificación a los sucesos del día anterior. Era inconcebible el distanciamiento de que hiciera gala la mujer cuando entré en el cuarto de masajes. Costaba creer que la persona con la que horas antes tanto disfruté se manifestase poco después indiferente y descortés. Su actitud resultaba incomprensible.

El proceder femenino había impactado en mi espíritu contrariándome. Y no es que tuviera el orgullo resentido; pero tampoco sabría decir por qué me sentía descontento y desengañado, mal en definitiva.

Los pensamientos me abandonaron, y la mente se tornó plana. Ayudado del resol que filtraba la celosía de la ventanilla, logré el descanso mental, aunque no un sueño profundo. Culpa de una hembra, enigmática donde las haya, de la que desconocía el tono de voz e ignoraba el nombre.

Salí del letargo y volví a la realidad verificando que el asiento contiguo al mío, el del pasillo, lo ocupaba ahora una esbelta y elegante señora, cuya palidez le confería un gran atractivo. Olía muy bien, a colonia de rosas.

Desperezándome, la mano de esa dama se posó en la mía; blanca y cuidada, apretaba cargada de entusiasmo. Pertenecía a una mujer decidida que, inclinándose, me dijo quedo al oído:

-Espábilate, nos bajamos en la próxima parada.

Nota de la Redacción
Peter Ade es el seudónimo de Álvaro Díaz Escobedo. Este relato fue escrito en 1959. La censura entonces imperante vetó la publicación. Mucho tiempo después, en 2006 y bajo el título "La sacerdotisa de las termas", se incluyó en la obra "Esencia de mujer" con algunos cortes.



La mar salada

Las suaves montañas del fondo y las verdes praderas se entrecruzaban en el horizonte, hasta perderse en la neblina que avanzaba desde el mar. Pero al rato la luz penetraba por todas partes, disipaba la niebla y hacía que la mar se convirtiese en una suave lamina cristalina que producía arrebatos de color y vida. El sol otoñal declinaba hacia el Sur y acariciaba su rostro. No se sentía ni un soplo de viento, pero de vez en cuando se alzaban nubes de desarrollo vertical. Edward abandonaba el puerto de Alejandría. Un viejo buque de cabotaje, de nombre Neptuno, navegaría entre los puertos sin perder de vista la costa, siguiendo derrota de cabo a cabo. Sus singladuras las realizaba desde Alejandría hasta la costa de africana del Atlántico, aunque esta vez su rumbo le llevaría a tierras irlandesas.

Comenzaba a anochecer. El barrer de las hélices de los barcos pesqueros que regresaban al puerto de Alejandría con la quilla muy hundida, cargados de frutos de mar, y rompían con su surco la mar en calma, que enfadaba, deshacía las estelas de ondulantes olas en llores de espuma. La travesía se presentaba muy agradable, el mare nostrum estaba esplendoroso; doblaban la punta de Tarifa, el trayecto normalmente duraba una semana aunque pudieron hacerlo en tan sólo cinco días, pues los alisos del Sudeste soplaron con fuerza. Al acariciar las aguas atlánticas el viento cesó por completo, después de lanzar una docena de soplos agónicos. La calma continuó durante toda aquella noche y los días siguientes. Era una de esas calmas resplandecientes y oleosas que acarician la vista, hasta el extremo de producir espejismos.

El viejo buque doblaba a toda máquina el cabo de Finisterre y se internaba en el Atlántico en dirección al Gran Sol. Edward estaba en la proa, descansado al sol en una tumbona y se refugiaba en sus recuerdos que le transportaban a Nueva York. El viejo Neptuno llevaba cargadas bodegas hasta los topes de arroz del Delta. La cubierta estaba colmada de viejos contenedores que transportaban grandes bloques de piedra caliza. Los marineros tenían que vencer grandes dificultades para realizar las maniobras, en la cubierta no se podía dar un paso, tenían que subirse a las bordas y pasar por ellas. Por las noches pisaban los cuerpos amontonados de los emigrantes que dormían al raso. En las amuras, entre los obenques de proa y la grúa, se habían tendido chicotes lo bastante bajos para que la grúa no los tocara al moverse, sobre ellos los emigrantes tendían lonas para que los protegiese del Sol y la lluvia. Al atardecer los cuerpos desprendían un olor a sol rancio y vino de obrero, aquel vaho no le hacía ni pizca de gracia a Edward. Era el vapor de la muerte: transportaba malignos microbios. Los marineros cuando baldeaban la cubierta de los enfermos echaban un trago de agua con quinina, seguido, por regla general, de dos o tres copas de whisky.

El barómetro se desplomaba, la galerina venía derecha hacia ellos. Un viejo marinero le sugirió a Edward que debería cobijarse en su camarote. Quedó apoyado en la amura de babor advirtiendo el aumento continuo de la fuerza del viento.



José Enrique Canabal Barreiro

Se dirigió al puente de mando, allí estaba su camarote. El barco, aunque antiguo, llevaba ordenadores y sistemas de navegación por satélite. Ello permitía llevar menos tripulación en el puente de mando y a él ocupar un camarote que antiguamente estaba destinado al tercer oficial. No estaba asustado, veía como seguía bajando la presión del barómetro, estuvo a punto de decirle al capitán que le diera la espalda a la galerna, retrocediera cien millas y se refugiase en el puerto de la Coruña. Pero no lo hizo, cómo podía él saber más sobre la mar y sus caprichos, que un experimentado capitán con aspecto de viejo corsario.

El mar se encrespó amenazadoramente al azote de aquel ventarrón y zarandeaba al viejo buque como a una cáscara de nuez. Nunca olvidaría las dos primeras olas que estallaron sobre el viejo Neptuno. El barco desobedecía, como suele suceder, cuando llegaba el primer envite del mar, la primera ola produjo consecuencias demoledoras, barrió de la cubierta todos los tenderetes. La segunda ola colmó la cubierta del Neptuno hasta las bordas, al hundir su proa en el mar y erigirse de nuevo hacia el cielo, todos los míseros fardos de los emigrantes se desparramaron por la popa y desaparecieron



Desde todos los puntos de la rosa de los vientos, el huracán rugía hacia aquel centro en calma

en la mar arbolada. Los marineros, al intentar asegurar la estiba, caían de costado, rodando, retorciéndose, serpenteando, combatiendo con la fuerza de la mar. De vez en cuando, uno de ellos podía aferrarse a un cabo, pero el peso de los cuerpos que venían detrás les obligaba a soltarse de su asidero. Edward vio a un hombre con la cabeza atrapada entre los rizonas de estribor, su cabeza se fragmentó como la cáscara de un huevo y se precipitó al mar. Los demás marineros al darse cuenta de lo que se avecinaba se dirigieron a barlovento, para asegurar la carga y después volvían a sotavento a refugiarse; un marinero griego

que solía platicar con Edward intentó hacer lo mismo, pero ya no pudo: el griego fue barrido por la ola que lo arrojó por la amura de popa como una brizna de paja. El viejo lobo de mar con una mano cogió el micrófono y le ordenó al jefe de máquinas que las pusiera a toda presión, con la otra mano cogió el timón y lo giro con firmeza, en aquel preciso instante, la goleta dio un bandazo a estribor. La riada de cuerpos y de agua de mar, luchaban en el pasillo de babor y fueron arrastrados hasta la popa. El sirviente que se había traído del Delta del Nilo le iluminó con filásica resignación, mientras su cuerpo era levantado por la borda y se hundía bajo las aguas espumantes de la mar eterna. No sentía miedo por él, pero sí por el peso de los años, en aquel instante se percató de que estaba solo, que en la larga vida que había vivido no supo cosechar ni un solo amigo.

La tercera ola, fue la mayor, pero no causó tantos daños, pues cuando envolvió al Neptuno casi todos estaban a resguardo, o firmemente aferrados al aparejo. La mitad de los contenedores de babor saltaron por la borda con los restos de los dos botes que quedaban. El barco se escoró peligrosamente. El vendaval era aterrador. No le era fácil vivir aquella pesadilla, la que era difícil de describir era lo que él llevaba dentro, el recuerdo de su padre se asemejaba al huracán; ahora de viejo, sabía que en su vida nunca pudo superar el desafecto hacia su padre, aunque se daba cuenta de que si hubiese seguido los consejos de Susan, quizás le hubiese perdonado y las cosas no hubieran seguido por los derroteros por donde transitó su vida. A los curtidos marineros les arrancaba las ropas de sus cuerpos. Parecía imposible que alguien saliera vivo de aquel huracán. Era algo inhumano y más monstruoso aún que fuera en aumento. Pero la mar era sabia y aunque al principio se había encrespado, terminó dejándose dominar por el vendaval. Es más, parecía que había absorbido todo el océano para arrojarlo violentamente contra aquella porción del espacio, que antes había estado ocupada por la atmósfera. Sus ojos estaban humedecidos, no por lágrimas de miedo, sino por los recuerdos que le embargaban, era como si estuviese ante su fin y realizaba su testamento póstumo, volvían a secuestrarle los pensamientos. Al faltar el viento y la presión, la mar se elevó, saltó hacia las nubes. Desde todos los puntos de la rosa de los vientos, el huracán rugía hacia aquel centro en calma, era el ojo del huracán que con furia incontenible se tomaba un receso para volver azotar el barco, y así fue, la mar, ahora, se alzaba por todas partes desatando su furia, en una especie de imprudente danza. La menor de ellas rebasaba los veinte metros de altura. En realidad, no eran olas. No se parecían a nada conocido. Eran monstruos de veinte metros de altura. Tal vez más. Un bandazo del barco le volvió a la tempestad, se había inclinado peligrosamente y se cayó de la silla. Eran trombas, explosiones, columnas de agua que carecían de cordura. Se desmoronaban por todas partes. Se estrellaban y se zarandeaban mutuamente. Se abalanzaban unas contra otras y se separaban como mil cataratas simultáneas. Aquel centro del huracán no se parecía a ningún océano conocido por el hombre. Era algo caótico, confuso hasta lo indescriptible, la anarquía oceánica de un trozo de mar endemoniado. La situación era muy angustiada, no supo por qué, pero recordó a Alf Eagle, un superviviente que siempre salía indemne de situaciones difíciles como aquella. Recordaba palabras suyas: "Deja que la vida transite por el decurso natural de los hechos y todo vendrá hacia ti".

<http://www.joseenriquecanabal.com>



Últimos libros del autor:

- Marea Baja
- El Vidente
- Luna de hojas muertas
- Rescaldos



Crítica literaria

por Eduardo Campos Castaño

Crítica mi crítica en ecamcas@terra.es

La bodega

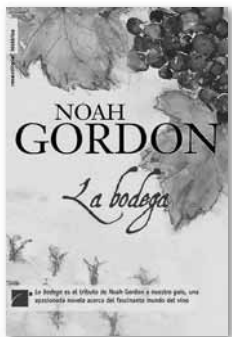
Noah Gordon

Hacia más de ocho años que no llegaba a mis manos una novela de este autor, tan famoso y gran fenómeno mediático hace unos años con ventas en sus novelas de más de seis dígitos. Su famosa trilogía, *El médico*, *el chamán* y *La doctora Cole* supuso el comienzo de la novela histórica como fenómeno mundial y en España sólo recuerdo a Figueroa o Canabal como precursores de este tipo de novelas. (Es una pena que nadie sea profeta en su tierra).

La novela se ambienta en la España de finales del siglo XIX con las guerras carlistas y el asesinato de Prim como excusa argumental para el desarrollo de la historia.

Josep Álvarez es un joven viticultor huido a Francia por la convulsa situación política de la época que regresará a su tierra de origen con un proyecto ambicioso: elaborar un buen vino a partir de las viñas familiares dedicadas hasta entonces a la producción de vinagre. La vuelta a su pueblo tras cuatro años de exilio y sus comienzos nos muestran el gran trabajo de documentación que ha realizado el autor para mostrarnos la cultura y tradición del vino en esa época; desde la concepción misma de una viña, pasando por su cuidado y acabando con la recolección elaboración de los caldos. Josep tendrá que luchar contra los elementos que le impiden realizar su sueño, un terreno difícil, una economía limitada y la soledad, suavizada por su relación con los distintos personajes que pueblan la novela.

Noah se preocupó más de plasmar esta tradición que de mostrar unos sólidos personajes, careciendo de fuerza y sin evolución, mostrando una historia un poco simple y con desenlace facilón. Posiblemente sea la primera parte de otra trilogía y el autor deberá cuidar más estos aspectos que antaño le dieron tanta fama. Para los amantes del género e incondicionales de autor.



El cuento número trece

Diane Setterfield

Estamos ante un libro cuya forma de edición está muy de moda. El público, ese juez Garzón que a nadie deja indiferente, no se conforma con buenas ediciones en buen papel y encuadernación; se impone el lujo y predomina el envoltorio hasta el punto que los editores se olvidan del verdadero regalo. En este caso se ha acertado a imitar la encuadernación de las novelas decimonónicas con unas guardas de olor antiguo y una cinta roja de marcar la lectura. Y es que esta novela es un tributo a esa época, sus costumbres, sus personajes y a aquellos que han escrito sobre ella. También existe un cierto paralelismo con películas que se han puesto de moda en los últimos años y que pretenden reflejar esa época.

Ya desde el comienzo se hace una alabanza a esta época. La protagonista siente predilección por este tipo de relatos y se presenta a sí misma como una ávida lectora de este tipo de novelas, solitaria e introvertida y con una especial relación filial. A lo largo de la novela hay paralelismos con *Jane Eyre* y con *Rebecca*, como el incendio que no deja de ser un elemento purificador de la historia o el propio nombre de una de las protagonistas, Rebecca de Winter. También coincide en la existencia de pocos personajes pero muy bien descritos y de una fortaleza que a veces se piensa en que cada uno de ellos podría ser el protagonista de la novela.

La novela comienza con la petición que hace una escritora famosa a Margaret para que escriba la verdadera biografía de su vida. Al igual que hacía Nieva en *La Mutación del primo mentiroso* surge la duda durante la novela sobre la verdad o la mentira de la historia y es esta incógnita el verdadero hilo argumental de la novela y el factor que a mi juicio aporta modernidad al documento. Por lo demás se van alternando durante toda la novela los comentarios e historias de las dos protagonistas.

Aparte del incendio y la coincidencia de los nombres existen otras coincidencias como el amor fraternal, imposible y no correspondido o la existencia de una institutriz que perturba a los protagonistas. Llama la atención determinados momentos en que la novela entra en el género gótico y el uso de argumentos psicológicos para definir a los personajes. Por lo demás la historia se deja leer con facilidad, en ocasiones con ansia y nunca se menciona la época en la que está relatada. Lo peor la explicación del cuento número trece. Leanla y sabrán por qué lo digo.



El último invierno y otros relatos

Isabel María Abellán

Aventuras adolescentes, recuerdos de la infancia y de todo cuanto desaparece con el paso de los años, la sensación de ser el nuevo de la clase, la omnipresencia de la guerra, del horror, de la pérdida de los seres queridos, relatos con tintes históricos, la soledad y la aventura de lo cotidiano, son los ingredientes con los que Isabel María Abellán da vida a *El último invierno y otros relatos*, una colección de cuentos en los que se nota una especial sensibilidad y se aprecia el contacto diario de su autora con adolescentes que le aportan tanto ideas como energía. Bernardo Artxaga, lo definió así en una carta a la autora "Tu texto es precioso.

Como un vaivén en prosa, y con un toque pop que me encanta." Lectura ágil y dinámica que sumerge en un mundo tan femenino como mediterráneo, aunque sin olvidar la pasión francesa que emerge en algunos cuentos. Isabel María Abellán se ha convertido en uno de los chicos con los que trata a diario y les ha contado sus experiencias con cercanía y de un modo tan ligero como brillante. Esta es la segunda obra de Isabel María Abellán, quien antes había publicado *La línea del horizonte*, un éxito de crítica y lectores sobre el que Rosa Regás, actual directora de la Biblioteca Nacional, escribió a la autora, "Te felicito de todo corazón por rescatar del olvido este trozo de memoria histórica. Es una suerte que jóvenes que no vivieron aquellos años nos transmitan las vivencias y las impresiones que les transmitieron sus mayores. La historia de España está coja de experiencias de los perdedores y una novela como la tuya aporta un punto de conocimiento poético absolutamente necesario. Me gusta el estilo directo y el lenguaje. Enhorabuena."



Un instituto con vistas

José Antonio Rey

Un instituto con vistas es la novela que estaban esperando los amantes de las obras satíricas de Tom Sharpe, de sus institutos llenos de alumnos salvajes e ineducables y de profesores resignados a la desgracia. Aquí no hay caballeros a la inglesa, ni alumnos retrasados dispuestos a salvar a viejas damas, sino salvajismo a la española, profesores que calculan a qué velocidad vuelan los ángeles, historias escatológicas, quinceañeras que confunden la libertad con el libertinaje y lo pagan con hermosas barrigas, profesores cuyo sentido común retrocede con los años y que nunca fueron capaces de pasar de la portada del ABC, otros que lucharon contra el franquismo, alumnos integristas, codiciosos, envidiosos, insidiosos, depravados, inmorales, profesoras vírgenes y sabios indecentes. Un retablo de la España que ve nacer el siglo entre bostezos. Estamos ante una extensa e hilarante sátira del sistema educativo español y occidental, destinado a producir obreros sin cualificar, fracasados, y ante el que sólo queda la risa como terapia. José Antonio Rey (Lugo, 1964). Ha escrito tres novelas, de las cuales *Un Instituto con vistas* es la primera que publica.



Andrea(s)

Carmen Matutes

Carmen Matutes describe en *Andrea(s)*, su opera prima, un mundo en el que el deseo de promover la clonación como método reproductor era el nexo que unía a la mayoría opositora. En *Andrea(s)* las feministas defendían con fervor la clonación, al ser el único camino que permitiría liberarse a las mujeres de unas ligaduras atávicas, las del embarazo y el parto. Otro grupo, "Clonación y Liberación", apoya la clonación reproductiva porque aspiraba a poner fin al dominio que, según ellos, los privilegios de dar a luz habían otorgado a la mujer. Incluso se crea el Partido para la Clonación y el Progreso. El mundo de *Andrea(s)* es un mundo de post-humanos. La causa de los grandes cambios en la raza no se encuentra en la proliferación de armas químicas o nucleares, ni en una invasión extraterrestre. Algo casi insignificante, apenas perceptible debido a su cotidianidad, acaba alterando el curso de la humanidad. Es una narración intimista de culpabilidad y de esperanza, de interrogantes sin respuesta; una historia posible de un futuro no muy lejano. *Andrea(s)* aparece publicada en Ediciones Irreverentes por recomendación del Comité de Lectura del Premio de Novela Ciudad Ducal de Loeches.

Carmen Matutes (Ibiza, 1956) vive en Edimburgo. Es doctora en economía por la Universidad de California, Berkeley. Fue coordinadora de la Agencia Nacional de Evaluación y Prospectiva y miembro electo del Consejo de la European Economic Association. Ha publicado numerosos artículos en revistas científicas de ámbito internacional. En 2002 abandonó su actividad docente e investigadora para dedicarse a la literatura.





Escrito hallado en una bolsa de viaje*

el viejo Land Rover ha recorrido hoy, contra toda previsión, sesenta kilómetros más de pistas. Es increíble su aguante. Los otros están un poco más nuevos, por eso resulta extraño que Samy, el jefe haya decidido viajar en el nuestro. Ahora mismo está sentado junto al conductor, el inefable Mouldy, un tipo al que no veremos abrir la boca más que en esporádicas ocasiones. Su misión es conducir, y lo hace de forma brutal, descuidada, sin preocuparse de los que viajamos detrás. Pero se trata de un personaje entrañable, y al final, en el momento del adiós, todos lloraremos o nos apenaremos por separarnos de él. Como siempre.



Antonio López del Moral



mañana con el fin de aprovechar la fresca, pero poco a poco, según Norma empieza a conocer a los otros compañeros, me va recriminando mi desapego, mi carácter antisocial. Terminará por echarme en cara que no participe en sus juegos y canciones.

sabemos que sólo hay que esperar. La muchacha alta y morena que hoy me dirá su nombre (Amparo, sin duda), aseguró anteayer que me había visto en alguna parte.

-Pero no puedo precisar... es como si hubiese soñado contigo, aunque, ¿se puede soñar con alguien a quien no se conoce?

el desierto ejerce, a partir de cierta hora, un fascinante embrujo. Podría pensarse que es durante el día cuando resulta más peligroso psicológicamente, pero no ocurre así. Tampoco es por la noche, porque el aire y el frescor parecen diluir las amenazas.

No, el momento de locura es en las últimas horas de la tarde, en la incierta frontera en la que no es de día, ni de noche, en la que la luz comienza a ser desplazada. Ahora mismo estamos a punto de asistir al ataque de histeria de la bióloga, que descenderá un momento para orinar y empezará a correr entre las dunas chillando. Es a esta hora cuando todos

sentimos ese aire especial -no es aire, pero de alguna forma tenemos que llamarlo- que se filtra entre nuestros cuerpos. Llega desde el interior, de más allá de las palmeras que delimitan el oasis, mucho más allá de los escasos cien metros a la redonda que nos atrevimos a recorrer ayer por la tarde, cuando lo del paseo en camello. Es a esta hora cuando comienzan a suceder cosas extrañas, como si su carácter fronterizo permitiese que los diferentes mundos se comunicaran, es a esta hora cuando empezamos a entender, y a la mañana siguiente, las arenas vuelven a reflejar la claridad, y el viento del desierto barre las huellas. Sólo somos capaces de verlo en el punto central del viaje. Los extremos, el final y el principio, son zonas de inconsciencia, nebulosas felices cargadas de ilusiones: la de la partida, el regreso... Ahora empezamos a conocernos, nos preguntamos los nombres a pesar de que

el desierto se regenera tras los cristales. Como de costumbre, nuestro Land Rover va el primero, marcando el camino a los otros cinco. Amparo, mi hermano, Isabel, otra muchacha de

nombre momentáneamente desconocido, Norma, Víctor, cantan y ríen al son del chirriar de las ballesas. Procuero mantenerme despierto, y, de vez en cuando, elevo la voz para que piensen que participo. Mouldy y Samy se mantienen al margen, intercambiando lacónicas frases. Se escucha una flauta impropia, un tam tam. Enseguida El Asesino entablará

una carrera con Mouldy, nuestro Land Rover amagará volcar, todos gritaremos, aterrorizados, mientras Mouldy sonreirá, enigmático, y en uno de los virajes descubriremos algo extraño: que los ocupantes del otro land rover nos miran, excitadísimos, felices con la idea de que El Asesino nos eche de la pista con uno de sus volantazos. Un bache, casi choco contra el techo, y, al sujetarme, veo en la puerta metálica, grabado a cuchillo, el extraño lema: "Mouldy's Car".

La extraña flexibilidad del tiempo nos ha hecho perder la noción de los días ¿Cuánto tiempo desde que aquel viejo avión nos dejase en manos de unos árabes desconocidos, Samy, Mouldy, y otros nombres por el estilo? ¿Diez? ¿Quince? El

a Samy le llamamos "the boss", en inglés, para que nos entienda, ya que es el único idioma que habla aparte del suyo. Resulta divertido charlar con él, escuchar sus historias. Tiene una gran facilidad para la narración, tanta que a veces sospechamos que se inventa las anécdotas. Sólo hablamos con Mouldy y Samy (cómo no, después de tantos viajes, tantos kilómetros), pero hay más, en total ocho hombres, contando a conductores, el médico y el jefe. Gente rara, hombres del desierto. El que más destaca es un alto al que llamamos El Asesino. Tiene una mirada helada, unos ojos que brillan. Mi hermano subió a su land rover cuando el nuestro quedó atascado en una duna, y al bajar le temblaban las piernas. Juró que no volvería a viajar con él (irónico, ahora que sabemos, o al menos, que yo sé), y procura evitarle, le tiene miedo, dice que está loco. El conductor se limita a sonreír y a repetir con voz ronca esa frase que ha aprendido a decir en francés:

- Je suis Le Assassin!

hace dos días que Norma y yo no lo hacemos. Es normal después de un viaje tan duro, pero hoy, esta noche, será distinto. Cenaremos lo de siempre en el restaurante del oasis, bajaremos a la piscina y estaremos un rato con los demás, cantando y bailando al son de esos tambores. Hemos llegado al punto en que el ritmo y el sonido cobran importancia. Alguien propondrá salir del hotel, pasear por los alrededores, entre las palmeras, bajo la noche del desierto, y Samy, el jefe, lo impedirá alegando un "peligro invisible" (ah, esa imaginación). Tras un par de horas de jolgorio, ya de madrugada, aparecerán los raquíticos chavales con sus inevitables bolsas de dátiles. Un conserje del hotel (que parecerá cualquier cosa menos un conserje) nos avisará con su rudimentario castellano y esa sonrisita:

- Los dátiles estimulan sexualmente, en especial a las señoritas.

miro a Norma a través de la atmósfera azulada, sintiendo el escalofrío entre las piernas. Ella se levanta, me toma de la mano y me conduce a la habitación, y entonces su lengua, su calor, su humedad. ¡Cuánto lo necesitaba! Tumbados sobre la sábana, acariciándonos, me informará de que el conserje le ha hecho proposiciones sexuales, y yo sabré que eso la ha excitado. Después pensaré que mañana nos iremos de aquí y saldré fuera a dar un aseo, agobiado por el calor, fumando un cigarrillo.

Los primeros días suelo utilizar estos viajes para dormir, nos despiertan a las cinco de la

(*) Extraído de su libro *El Espejo*, de próxima publicación en Ediciones Irreverentes



Últimos libros del autor:

- Cuando fuimos agua
- El cuaderno de los reflejos rotos
- Novela de ordenador

<http://antonioldm.blogspot.com>

tiempo ha quedado fuera de nuestro alcance. Sólo somos dueños de los hechos, vivimos en un presente del que resulta imposible sus- traerse. Pronto estos hechos se fundirán con el tiempo y de nuevo serán nada. La encrucijada está próxima, no hemos sido conscientes hasta la cena, cuando Samy ha pedido silencio para despedirse y emplazarnos para “nuevos viajes”. ¿Es ironía ese brillo malicioso en su mirada?

- Pero entonces... observa Eduardo, el corredor de fondo que ha empezado a fumar- ¡Mañana regresamos a casa!

- Es increíble cómo pasa el tiempo. -dice la periodista, aferrándose desesperadamente a esta nueva ilusión- Se supone que llegamos hace cuatro días, pero podrían haber sido cien, y habría sentido lo mismo.

dado que se trata de la última noche, intento mostrarme sociable y entab- lo conversación con mi compañe- ro de mesa: un árabe simpático, un tal Muhammad, médico del grupo. Inter- cambio opiniones de carácter profesional: los hospitales de su país, su intención de visitar próximamente España. Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Empiezo a pensar en el futuro, a creer que es posible romper? Siento deseos de escribir, de dejar constancia de todo antes de que la nebulosa nos envuelva. Quizás con la prueba material en las manos logre asirme a la realidad en los momentos de trán- sito. Pero el aire -no es aire, pero de alguna forma tenemos que llamarle- ya sopla desde el desierto, y, cuando pase, las brumas de la encrucijada habrán comenzado a envolvernos, todo empezará de nuevo sin que nos demos cuenta.

dl licor de dátiles hace sentir sus efectos, y la sensualidad aumenta de tono. Bajo las palmeras sólo se percibe la luz difusa de la luna y el resplandor amarillo de algunas velas olvida- das sobre la mesa. Se forman corrillos breves, absorbidos por el que se desperdiga alrededor de la hoguera. Algunas parejas han comenza- do a perderse entre las sombras, los nombres árabes de los guías y conductores excitan la imaginación de las muchachas. Norma no está, aunque ya lo sabía. Busco los cigarrillos y sólo encuentro partículas de finísima arena; el dolor en el cóccix me trae a la memoria los bamboleantes movimientos de un camello a la carrera precedido por un rapaz vociferante, el ruido de los tambores aumenta, sube de tono, y la maestra -desvergonzada, sicalíptica- baila una torpe imitación de la danza del vientre. Siento ganas de vomitar que contengo con otro trago calcinante. La maestra baila con más vehemencia, suda, se excita, comienza a desabrocharse los botones de la blusa. Dos árabes giran a su alrededor, golpeando el aire con las caderas. Alguien ha colocado en el centro una jaula entreabierta por la que esca- pa, aturdida, visiblemente drogada, una víbo- ra cornuda. El susurro del arroyo subterráneo va quedando aplastado por los repiqueteos del cuero, las risas y canciones, los jadeos que brotan desde lo oscuro del palmeral. Se reduce la distancia entre la maestra y uno de

Bajo las palmeras sólo se percibe la luz difusa de la luna y el resplandor amarillo de algunas velas olvidadas sobre la mesa.

los bailarines, la monitora, una tal Diana, acaricia la mano del Jefe mientras éste le mur- mura algo al oído. Siento que estoy de más y me dispongo a retirarme cuando el grito se eleva por encima de los suspiros y la música, y la bióloga aparece gritando, sujetándose una mano de la que ha empezado a brotar la sangre. Minutos después, mientras compruebo que la herida no es profunda, mientras chupo ese veneno y lo voy escupiendo, cuando le inyecto el líquido ámbar en la vena (había antidotos en el botiquín, por supuesto; pero eso ya lo sabía), constato con una punzada de dolor que Norma ha desaparecido con el otro guía. Si también sabía que eso terminaría ocu- rriendo, ¿por qué de todos modos me duele?



- ¿Te ocurre algo?
- Nada... disculpa.

- Menos mal que estabas aquí... -dice, y me mira a los ojos. Le vendo la mano, que aún presenta un desagradable aspecto, le anuncio que tendrá quizás algo de fiebre, y ella cruza las piernas, se acomoda, me vuelve a mirar. No me gustan las mujeres de labios finos, pero a pesar de todo la beso: no es algo que pueda evitarse.

hoy es el día en que debemos regre- sar, el momento largamente (sólo yo sé cuán largamente) esperado y a la vez temido. La última noche transcurrió en breves minutos: otra jugarreta del tiempo, que aprovecha cada distracción

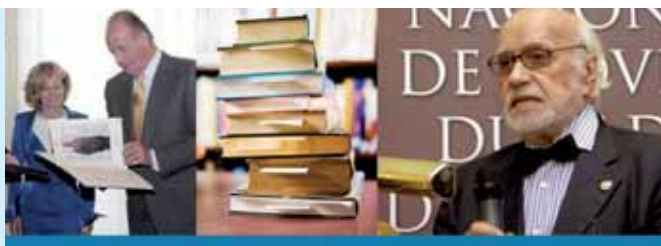
para escabullirse o dilatarse monstruosamen- te. De pronto la razón regresó, la bióloga abrió los ojos cuando la luz del sol le lamió la piel desnuda. Se sintió incómoda y, musitando una cortesía, regresó a su tienda decidida a no dirigirme más la palabra. Aún no se siente la nebulosa, ¿será posible que no vaya a volver? Prefiero no hacerme ilusiones y me dirijo a mi tienda, para recoger mis cosas. Encuentro a Norma y siento una punzada de celos. Sin decir nada, sin que estuviese previsto, nos abrazamos, y ella llora. Algo se ha roto.

aquí termina el viaje, aquí empieza el retorno. ¿A dónde? ¿A qué? Los demás ya no recuerdan nada que no pertenezca a los últimos diez días. La nebulosa ha borrado la realidad, el viaje que precedió a este viaje y que fue prece- dido por otros viajes. Soy el único que conser- va la lucidez, siquiera momentáneamente: el tiempo necesario para terminar esta crónica. Cuando empiece la próxima vuelta encontraré estas páginas en el fondo de mi bolsa de viaje, comprenderé y eso tendrá el poder de diluir

la tautología.

Aunque quizás, aunque... un escalofrío me re- corre la espalda. Ahora pienso que la primera vez, cuando realmente acabá- bamos de llegar al desierto con nuestras mo- chilas y male- tas, hallé entre la ropa de mi bolsa de viaje un escrito idéntico a este. Dios, la nebulosa empie- za a atraparme, la mujer con un dedo vendado parece haberse recuperado de su herida, no tiene ya venda, y yo... no recuerdo quién es. Los rostros que me rodean, pertre- chados tras los cinturones de

seguridad del avión y relajados por el leve orgasmo del despegue, pertenecen a personas desconocidas, gente que, a pesar de todo, creo haber visto en alguna parte. En el aeropuerto, explica alguien, esperan los conductores de los land rover, todos árabes, y debemos hablar con un tal Samy, jefe de la expedición. Por los altavoces la voz gangosa, afrancesada, , aterrizaremos en cuarenta minutos en el aero- puerto de X, ciudad famosa por sus dátiles y su artesanía en cerámica. Si lo desean pueden desabrocharse los cinturones. A mi lado Nor- ma sonríe plácidamente. Se pone muy seria antes de besarme, me mira significativamente, como a punto de decirme algo crucial, y luego sus labios rozan los míos y vuelve a recostarse dejándome sumido en mí mismo, en toda esta vorágine de despropósitos.



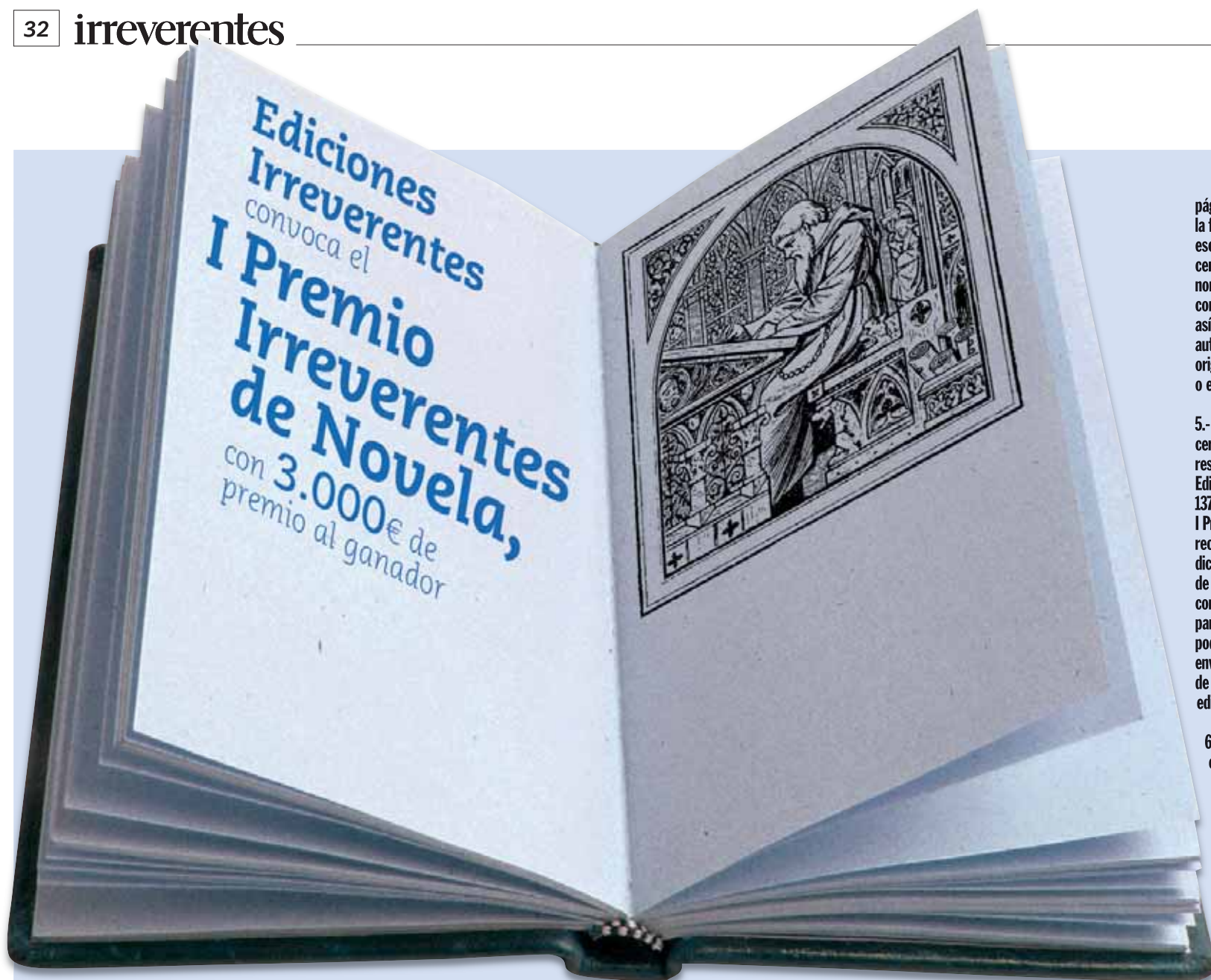
Promoción Cultural

Todos los servicios de promoción cultural para sus planes de comunicación y mecenazgo



Promocioncultural.com servicios de organización de actividades culturales y comunicación para empresas y entidades públicas.

Edición por encargo, organización de premios literarios, lecturas dramatizadas, promoción de la lectura y exposiciones.



páginas numeradas, mecanografiadas, y sin la firma del autor, sustituida por seudónimo escrito en cabecera, acompañada de plica cerrada, con el mismo título, que contendrá nombre y apellidos, domicilio, teléfono y correo electrónico del autor (obligatorio), así como una breve nota biográfica. El autor se responsabiliza de la autoría y originalidad de la obra. La obra estará cosida o encuadernada.

5.- Los trabajos se enviarán por correo certificado sirviendo de justificante el resguardo del certificado. Se enviarán a Ediciones Irreverentes, C. Martínez de la Riva, 137, 4ªA. 28018 Madrid. Indicando en el sobre: I Premio Irreverentes de Novela. El plazo de recepción de originales comienza el día 28 de diciembre de 2007 y expira el día 14 de febrero de 2008. Se aceptará como fecha válida la consignada en el matasellos del sobre. Los participantes que residan fuera de España podrán enviar su obra por correo electrónico, enviando la obra en word y un documento de word adjunto a modo de plica, al correo edicionesirreverentes@gmail.com

6.- Ediciones Irreverentes formará un jurado compuesto por cinco personas. La obra ganadora será aquella que logre la mayoría de los votos. El veredicto del jurado será inapelable.

7.- El fallo será anunciado a los medios de comunicación en un plazo no superior a los diez días una vez que el jurado designe el ganador.

8.- El acto de entrega del premio se llevará a cabo en Madrid. El autor ganador deberá asistir obligatoriamente al acto de entrega del premio.

9.- La participación en esta convocatoria implica la aceptación de sus bases y del fallo del Jurado. No se devolverán los originales recibidos ni se mantendrá comunicación sobre los mismos.

Bases

1.- Podrán concurrir al premio aquellos originales que reúnan las siguientes condiciones: Ser novelas inéditas y estar escritas en castellano. Tener una extensión mínima de 250 páginas, formato DIN A-4, a espacio y medio, Times 12 ó similar, por una sola cara, sin haber sido premiadas o

hallarse pendientes de fallo en cualquier certamen.

2.- Se establece un primer premio de 3.000 euros. Este premio será considerado el pago de los derechos de autor que genere la primera edición de la novela, que

será editada por Ediciones Irreverentes.

3.- Los derechos de autor de posteriores ediciones serán del 10% sobre el PVP del libro sin IVA. El otorgamiento tanto del premio como del accésit -si lo hubiera- supone que los respectivos autores de las

obras galardonadas ceden en exclusiva a Ediciones Irreverentes S.L.. todos los derechos de explotación sobre esas obras en plazo marcado en contrato.

4.- Cada autor podrá presentar cuantos obras desee, enviando una única copia con

Índice de autores en el primer año de Irreverentes

	Nº1	Nº2	Nº3	Nº4	Nº5	Nº6	Nº7	Nº8	Nº9	Nº10
	Página en la que aparecieron									
Luis Alberto de Cuenca	3	-	-	-	12	12	-	-	23	-
Miguel Angel de Rus	5	5	5	5	5	8 a 10	5	5	5	4 y 5
José Enrique Canabal	6	6	6	4	6	5	9	9	-	28
Antonio López del Moral	7	7	7	6	4	4	4	4	4	30 y 31
Francisco Legaz	8	8	8	10	15	26 y 27	16	14	12	14
Santiago García Tirado	10	10	10	12	10	6 y 7	6	6	8	6
Carmen Matutes	11	11	11	13	16	28	18	19	19	18
Isabel María Abellán	12	12	4	11	20	20	20	20	20	20 y 21
José Melero	13	13	20	20	21	13	17	18	18	17
Álvaro Díaz Escobedo	14	14	14	24	14	29 a 31	8	8	22	26 y 27
Antonio Gómez Rufo	-	15	-	-	8	-	-	24	-	-
Rafael Domínguez Molinos	16	16	16	17	11	24	10	10	9	19
José Antonio Rey	17	17	17	18	17	16 y 17	23	12	14	10 y 11
Guillermo Sastre	18	18	18	19	18	18	22	-	-	-
Pedro Antonio Curto	19	19	19	21	23	22 y 23	21	21	21	
Eduardo Campos	20	23	22	23	22	11	11	11	10 y 11	15
Alberto Castellón	21	21	21	22	7	14 y 15	14	15	15	29
J. Antonio Bueno Álvarez	-	22	-	-	-	-	-	-	-	-
J. Luis Alonso de Santos	-	23	-	-	-	12	24	-	6	-
Horacio Vázquez Rial	-	3	-	3	-	-	-	7	-	-
Andrés Trapiello	-	4	-	-	-	-	-	-	-	13
Sasi Alami	-	4	-	-	-	-	-	-	-	-
Joaquín Lera	-	-	4	-	-	-	-	-	-	-
Lourdes Ortiz	-	-	15	-	14-15	-	-	-	-	-

[illegible]